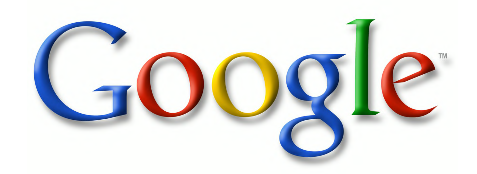

Google



SOL DE MEDIA NOCHE

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR

MARÍA CORELLI

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

ALFREDO ELÍAS Y PUJOL



NUEVA YORK

D. APPLETON Y COMPAÑÍA: EDITORES

1903

PRÓLOGO

Á los poco versados en asuntos geográficos, ha de parecerles el título de la presente novela, un capricho de inventiva; pero bien sabido es que brilla el sol á media noche en las regiones circumpolares, donde á causa del movimiento de rotación de nuestro planeta, en ciertas épocas del año, los crepúsculos matutinos suceden á los vespertinos sin intermitencia alguna, formando cambiantes bellísimos de luz sideral.

En esas regiones hiperbóreas, colocó la ilustre autora los personajes de la novela, descritos con tal exactitud, que á pesar de tratarse de tipos nada familiares para nosotros, parece que se les ve y se les oye. De ahí lo interesante del diálogo, escrito con la fluidez de estilo que ha valido á la novelista justa reputación en el campo de las letras inglesas; novelista pulcra y elegante; cáustica y hasta mordaz cuando fustiga vicios sociales; leída por los amantes del bien decir y á la que se considera la escritora favorita de la que fué reina Victoria de Inglaterra, pues nunca faltaba una obra de María Corelli, en la mesa ó pupitre de S. M.

En " Sol de Media Noche," se ve hermanado lo real con lo fantástico; las descripciones del más puro idealismo, corren parejas con la narración fiel de escenas copiadas de la vida, con una veracidad que sorprende y admira á la vez, á todo el que no sólo busca lo bello en el arte, sino lo nuevo. Nuevo y sorprendente es, el tino y la maestría con que la autora ha sabido armonizar en esta obra, dos tendencias literarias opuestas, acaso sin más idea que escribir un libro de mero pasatiempo y deleite.

A. Elías y Pujol.

Abril de 1903.

SOL DE MEDIA NOCHE

CAPÍTULO I

Es ya media noche y ni asoma una estrella ni la más tenue obscuridad cubre el firmamento. Media noche y el sol se levanta como un rey victorioso, bajo un dosel de púrpura festoneado de oro, en lo alto de la bóveda celeste cruzada por ligeras nubecillas de color de ámbar pálido, que toman, á medida que flotan y flotan, un vívido color anaranjado. Á lo largo del abra de Alten se ve descender, como si saliese del foco mismo del espacio, un torrente de luz que se refleja en las aguas del mar, formando espléndido contraste de brillantes colores; que varían del bronce al cobre, del cobre al plateado y al azul más puro. Las colinas cubren sus crestas con manto de un violeta obscuro, tachonado de encendidas manchas rojas, como si las ninfas invisibles de los bosques encendieran sus hogueras á las puertas de las cabañas. Á lo lejos, un grupo inmenso de rocas de contornos sombreados por rosada niebla, semeja otro sol que acabara de ponerse. Reina absoluto silencio: ni el chillido de las gaviotas ni un solo soplo de aire riza la tersa superficie de las aguas adormecidas.

Diríase que la escena constituía la creación fantástica de un pintor, cuya fuerza imaginativa sobrepujara los límites de lo humano y sin embargo, no era más que uno de tantos efectos maravillosos de luz y colorido en cielo y mar, tan frecuentes en Noruega y en especial en el abra de Alten, donde, á pesar de hallarse más allá del círculo polar ártico, el clima en verano es como el de otra Italia, y el paisaje, un poema vivo, mucho más bello que las visiones de Endimión.

Contemplaba aquel soberbio espectáculo, un solo testigo. Era joven, de delicadas facciones y aspecto aristocrático, quien recostado en una rica y lujosa manta, en la orilla del mar, miraba, inundado de gozo, el cuadro que ofrecía á sus ojos soñadores, la gloriosa luz del sol de media noche.

—¡Soberbio! ¡Sublime sobre toda ponderación! exclamó á media voz, consultando la hora en su reloj, que en aquel preciso momento señalaba las doce. Creo que después de todo, me quedo con lo mejor. Por mucho que naveguen esos muchachos en el "Eulalia," es imposible que hallen otro cuadro superior á éste.

Al mismo tiempo, tomó un largo anteojo, con el fin de descubrir el bajel (un yate de su propiedad) en el que se habían embarcado tres amigos suyos en dirección á la próxima isla de Seiland, cuyo más alto picacho se levantaba arrogante á tres mil pies sobre el nivel del mar, guardando como un tesoro la gran mole del ventisquero Jedke, el mayor de la parte septen-

trional de Noruega. No se divisaba la menor sombra que delatase una embarcación y el joven siguió silencioso y pensativo, con la vista clavada en el horizonte, donde se entretejían los colores con creciente brillo, mientras en torno del sol se arremolinaban las nubes en haz compacto, como para formar las gradas de su excelso trono.

—Cualquiera creería que acaba de oirse la trompeta de la Resurrección, y que este extraño y solemne silencio es precisamente el que precede al instante del descenso de los ángeles del cielo, murmuró el joven con una débil sonrisa, pues aunque algo poeta y soñador, tenía mucho de cínico. Influían demasiado en su espíritu las corrientes ateístas modernas para pensar seriamente en los ángeles y en el día del juicio final; pero en el fondo de su ser existía cierto amor innato por lo místico y lo romántico, que la frialdad de la prosaica vida inglesa no había logrado borrar y por otra parte, el encanto misterioso de aquella hora de la noche, la visión ultraterrena que palpitaba en la luz esplendorosa de los cielos alumbrando aquella porción del globo terráqueo, en su augusto silencio, hacían que nuestro personaje se creyese transportado por un instante á las regiones etéreas de lo invisible. Acudían á su mente las imágenes poéticas de sus autores favoritos, y motivos de baladas aprendidas en su infancia. Se hallaba el joven en uno de esos deliciosos oasis que encuentra el mortal muy rara vez durante la peregrinación amarga por la vida, cuando el tiempo parece detenerse en su

carrera como para permitirle lanzar hondo suspiro un solo instante, en el cual se le concede á la vez la gracia de permanecer sereno, y hasta audaz y sonriente, en el eje diminuto de su condición actual, entre un pasado que abruma y un futuro desconocido; descanso breve, durante el que el gigantesco engranaje del universo parece que no funciona y el hombre siente el alma oprimida y la mente confusa ante la idea de lo supremo.

Hallábase, pues, nuestro héroe sumido en uno de esos éxtasis que tienen el ánimo suspenso en el límite que separa la realidad del sueño, dando rienda suelta á su imaginación, cuando rompió el absoluto silencio de la escena el sonido de una voz armoniosa que atravesó el espacio como el tañido de una campana de oro. Las delicadas notas eran de una antigua canción montañesa noruega; una de esas melodías que parecen encerrar toda la dulce tristeza é indescriptible sentimiento de un corazón que no encuentra otro medio de expresarlo más que por el canto.

El joven se levantó de pronto, mirando á su alrededor, sin ver á nadie. Las tintas rosadas que envolvían el horizonte, tornábanse del color de encendida grana y la bahía semejaba el lago hirviente de una visión dantesca; tan sólo una gaviota solitaria levantaba su silencioso vuelo, luciendo al sol las brillantes alas. Ninguna otra señal se percibía de ser viviente y la voz oculta continuaba aún como un torrente de melodía, dejando atónito al viajero, por la dulzura, la clari-

dad y el brío con que se escapaba cada nota, de los labios del cantor misterioso.

—Voz de mujer, pensó; pero ¿dónde está esa mujer?

Miró á derecha é izquierda: luego á la orilla, donde esperaba ver tal vez alguna pescadora cantando en su barca . . . nada halló más que soledad en torno suyo. La voz cesó por un momento, y fué á herir sus oídos el roce seco de una quilla al deslizarse sobre la arena. Volviendo los ojos en aquella dirección, vió á flor de agua una barca empujada por manos invisibles, saliendo de una caverna peñascosa, y aguzada su curiosidad, dirigióse á la entrada, donde se presentó de repente á su vista una muchacha que salía del interior, quien poniéndose en pie en el bote, miró con fijeza al intruso.

Era una joven de unos diez y nueve años, de elevada estatura; abundante cabellera del color del sol de media noche, tendida á la espalda, sirviendo de marco á sus mejillas sonrosadas y á la satinada piel de su cutis. En sus ojos azules y profundos se leía á un tiempo la sorpresa y el enojo, mientras que él, atónito al ver tán espléndida belleza á tal hora y en tal sitio, no acertaba á balbucear una sola palabra: haciéndose, sin embargo, dueño de sí mismo y recobrando su habitual sangre fría en un momento, se quitó el sombrero y señalando la barca, que se hallaba ya casi fuera de la caverna, dijo con naturalidad:

—¿Pueden, acaso, serle útiles mis servicios?

Ella no contestó, dirigiéndole una mirada de esquivez y sospecha.

—Eso será que no comprende el inglés, dijo él para sí; y lo que es yo no hablo una palabra de noruego. No hay más remedio que darme á entender por señas.

Y empezó á hacer gestos con tal viveza y expresión que llegó á excitar la hilaridad de la muchacha, cuyos ojos despidieron chispas de fuego.

—Muy bien, dijo en inglés con un imperceptible acento extranjero; hasta los lapones lo entenderían á V. y eso que no son muy avispados, los pobres.

Medio contrariado por la risa de la desconocida y creyéndose hasta cierto punto humillado ante aquella moza alta, hermosa, arrogante, de cabello rubio, el joven cesó en su mímica, mirándola con aire confuso y un ligero tinte de rubor en su rostro.

—Entiendo el inglés, continuó ella tranquilamente, después de una breve pausa durante la cual examinó de una ojeada al forastero, de pies á cabeza. Debía haber contestado á V. antes, para decirle que puede ayudarme si quiere. La quilla de la barca se clavó entre los guijarros, por la proa, y los dos la sacaremos á flote.

Después de saltar la muchacha con ligereza fuera del bote, se aprestaron los dos á la faena: concluída ésta, corrió otra vez á su sitio, fijó los remos en las chamuceras y al disponerse á partir, preguntó secamente:

—¿Es V. marino?

—No, contestó él, sonriendo. ¿Tengo trazas de tal?

—Es V. fuerte, robusto y sabe manejar un bote como si estuviese acostumbrado á ello. Además, por su aspecto, cualquiera diría que ha pasado V. mucho tiempo en el mar.

—¡Adivinado! exclamó de buen humor; puesto que costeé palmo á palmo todas esas hermosas islas: este mediodía mi yate ha zarpado en dirección á Seiland.

La moza lo miró más detenidamente, observando con la perspicacia de toda mujer, el buen gusto que distinguía al desconocido, tanto por su bien cortado traje de playa, como por la riqueza de la manta que estaba tendida en la arena, cerca de él. Irguiendo la cabeza con gesto arrogante, exclamó con cierto énfasis:

—¡Ah! ¿Es V. dueño de un yate? Entonces es V. un caballero que no necesita trabajar.

Él se encogió de hombros, con aire indiferente.

—Así es . . . no trabajo ni hago nada, dijo. No hago más que una cosa . . . ¡vivir!

—¿Y es eso muy duro? preguntó ella, admirada del tono extraño con que él acababa de pronunciar las anteriores palabras.

—¡Mucho! contestó suspirando.

Los dos permanecieron callados y la joven, seria y reflexiva, apoyándose en ambos remos, se puso á contemplarlo con mirada fija y cándida, si bien penetrante,

sin asomo de malicia. Era la mirada de uno de esos seres en cuyo pasado no hay secretos: la mirada de una niña feliz en su estado presente, libre de preocupaciones en cuanto á su futuro. Pocas muchachas de su edad serían capaces de mirar como ella. Los convencionalismos sociales, la afectación y la insaciable vanidad que son patrimonio de la vida moderna, velan la retina de la mujer, borrando de sus ojos esa expresión dulce é ingenua que por ser tan rara, hace mil veces más adorable á la que la posee, y es infinitamente más arrobadora que las redes de refinado coquetismo manejadas por las damas de alta alcurnia que aprendieron á educar sus ojos, no sus corazones. Evidentemente aquella muchacha no había recibido educación alguna de esa especie: á ser así, hubiera corrido un velo por aquellas grandes y profundas ventanas de su alma, recordando sin duda que se hallaba sola con un desconocido á media noche . . . por más que el sol brillaba aún en el espacio; se hubiera mostrado, en fin, turbada . . . aun á trueque de fingirlo.

Pero la joven no experimentaba sensación semejante, demostrando, por el contrario mayor interés por el desconocido, y al dirigirle nuevamente la palabra se transparentaba en su voz cierto sentimiento de compasión en favor de él.

—Si le importa á V. poco la vida, dijo, amará V. al menos lo bello que en ella se encuentra. ¡Mire, si no, hacia allá á lo lejos! ¡Es lo que llamamos el abrazo de la noche á la mañana! ¡Cuán hermoso es vivir en

este momento! ¡Mire presto, que la luz pronto va á disiparse!

Al pronunciar estas palabras, la muchacha señalaba en dirección al este y al contemplar su compañero el cuadro que se ofrecía á su vista, lanzó un grito de sorpresa. En pocos minutos cambió por completo el aspecto del horizonte: el vivo color escarlata entremezclado con tintas violáceas, acababa de fundirse para formar una ligera sombra transparente malva pálido, sobre cuyo fondo destacábanse dos grandes nubes en forma de alas inmensas azul celeste con franjas rosadas; los rayos del sol entre ambas nubes lucían como dorado blasón centelleante y en medio de aquella lucha entre el día y la noche, podía percibirse la luna en dirección al sur, como pálido espectro de sí misma.

Después de mirar aquel derroche de luz, el joven dirigió la vista hacia la muchacha que estaba á su lado, deslumbrante de belleza que hacía resaltar la variedad de colores flotantes que la envolvía: hasta el bote centelleaba con reflejos metálicos al balancearse en las ondas plateadas: los rayos del sol de media noche inundaban la cabellera de la hermosa, de modo que cada rizo, cada onda de su pelo, chispeaba con los tonos del ámbar. Todos los encantos del cielo parecían haber penetrado en sus pupilas, haciéndolas brillar con indefinible hechizo, y del fondo de la atmósfera destacábase la pureza de su perfil, el contorno de su frente noble, sus labios delicados y frescas mejillas, semejando su figura, más que humana, la de un hada del reinado

de la legendaria Alfeim, la morada del genio luminoso.

Contemplando el espacio, podía leerse en su faz la más intensa expresión, y en su quietismo sugería la idea de los ángeles pintados por Rafael ó el Correggio. Al volver los ojos á la tierra con un hondo suspiro y al encontrarse con los de su compañero clavados en ella, una ola de fuego coloreó sus mejillas; pero serenándose al punto, empuñó los remos é inclinando ligeramente la cabeza en señal de saludo, dió á entender que se marchaba.

Espoleado por un impulso que no pudo resistir, él detuvo el bote con la mano.

—¿Se marcha V.? preguntó.

Ella lo miró sonriente, en cierto modo sorprendida.

—¿Si me marcho? dijo, ¡claro que sí! Tarde llegaré á casa por cierto.

—¡Un momento! exclamó el joven con viveza, dispuesto á no dejar partir aquella beldad, como un sueño que se desvanece, sin poseer antes la clave de su origen y de su destino. ¿No puede V. decirme su nombre?

La joven, irguiendo su cuerpo, dirigióle una mirada de indignación.

—¡Caballero, no lo conozco á V.! Las doncellas de Noruega no dan sus nombres á un extraño.

—Le pido á V. mil perdones, repuso él humildemente. No fué mi intención ofenderla. Como hemos estado juntos contemplando el sol de media noche, creí

. . . añadió con aire confuso, no sabiendo cómo justificarse.

—En esta abra de Alten encontrará V. con frecuencia otras muchas campesinas, dijo ella á punto de sonreirse, al notar el aspecto tímido del forastero. No hay para qué recordar hecho tan insignificante.

—Como quiera que sea, jamás lo olvidaré, repuso con ímpetu. V. no es seguramente una campesina. Si le digo mi nombre, ¿se empeñará en ocultarme aún el suyo?

Frunciendo el entrecejo, la joven volvió á tomar su aire de altivez.

—Ningún nombre puede serme grato al oído más que aquellos que me son ya familiares, dijo con admirable frialdad. Jamás volveremos á encontrarnos. ¡Que Dios lo guarde!

Y sin añadir una palabra, ni una mirada siquiera, doblegando graciosamente su cuerpo empezó á remar con brío, alejándose en su bote que se deslizaba en las dormidas ondas como una golondrina rasando el agua con las alas. El joven permaneció en pie siguiéndolo con la vista, y al ir á perderse en lontananza, como un punto brillante entre el mar y el cielo, acudió al auxilio de su anteojo, á fin de distinguirlo otra vez mejor. Entonces vió al bote hendiendo las aguas, recto como una flecha, para torcer luego hacia poniente y desaparecer detrás de los peñascos que avanzaban formando otra pequeña bahía.

En aquel preciso instante, la espléndida gama de

color del horizonte tomaba un tinte gris uniforme, que iba agrandándose hasta desplegarse por toda la bóveda celeste, como para cobijar bajo su manto el regio trono de Febo. La fragancia sutil y la frescura latentes en la atmósfera á la hora del crepúsculo, parecían envolver todo el paisaje, casi velado por la niebla, que obscurecía las islas de la parte opuesta, mientras en derredor se iba esparciendo paulatinamente algo que participaba de la tierna melancolía del otoño, á pesar de ser aquélla la estación de verano.

El sol de media noche plegó sus alas, y con faz serena dirigió una postrer sonrisa á las nacientes brumas del día que se acercaba.

CAPÍTULO II

—¡Burlado! exclamaba el joven á medida que el bote iba perdiéndose de vista. ¡Y nada menos que por una mujer! ¿Hubiera podido acaso figurármelo?

Y en realidad; ¿quién osaría sospechar que el barón *Sir* Felipe Bruce, uno de los *partidos* más envidiables de la sociedad de Inglaterra, á quien las madres colmaban de atenciones para atraerse sus simpatías en favor de las hijas casaderas; quién dijera que él, el admirado y solicitado por todas, tenía que verse de repente desairado y menospreciado? . . . y ¿por quién? ¿por una princesa disfrazada ó por una aldeana?

Fumando un cigarro, iba y venía por la orilla del mar, en actitud meditativa, con marcada expresión de enojo en sus facciones, de belleza varonil. Hijo único de un barón de grandes riquezas y querido y mimado por su madre, jamás sufrió desaire alguno, pues por su posición social ejercía más bien cierto ascendiente sobre cuantos tenían la suerte de tratarlo, atrayéndose la amistad y la lisonja de todos. Se hallaba solo en el mundo, heredero de la fortuna de sus padres y dueño de sus acciones y después de la constante persecución femenil de que había sido objeto, en gracia á sus excelentes cualidades, no podía menos de sorprenderle la

indiferencia con que acababa de tratarlo una de las más bellas, sino la más hermosa de entre las de su sexo, sintiéndose herido por ello en su amor propio.

—No veo nada ofensivo en mi pregunta, se dijo mal humorado. Natural hubiera sido el responderla.

Al dirigir luego una mirada impaciente á lo lejos, no observó señal alguna que delatase la presencia de su yate.

—¡Cuánto tardan esos muchachos! añadió para sí. Á no hallarse el piloto á bordo, creería que el "Eulalia" había varado.

Al concluir de fumar, tiró la punta de su cigarro al agua, permaneciendo en la orilla ensimismado en la contemplación de las suaves ondas que rizaban la superficie del mar, sin poder alejar de su mente la adorable figura de la extraña muchacha de faz y contornos tan seductores, tan graciosa en sus movimientos, luciendo aquellos grandes ojos azules y la mata de su aurea cabellera.

Su encuentro con ella presentaba los caracteres de una aventura, la primera en su género desde mucho tiempo hacía. Hallándose *Sir* Felipe sujeto á ciertos caprichos ó rarezas de carácter, en uno de sus arranques abandonó á Londres, cuya aristocracia se hallaba en el apogeo de sus fiestas, marchándose á Noruega en su yate, con tres de sus mejores amigos, uno de los cuales, Jorge Lorimer, era su confidente, el Pitias de Damón, el *fidus Achates* de sus intimidades. Aunque por regla general acompañaba siempre á Bruce uno de ellos,

cuando no los tres, en aquella ocasión no pudo quejarse por cierto de haber preferido la soledad. Lorimer el lánguido é indiferente; Lorimer, que contempló inconmovible los magníficos panoramas de las costas de Noruega con sus aludes y ventisqueros; Lorimer, que permanecía tumbado en la hamaca sin levantar siquiera la cabeza cuando el yate cruzaba las aguas, bañándose en los esplendores de Melsnipa; Lorimer, al llegar al abra de Alten y ver la luz del sol que no se extinguía, sintió avivarse como nunca su curiosidad y empezó á demostrar súbito interés por cuanto le rodeaba. Así fué como manifestó deseos de contemplar el sol de media noche desde la isla de Seiland y su resolución de escalar con sus compañeros el helado pico de Jedke, con el fin de ensayar sus habilidades de excursionista.

Tan decidido estaba á ello, que Bruce no trató de oponerse al proyecto, excusándose por su parte de acompañarlos, con el pretexto de que intentaba concluir una vista de aquellas costas, empezada poco antes.

Aquella noche, pues, cuando el "Eulalia" se hubo alejado en dirección á las islas vecinas, su propietario se quedó en la playa de Alten, tratando de fijar en el lienzo la escena de luz y colorido que se desarrollaba ante su vista: los colores del cielo desafiaban, sin embargo á los de su paleta y después de una ó dos tentativas vanas para dar á su obra un tinte, por débil que fuese, parecido á cualquiera de los múltiples que formaban el velo del espacio, abandonó su tarea con desesperación, entregándose á un *dolce far niente* de abso-

luto bienestar. Así vino á sorprenderlo la voz de la oculta é ideal cantora, para abandonarlo más tarde á sus soledades, con una fría mirada de desdén en sus ojos azules y rasgados.

Desde aquel instante le pareció el paisaje menos atractivo y ni siquiera le seducía el canto de los pájaros que volaban de rama en rama en el próximo bosquecillo, como si fuese en mitad del día. La voz y el rostro de la hermosa aparecida eran lo único que estaba presente en su imaginación, y hasta llegó á reprocharse á sí mismo por las palabras que osara dirigirle.

—Creo que me porté con rudeza, pensaba, ó al menos no juzgó ella muy correcto mi proceder. ¡Pardiez, que me atravesó con la mirada! ¿Una campesina? . . . ¡de ningún modo! Hubiérase titulado princesa y no me costara trabajo el creerla, pero . . . ¡campesina! Con ese aspecto regio y esas manos tan blancas, no es posible. Quizá nuestro piloto Valdemar la conoce y podrá sacarme de dudas.

Al mirar *Sir* Felipe la caverna de donde la joven había salido (una gruta arqueada y al parecer de gran elevación) decidió explorarla y levantándose de pronto de una roca en la que acababa de sentarse, allá se dirigió. Al poner el pie en la entrada vió el interior cubierto de inmensos peñascos socavados por la fuerza de las olas y cubierto el suelo de guijarros y lucientes piedras. Avanzando más, la gruta iba haciéndose cada vez más pequeña y obscura, hasta que siendo la luz

que penetraba por la boca de la cueva, insuficiente para alumbrar sus pasos, *Sir* Felipe encendió una mecha.

De una ojeada pudo hacerse cargo el explorador de que no era aquél, sitio habitado por persona viviente y no vió cuerda, cadena ni garfio que indicase ser la cueva punto de refugio para las pequeñas embarcaciones. Como la mecha se apagaba por momentos, encendió otra y examinando el lugar donde se hallaba, con más detención, descubrió en una roca saliente una pequeña y antigua lámpara de hierro, de forma etrusca con curiosos caracteres grabados y cuyo pábilo ennegrecido demostraba haber alumbrado muy recientemente. Decidido á utilizar la lámpara para sus ulteriores descubrimientos, pronto pudo darse más fácil cuenta, á la fija luz de la llama, del punto exacto á donde le condujo la curiosidad, viendo en frente de él unos escalones de forma desigual, terminados en una puerta cerrada, bajo el nivel del suelo de la gruta.

Deteniendo casi el aliento, se puso á escuchar con atención. No se sentía más que el rumor sordo del agua lamiendo las rocas cerca de la entrada, pues el espesor de aquella mole de piedra hacía imposible oir el concierto de los pajarillos, y las notas del coro sublime entonado sin cesar por la Naturaleza en aquellos países, donde la luz del sol, en ciertos meses del año, es eterna.

Hallarse en silencio y tinieblas es causa de depresión para el espíritu y por eso notó *Sir* Felipe que la

sangre empezaba á circular por sus venas con menos lentitud y á perder el calor, experimentando en aquel preciso instante la misma sensación que se apodera del viajero, aún del más libre de preocupaciones, la primera vez que visita las catacumbas en Roma. Parece que por todo el cuerpo se extienda el vaho húmedo y helado que despide la tierra, mientras que cierto terror incomprensible embota las facultades: es un penoso estado de ánimo que sólo desaparece al volver á los rayos del sol y con un sorbo de vino generoso.

Sir Felipe, sin embargo, tuvo aliento de sobra para levantar la lámpara á la altura de la cabeza á fin de alumbrar el camino y emprendió con suma precaución el descenso de la escalera, formada por veinte peldaños, al final de los cuales se encontró frente á frente con la puerta cerrada. Era de madera tan dura, que más bien parecía de hierro y su superficie, enmohecida por la acción del tiempo, la cruzaban inscripciones y esculturas de forma cabalística, en medio de las cuales se leía claramente en caracteres labrados la palabra:

TELMA

—¡Voto á tal! exclamó: ¡helo aquí! Éste es el nombre de la muchacha, de seguro. Y eso será un saloncito para echar la siesta, como el que tienen las casas de la nobleza de Londres; pero con alguna diferencia.

Y al notar lo grotesco de la comparación, soltó una carcajada que repercutió por aquellas cavidades, como

si algún espíritu diabólico se complaciese en escarnecerlo. El sonido de aquel eco lo llenó de asombro.

—¡Bonito efecto para una escena del Faust, si Mefistófeles supiese imitar ese "¡ja, ja, ja!" á la perfección!, se dijo, continuando el examen de la puerta. Luego, dominado por un extraño capricho, gritó:

—¡Telma!

—¡Telma! repitió el eco.

—¿Es éste su nombre?

— . . . Su nombre, volvió á oirse en lo profundo de la caverna.

—¡Me lo figuraba!, repuso riéndose otra vez, mientras el eco contestaba con la misma risa. Precisamente es un nombre apropiado para una deidad noruega. Telma . . . añadía pronunciando la extraña palabra con lentitud, como si experimentase al hacerlo una sensación de gozo. El sonido de tal nombre sugiere algún misterio, algo como un coro melifluo que se oyese á lo lejos. . . . Pero . . . ¿voy ahora á poder entrar?

Sir Felipe empujó la puerta suavemente. Como no cediese, repitió dos ó tres veces la tentativa, hasta que, colocando la lámpara en el suelo apoyó contra aquélla la espalda, empujando con violencia. Un ruido seco le anunció que la puerta cedía y redoblando sus esfuerzos, el joven barón la vió en el acto abierta de par en par, como si fuera la boca de un negro abismo. Apresurándose á levantar la lámpara del suelo, apenas tuvo tiempo de dirigir la vista al interior de la nueva gruta, cuando se escapó un grito de su garganta; una

ráfaga de viento le apagó la luz, dejándolo en medio de la más completa obscuridad.

Sin perder la sangre fría, *Sir* Felipe sacó un mechero del bolsillo y después de encender la lámpara de nuevo, avanzó con audacia en dirección al antro misterioso, sirviéndole la mano izquierda de pantalla.

Al entrar le acompañaba el murmullo del viento y de las olas como orquesta fúnebre, encontrándose de súbito en un corredor abierto en la dura peña por la mano del hombre. Era de estilo gótico, pero lo maravilloso consistía en las paredes, enteramente cubiertas de conchas de todas formas y colores, tan finas y delicadas unas, como hojas de rosas; otras, puntiagudas como cardos; pulidas éstas á semejanza del ébano; luciendo las de más allá con mil cambiantes irisados ó con la blancura de la espuma. Muchas estaban colocadas de manera que se veía el interior resplandeciendo con suaves tintas como pliegues de seda ó raso, mientras otras semejaban madreperlas por sus colores y todas se hallaban combinadas por grupos formando estrellas, crecientes, rosas, girasoles, bajeles y emblemas bélicos, dibujados con tal perfección, como si cada uno quisiese encerrar un significado especial.

Iba andando *Sir* Felipe con lentitud, satisfecho con su descubrimiento, y á medida que se detenía para examinar cada uno de los emblemas, complacíase en intentar explicarse el enigma de aquella gruta original, decorada con tal suma de paciencia y habilidad.

—Esto debe ser uno de tantos antiguos lugares ocultos destinados á algún rito extraño, esparcidos por diferentes puntos de Noruega, se dijo. Enemigos seguramente de la fe cristiana, pues entre tantos emblemas no se encuentra una sola cruz.

Era cierto. No había cruces, pero en cambio se contaban multitud de dibujos representando al sol. Allí estaban reproducidos el sol naciente, el sol poniente, el sol en el cenit lanzando rayos que lo envolvían en una red de conchas, del tamaño de cabezas de alfiler.

—¡Cuánto tiempo y trabajo invertido! añadió para sí. ¿Quién se atrevería en nuestros días á semejante empresa? Admira el considerar la paciencia y la destreza que se requieren para fijar las conchas en esa argamasa dura, como hecho de intento con el fin de imprimir á la obra carácter de perpetuidad.

Lleno de interés continuó su camino, hasta dar con una elevada columna que parecía sostener la bóveda de la gruta, pues los arcos todos que cruzaban el techo convergían hacia ella. Desde la cornisa hasta el pie, estaba cubierta de rosas formadas con diminutas conchas y unidas por trozos de ámbar y malaquita. La luz de la lámpara que llevaba *Sir* Felipe hacía brillar la columna como si fuese rica pedrería, y absorto en la contemplación de aquel ejemplar de arte antiguo, único en su género, no echó de ver que brillaba otra luz además de la suya en el fondo de otra gruta no explorada aún por él. Pero al notar cierto lustre mate cubriendo una parte de la columna, volvió la cabeza

instintivamente, admirándose á la vista de un reflejo extraño á poca distancia.

Sir Felipe quedóse inmóvil y vacilando. ¿Era posible que viviese allí alguien que fuese á tachar de indiscreta su presencia? ¿Sería tal vez un artista excéntrico ó un ermitaño que hubiese convertido en celda aquella gruta, ó era quizá la cueva refugio de malhechores? Después de haber estado escuchando ansiosamente uno ó dos minutos, sin oir el más leve rumor, avanzó resuelto á descifrar aquel misterio.

Al final del corredor por donde acababa de penetrar, se vió obligado á agacharse y á quitarse el sombrero, por la poca elevación del techo: cuando pudo levantar la cabeza permaneció descubierto, pues vió de una ojeada que acababa de pisar un lugar sagrado. Hallábase en presencia no de la vida sino de la muerte, en un aposento cuadrangular, en donde lucían mayor cantidad y más vistosas conchas que en el resto de la caverna. Al oeste, se hallaba un altar construído en la roca viva, tachonado de ámbar, malaquita y madreperla, cubierto con emblemas enigmáticos de una religión primitiva; pero destacándose del grupo de conchas que los formaban y á manera de protesta solemne, figuraba un crucifijo tallado en ébano y marfil, ante el que brillaba una lámpara que despedía luz roja.

En aquel punto, *Sir* Felipe sentía aguzársele más y más la curiosidad; pero lo que le atraía sobre todo, era el adorno central del aposento: un féretro ó más bien sarcófago de granito descansando en el suelo, en

dirección de norte á sur, viéndose sobre la tapa, en original contraste con la frialdad de la losa, una gran corona de frescas amapolas recién cortadas en los prados.

El vivo color escarlata que despedían las flores; el resplandor de las conchas en los muros; la lúgubre figura del Cristo de marfil extendiendo sus brazos en la Cruz entre aquellos emblemas del paganismo; el profundo silencio interrumpido tan sólo por el agua goteando lentamente detrás de las peñas y más que todo eso, la propia y firme convicción de que se hallaba en la morada de la muerte, subyugaba y deprimía el ánimo de *Sir* Felipe. Sacudiendo sin embargo sus penosas sensaciones, se acercó al sarcófago para examinarlo: estaba cerrado herméticamente y al fijarse en las inscripciones grabadas en la piedra, dió un paso atrás y abrió la boca para lanzar un grito, que se le anudó en la garganta. En el centro de la urna funeraria se leía con toda claridad el nombre singular esculpido en la puerta de la gruta:

TELMA

¡Aquel nombre, pues, era el de una muerta; no el de la adorable mujer que se le apareció envuelta en la luz del sol de media noche; y aquella debía ser una tumba histórica! Pero aun suponiendo que Telma fuese el nombre de alguna reina ó princesa noruega, ¿qué significaban el crucifijo, la lámpara de luz roja y la corona de flores?

En vano dirigía *Sir* Felipe su escrutadora mirada hacia todos los ángulos del aposento, como si los millares de conchas incrustadas en los muros tuviesen que descifrarle el enigma, pues el silencio era dueño absoluto de aquel sitio. Poco á poco, mientras iba engolfándose en conjeturas, sintió que la falta de aire le oprimía el pecho y el vivo color de las amapolas confundido con la mortecina luz roja del altar y el brillo de las conchas, ofuscaban sus ojos y desvanecido casi, se apresuró á volver al sitio de donde venía, para apoyarse en la gran columna central, á fin de recobrar el aliento. Al sentir la frescura de la brisa marina en las sienes, lanzó un hondo suspiro y se dispuso á abandonar de una vez aquella tétrica mansión, pensando con gozo en el placer que experimentaría al relatar el romántico incidente á Lorimer y sus otros dos amigos, cuando iluminó la estancia un reflejo de luz, acompañado de un grito de: "¡Quién va!" Desvanecióse el reflejo y volvió á aparecer; volvió á desvanecerse y á aparecer de nuevo más cercano, oyéndose de nuevo la misma exclamación, cuyo eco retumbaba por aquellas profundidades, mientras iba en aumento la perplejidad de *Sir* Felipe.

Como era valeroso, la idea de una nueva aventura, más bien le interesaba; pero á pesar de su entereza se inmutó un tanto al reparar en la presencia de un ente extraordinario, surgiendo de las tinieblas, con la cabeza inclinada y una antorcha de pino en su diestra, huesosa y crispada. El recién aparecido se detuvo á dos pasos

de *Sir* Felipe y blandiendo la antorcha prorrumpió en un alarido amenazador.

Sir Felipe se puso á contemplarlo fríamente, por más que la inopinada aparición de un ser tan raro disculpara todo acto de timidez. Era un enano informe, de cuatro pies escasos de estatura, pequeña cabeza y grandes extremidades: sus facciones eran afeminadas y debajo de las cejas, ásperas y pobladas, brillaban dos ojos grandes, azules é inquietos: el pelo, largo y de rizos rebeldes, caía en desorden sobre sus deformes espaldas. El traje de piel de reno, cortado caprichosamente, estaba adornado con cuentas de diferentes colores y con tiras rojas de lana, como para darle apariencia artística, pero que hacían resaltar aún más la extrema palidez del rostro del que lo usaba.

El joven barón contemplaba con cierto aire de piedad aquella criatura infortunada, que por lo visto, era el habitante de aquel antro; sin saber si hablar ó permanecer callado; pero el enano, clavando sus ojos que brillaban de furor, en el desconocido, y haciéndole frente con audacia, profirió una amenaza ininteligible, de la que Bruce sólo pudo recoger las últimas palabras, en lengua noruega.

—Por lo visto me dice que me marche, pensó el joven con una sonrisa, ante el estado nervioso del hombrecito. Y la verdad es que poco ó nada tengo que hacer aquí. Lo más acertado será excusarme.

Y luego añadió en alta voz, muy despacio, á fin de tratar de darse á comprender:

—No entiendo lo que queréis, buen hombre, pero veo que estáis incomodado. Vine por una casualidad, pero me vuelvo y os dejo en paz.

Esas palabras produjeron un efecto inesperado. El enano avanzó un paso y dió tres vueltas rápidas sobre sí mismo; luego, levantando la antorcha cuanto pudo, inclinó á un lado la faz pálida y fijó la mirada en *Sir* Felipe, estudiando cada línea de su rostro con el más vivo interés, hasta que por fin lanzó una carcajada histérica.

—¡Eso mismo, eso mismo! exclamó en correcto inglés. ¿Marcharos vos? ¿Marcharos, decís? ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Jamás os marcharéis ya! No. No sin que antes os llevéis algo de aquí. La muerte os ha traído á estos lugares; sus descarnados dedos os han arrastrado á través de las tinieblas. ¿No oísteis su voz, fría y hueca como el viento de invierno, llamándoos para deciros: "Ven, ven, audaz ladrón, desde los mares lejanos; ven á tronchar la bella flor de las praderas del norte?" ¡Ah, sí! Habéis obedecido á la muerte, que parece que duerme, pero siempre está alerta. Habéis venido como ladrón en la dorada noche para llevaros la vida de Sigur. ¡Ésa es la verdad! Los espíritus no mienten. Tenéis que robar y asesinar. Mirad la sangre como se escapa gota á gota del corazón del pobre Sigur: y la joya que robáis . . . ¡ah, que joya!; no encontraréis otra igual en toda la Noruega.

El tono excitado de su voz se había convertido al final en un quejido, y arrojando la antorcha al suelo

con un gesto de desesperación, se puso á contemplar como ardía, con aspecto sombrío y desolado. Al comprender *Sir* Felipe que se trataba de un infeliz demente, contestóle con la mayor dulzura:

—Me confundís, camarada. No vine á quitaros nada ni á mataros tampoco . . . ¡oíd! añadió alargándole la mano: por nada del mundo intentaría haceros el menor daño. No sabía absolutamente que esta gruta os perteneciese: perdonadme por haber entrado y ahora me vuelvo con mis amigos. ¡Á Dios!

El jorobado rozó tímidamente con la suya la mano del caballero.

—¡Á Dios! ¡Á Dios! murmuró; he aquí lo que todos dicen . . . ¡hasta los muertos! . . . pero nadie se va. Vos no debéis ser diferente del resto de los hombres. . . . ¿Y no intentáis dañar siquiera al pobre Sigur?

—¡No á fe mía; si ese Sigur sois vos! dijo *Sir* Felipe sonriendo. Lo sentiría en el alma.

—¿De veras? insistió mostrándose obstinado. Vuestros ojos no engañan; pero hay cosas que engañan menos que los ojos; cosas que flotan en el aire, entre la yerba, en las olas . . . y esas cosas me dicen algo extraño de vos. Os conozco, por supuesto; os conocía muchas centurias ha; mucho antes de ver en el campo de batalla vuestro cadáver, que se llevó una valquiria de negra cabellera, al galope, hacia Valhala, la morada de los héroes muertos en la pelea. Sí; ya os conocía en tan antigua fecha y vos me conocíais á mí, pues yo

era vuestro rey y vos erais mi vasallo, independiente y rebelde, no el noble y rico inglés que sois ahora.

Bruce se sorprendió. ¿Cómo podía aquel ser, que se llamaba Sigur, estar al corriente de sus riquezas, de su alcurnia y de su nacionalidad?

El enano observó el movimiento de sorpresa del caballero, con una astuta sonrisa.

—Sigur es hábil: Sigur es discreto. ¿Quién pretenderá engañarlo? Os conoce bien y siempre os ha conocido. Los antiguos dioses inspiran á Sigur su sabiduría; los dioses del mar y del viento, los dioses adormecidos en los pétalos de los flores, los invisibles espíritus que se ocultan en los huecos de las conchas y cantan allí día y noche.

Sigur se detuvo, reflejándose en su mirada la atención y el interés y se acercó más al forastero.

—Venid, le dijo con impaciencia: venid á oir mi música; tal vez sabréis interpretar su significado.

Después de recoger la antorcha y levantarla de nuevo, hizo seña á *Sir* Felipe para que le siguiese, conduciéndolo al interior de una pequeña gruta abierta en la roca. No se veían allí especies ni variedades de conchas: verdes helechos cubrían las grietas de las peñas y un diminuto chorro de agua, filtrándose de lo alto, refrescaba la rústica estancia. Con movimiento brusco removió Sigur una piedra que tapaba un agujero, oyéndose al instante un rumor hondo que fué creciendo hasta convertirse en sonido estridente, para apagarse después con tono de fúnebre quejido.

—¡Oidla! prorrumpió Sigur con amargura. Le es imposible descansar un solo instante y no cesa de suspirar. Es un espíritu y por más que le he preguntado varias veces la causa de sus pesares, llora y llora sin tregua y no me responde.

Sir Felipe miró al enano compasivamente: aquel rumor que excitaba de tal modo su imaginación, lo producía el viento que silbaba al pasar por el estrecho orificio abierto en una roca. Pero juzgando inútil todo esfuerzo para dárselo á comprender así al infeliz, creyó acertado variar de conversación.

—Decidme, preguntó con dulzura: ¿es éste vuestro hogar?

El enano lo miró casi con desdén.

—¡Mi hogar! dijo. Mi hogar está en todas partes: en las montañas, en las florestas, en las rocas escarpadas y en las playas desiguales. Mi alma se halla entre el sol y el mar; mi corazón está en Telma.

¡Telma! Ahí estaba tal vez la clave del misterio.

—¿Quién es Telma? se apresuró á preguntar *Sir* Felipe.

Sigur lanzó una carcajada sardónica.

—¿Creéis que voy á decíroslo? ¿Á vos, que pertenecéis á la raza conquistadora de cuanto se pone al alcance de la codicia humana y se apodera de todo lo bello, aún á costa de sangre y de lágrimas? ¿Pensáis que voy á abriros la puerta de mi tesoro? ¡Ah! ¡No! Además . . . repuso bajando la voz, ¿qué pretendéis de Telma, si está muerta?

Y como poseído de un acceso de locura, blandió la antorcha sacudiéndola hasta arrancarle chispas que cayeron sobre él como lluvia de luciérnagas, mientras exclamaba con furor:

—¡Alejaos y no me atormentéis ya más! Si no se cumplió aún mi destino, ¿por qué precipitar el fin de mis días? ¡Alejaos y dejadme en paz! ¡Moriré cuando Telma lo ordene, pero no antes!

Al concluir de pronunciar esas frases, echó á correr por la larga galería, ocultándose en la gruta más lejana, y una vez allí lanzó un grito gutural y prolongado, que resonó en el resto de la caverna hasta reinar luego en ésta el más completo silencio.

Imaginando hallarse bajo la influencia de una pesadilla, Bruce reanudó su camino á través de las cuevas, lleno de asombro. ¿Á qué extraño sitio había ido á parar, sin pensarlo? Primero la hermosa doncella; luego el misterioso sarcófago oculto en un templo de conchas y por fin el deforme lunático de pálida faz y ojos vivos, cuyos arranques encerraban algo de poética profecía.

Sea como fuere, experimentó cierta sensación de tranquilidad y bienestar al ir á transponer el umbral de la caverna. Colocó la lámpara en el mismo sitio donde la halló al entrar, y al verse al aire libre, embelesóse en la contemplación de los efectos del crepúsculo matutino, radiante de esplendores estivales, como si fuese en mitad del día. Soplaba una brisa embalsamada, cantaban las alondras la majestad del

cielo azul y traían los suspiros del viento, perfumes de tomillo y de mirto.

Sir Felipe divisó el "Eulalia," que había vuelto durante sus exploraciones, anclado en el sitio de costumbre y recogiendo la manta y sus trebejos de pintar, lanzó un prolongado silbido que fué contestado desde el yate. En el acto acudió en su busca un boto tripulado por dos marineros que lo condujeron á su palacio flotante, en donde sus amigos descansaban en los camarotes, sin dar señales de vida.

—¿Qué tal? preguntó el joven barón á los remeros: ¿qué hubo en Jedke? ¿Subisteis á la cumbre?

—¡Dios nos valga, señor! ¡Qué habíamos de subir! *Míster* Lorimer se contentó con mirar el pico del ventisquero desde abajo, sentado á la sombra de una roca y los demás caballeros se entretuvieron conversando. Además, como pronto dijeron que tenían apetito, después de tomar un refrigerio nos volvimos todos.

Bruce se sonrió al pensar en el repentino capricho de su amigo Lorimer, sin sorprenderse del fracaso, pues lo había previsto. Su mente estaba sin embargo ocupada en otras ideas y apresuróse á preguntar:

—¿Dónde está nuestro piloto?

—¿Valdemar, señor? Se quedó dando órdenes en el yate.

—Si lo veis antes que yo, decidle que quiero hablar con él.

—Se cumplirá su encargo, señor.

Sir Felipe entró en su camarote y corriendo las

cortinillas á fin de atenuar la luz que lo inundaba, se metió en la litera, con una ligera y apetecible sensación de languidez. Al cerrar los párpados blandamente, le pareció escuchar aún la caída lenta del agua detrás de la caverna junto con el grito adolorido del incomprensible Sigur, mientras el choque de las ondas al lamer el casco del yate, iba murmurando en sus oídos el nombre de Telma, hasta el momento de quedar vencido por el sueño.

CAPÍTULO III

—¡Pero si eso es absurdo! exclamaba Lorimer siete horas después mientras se vestía en su camarote, á donde había ido Bruce á despertarlo, ansioso de referirle sus aventuras.

—Refrena tus ímpetus y óyeme. Por ahora no hay que decir una palabra del asunto á los demás. Podría ser que hiciesen averiguaciones acerca de *ella* y . . .

—¿De modo que interviene en el caso una mujer? dijo el primero abriendo los ojos, admirado. ¡Magnífico, Felipe! ¡Creí que estabas harto ya del bello sexo!

—¡Es que ésa no es una mujer! repuso Bruce con entusiasmo; ó al menos no se parece á ninguna de las que he conocido en mi vida; es una hada, una ondina, ó qué sé yo. . . . Porque no lo sé á fe mía.

Lorimer lo contempló con aire de reproche.

—Basta, Felipe, no sigas, le dijo; te ruego que no continúes, pues por ese camino me es imposible escucharte. ¡Te aseguro que no puedo con los arrebatos poéticos! Hada . . . ondina . . . ¿qué más? No estás en tu cabal juicio, camarada, y si mal no recuerdo trajiste de Londres en el yate unas botellas de Chartreuse. . . .

El joven barón se sonrió y animado por la broma de su amigo continuó relatando con vivacidad y calor cuanto le había acontecido la noche antes. Lorimer lo escuchaba pacientemente con una sonrisa burlona en los labios y así que hubo concluído dijo mirándolo á la cara, con tono reposado:

—¿Es cierto lo que me cuentas?

—¿Si es cierto? ¿Te figuras acaso que soy capaz de inventarlo?

—Quien sabe, repuso Lorimer con aire imperturbable. El licor puede obligar á eso y á mucho más . . . ¡Es un relato digno de la pluma de Victor Hugo! Escena; Noruega. Media noche. Una joven misteriosa surge de una cueva y se desliza después por la aguas en su bote. El mancebo, el héroe, penetra en la gruta, se encuentra con un sarcófago y dice: "*Qu'est-ce que c'est? Dieu! C'est la mort!*" ¡Horrible espectáculo! Aparece luego un enano loco con una antorcha, quien después de hablar por los codos, pues es propio de locos hablar mucho, lanza un aullido y huye. Sale por fin el mancebo de la caverna y vase con intención de asombrar á sus amigos, refiriéndoles lo acontecido, por más que uno de ellos se queda impertérrito . . . y ese soy yo.

—Poco me importa, dijo Bruce. Es una historia verdadera y asunto concluído. Lo único que digo es que delante de los demás . . .

—Terreno vedado; corriente, interrumpió Lorimer.

—Después del almuerzo voy á preguntarle á Valdemar. Á él, que conoce á todos los que viven por estas tierras, insistió *Sir* Felipe.

Lorimer no parecía aún dar fe á las palabras de su compañero.

—¿Y qué vas á sacar con ello? preguntóle. Por más que todo fuese cierto, el mejor camino que puedes seguir es no acordarte más de esa diosa, ó como la llames, sobre todo si tiene algo que ver con los locos. ¿Te interesa por ventura?

—¡No! repuso el joven barón enrojeciendo. ¡Absolutamente! Es cuestión de mera curiosidad. Sólo quiero saber quien es esa muchacha y me daré por satisfecho.

—¿Te atreves á afirmarlo? objetó Lorimer acentuando sus palabras. Ya sabes que no soy idealista, soñador, ni nada por ese estilo, pero á veces me asaltan presentimientos. Antes de marcharnos de Inglaterra recuerdo que se me vino á las mientes aquella antigua balada que dice:

Por la hija del rey de Noruega
ni un instante mi pecho sosiega:
si cuando ella sepa
cual es mi querer,
su alma entera, apiadada, me entrega,
¡juro por la patria
que mía ha de ser!

y al llegar aquí te se aparece como por ensalmo una princesa más ó menos auténtica. ¿En qué va á parar ahora eso?

—En nada, amigo, en nada; pronto vas á convencerte, dijo Bruce, esforzándose en sonreir; además, según te he contado ya, es una campesina y . . . ¿oyes? la campana del almuerzo. Date prisa, que en el comedor te esperamos.

Y dejando á su compañero para que acabase de vestirse, fué á juntarse con los otros dos: Sandy y Duprez; aquél, graduado en Oxford y éste un joven que *Sir* Felipe conoció en París y con el cual mantuvo desde entonces no interrumpidas relaciones de amistad. Apenas puede imaginarse mayor contraste que el que existía entre Sandy y el francés. Alto, de angulosas facciones y modales desgarbados el primero; Duprez, por el contrario, era de baja estatura, delgado, esbelto y de maneras atractivas. El uno era lento en sus acciones y en su modo de expresarse, con un acento escocés incorregible; el otro, inquieto y movedizo, se enorgullecía de hablar el inglés á la perfección, adornando casi siempre su lenguaje de imágenes pintorescas. Mientras Sandy consideraba el aspecto serio y grave de la vida, Duprez, hijo único de un banquero, no teniendo otra cosa que hacer ni que pensar más que en divertirse, vivía enteramente ajeno de cuidados por su porvenir. Si en gustos y opiniones discrepaban por completo, ambos coincidían en cuanto al fondo moral y á la bondad de corazón, sin hacer jamás ridículos alardes de vicios ó virtudes.

—¿De modo que por fin no escalasteis el Jedke?

dijo Bruce con irónica sonrisa en cuanto acabaron de sentarse á la mesa.

—¿Qué hubieras hecho tú, valiente? exclamó Duprez. Yo por mi parte no lo había prometido, puesto que nunca prometo, por no estar seguro de cumplirlo. Fué ese *cher enfant*, Lorimer, quien se jactó anticipadamente de la hazaña. Mira lo que pasó. . . . Llegamos, y al llegar vimos una playa inmensa, negra, á la sombra de rocas compactas como alfileres y por encima de todas el grandioso Jedke—¿habráse visto nombre igual?—erguido como la flecha de un campanario. Es preciso ser mosca para llegar hasta arriba y nosotros no somos moscas . . . *ma foi!* no. Lorimer se puso á mirar la mole y luego dijo: "Camaradas, lo que es hoy no me toca á mí el turno; os doy infinitas gracias." Entonces todos á una . . . nos volvimos á contemplar el sol. ¡Soberbio! ¡Sublime! ¡Incomparablemente bello! añadió Duprez, besándose las puntas de los dedos en actitud extática.

—¿Qué te pareció, Sandy? preguntóle Bruce.

—No gran cosa, dijo con sequedad. Otras puestas de sol he visto mejores, pero aparte de esto es muy digno de censura el que el astro del día se permita la libertad de dejar de ser puntual, no acudiendo á cumplir con su deber de alumbrar otros puntos del globo con la misma preferencia. Esto no es justo ni equitativo, dígase lo que se quiera.

—Claro que no, convino Lorimer, que en aquel momento se presentaba. Siempre opiné que la Natu-

raleza es lo más anti natural que se conoce. ¿Me sirves te, Felipe? El café me pone nervioso. Y . . . ¿cuales son los proyectos para hoy?

—Pescar en Alten, contestó Bruce con prontitud.

—Perfectamente; es mi afición favorita, dijo Lorimer mientras iba sorbiendo el líquido: soy un pescador sin rival: sostengo la caña con una paciencia á toda prueba, pero casi siempre me olvido de cebar antes el anzuelo y mientras está en el agua echo una siesta de vez en cuando. De este modo los peces y yo nos quedamos tan contentos.

—Esta tarde nos toca devolver la visita al reverendo, que ha estado ya en el yate dos veces. Es cuestión de cortesía, observó Bruce.

—¡Sálvanos, Señor! murmuró Lorimer como para su capote.

—¡Y qué carnes luce esa buena persona! repuso Duprez. Es una prueba viviente de la buena salud que se disfruta en Noruega.

—Pero si no es del país, objetó Sandy: es de Yorkshire y hace solamente tres meses que está aquí en substitución del antiguo presbítero, que se marchó para cambiar de clima.

—Es un precioso ejemplar del tipo farsante, observó Lorimer, como no atreviéndose; por más que esto no impide el que me muestre atento con él mientras no me obligue á aguantar un sermón de los suyos, porque en cuanto lo intente, lo apabullo.

—Eres demasiado perezoso para entregarte á esos ejercicios.

—Gracias, Sandy, dijo Lorimer, sonriéndose; pero, te doy la razón; á mi modo de ver no vale la pena de que me apure por nada, ni nadie me ha dado motivo para apurarme jamás: entonces . . . ¿por qué tengo qué molestarme?

—¿No sientes deseos de lanzarte á los combates de la vida? preguntó Sandy de pronto.

—No, amigo mío, de ningún modo. ¿Para qué? Tengo una renta de quinientas libras esterlinas al año y cuando mi madre se canse de vivir—lo que no deseo, pues la quiero mucho—me tocarán cinco mil, ó sea más de lo suficiente para satisfacer las necesidades de un hombre de vida arreglada y que no piense en exponer su capital en operaciones bursátiles. El caso en que tú te encuentras, querido Sandy, es distinto: pronto te vas á ver en las gradas tribunicias, dispuesto á dirigir tu fácil palabra á la multitud, ávida de oirte . . . no te ofendas por eso; lo digo para hacer alardes de prosodia. El hecho es que querrás labrarte un nombre, un porvenir y cuando te hayas salido con la tuya y llegue el día de tu muerte, que llegará, aunque le pongas mala cara, te enterrarán bajo una columna de granito con tu nombre grabado para recuerdo de la posteridad. Todo eso es muy satisfactorio y á muchos les gusta: á mí no.

—Entonces ¿á qué aspiras? preguntó Bruce. Todo lo encuentras insignificante y ridículo.

—¡Ah! exclamó Duprez; París es lo que te conviene. Debes irte á vivir á París y verás como cambias de ideas.

—Hay allí demasiado ajenjo, asesinatos misteriosos y monomanía suicida, repuso Lorimer, reflexionando. Además, no me place tampoco ese descubrimiento de los féretros: ¿cuándo hubiera podido figurarme que iba á comer entre muebles fúnebres de tal naturaleza?

—¿Te refieres á la "*Taverne de l'Enfer*"? prorrumpió Duprez con entusiasmo. Las lindas camareras usan mortajas en vez de delantales y sirven el vino en vasos en forma de cráneos: ¡excelente innovación!: y las mesas parecen tapas de féretros.

—Dios poderoso, mascullő Sandy con aire compungido. ¡Qué tremebundo espectáculo!

—*Mais, point du tout!* dijo Duprez enérgicamente. ¡Si es maravilloso! Por él, la muerte nos causa risa, que es mucho mejor que el llanto. Recuerdo todavía á una de aquellas jóvenes, preciosa, envuelta en su mortaja; de negros rizos, ojos soñadores y boca diminuta que parecía pedir un beso.

—Antes asistiría con gusto á mi propio entierro, que besar á una rapaza envuelta en semejante sábana, observó Sandy con tono profundo y solemne. ¡No puedo pensar en ello sin estremecerme!

—Pero ten en cuenta, insistió Duprez, que el asistir á tu entierro es imposible, *voilà!* mientras que no lo es el estampar un ósculo en las frescas mejillas de una

camarera . . . con mortaja y todo. ¡Mira la diferencia!

—No se piense más ahora en esas cosas, objetó Bruce, que acababa de tomar su desayuno precipitadamente. Es hora de preparar los avíos de pesca. Entretanto voy á decir cuatro palabras al piloto.

Y salió del comedor, seguido de Lorimer, quien sin apresurar el paso y aparentando indiferencia, sentía curiosidad por conocer algo más, á ser posible, acerca de la aventura de su amigo. Encontraron á Valdemar apoyado indolentemente en la rueda del timón, mirando hacia el este. El piloto era el tipo perfecto del noruego; alto y robusto, de nobles facciones y ojos vivos de color castaño; el pelo del mismo color, á trechos gris, coronaba la ancha frente surcada de arrugas, prueba de desvelos y pesares, y las manos morenas y callosas, cuyos dedos oprimían los radios de la rueda, denunciaban los años pasados en el duro trabajo. No contaba con mujer, ni hijos ni parientes; el único amor de su vida, su sola pasión era el mar. *Sir* Felipe lo tomó á sus órdenes al oir hablar de él como hombre á quien las sinuosidades de las costas escandinavas y la peligrosa situación de las rocas, eran más familiares que los senderos fáciles y expeditos en tierra firme y desde entonces se le confirió el mando del "Eulalia." Con todas sus mañas de marino eminentemente práctico, tenía algo de místico y supersticioso, creyendo en las leyendas y consejas de su tierra, con toda la fe y el candor de un alma infantil.

Al ver que se acercaban *Sir* Felipe y Lorimer, cuadróse con respeto, dándoles sonriente los "buenos días." El primero empezó por alargarle un cigarro y luego le dijo de buenas á primeras:

—¿Sabéis, Valdemar, que en Bosekop hay muchachas muy bonitas?

El piloto, después de arrojar una bocanada de humo, se pasó el dorso de la mano por la frente, en actitud perpleja.

—Es un asunto con el cual nunca he tenido que ver, dijo con calma, pues siempre huí de las mujeres. . . . Porque . . . mujeres hay de sobra, pero . . . añadió deteniéndose luego largo rato, para seguir con una sonrisa que suavizó la expresión de su faz, por lo que ahora recuerdo, oí decir que en Bosekop se encuentran las mozas más feas de Noruega.

El rostro de Bruce cubrióse de una vaga sombra al oir esta respuesta y Lorimer volvió el suyo con disimulo, para ocultar la irónica sonrisa que asomó á sus labios, ante la turbación de su amigo.

—¡Ya sabía yo que el Chartreuse! . . . dijo para sí: eso y los efectos del sol de media noche . . . ¡no podía menos de suceder!

—¡Cómo! exclamó *Sir* Felipe, dominándose. ¿Que no hay mozas bonitas por estas tierras?

El piloto meneó la cabeza, con el mismo aire de incredulidad.

—En Bosekop, no, señor, según mis noticias.

—¡Oiga! prorrumpió Lorimer. ¿Hay por aquí

cerca alguna cueva notable ó alguna tumba ó monumento antiguo que valga la pena de visitarse?

Valdemar contestó esta pregunta con prontitud, casi con vehemencia:

—No, señor; no existen antigüedades de ningún género y en cuanto á grutas no hay más que las formadas naturalmente en la costa; pero ninguna que ofrezca tanto interés como las de ese otro lado.

Lorimer dió con disimulo á su amigo, un golpe en la espalda.

—Estuviste soñando, bribonazo, le dijo en voz baja: ya te dije que era pura fantasía tuya.

—¿Podéis decirme, continuó *Sir* Felipe, sin hacer caso, cambiando completamente de tono, si se encuentra por aquí algún lugar, persona ó cosa conocida con el nombre de Telma?

El piloto hizo un movimiento de sorpresa. El asombro y el temor se dibujaron en su mirada, é instintivamente se llevó la mano á la gorra en señal de respeto.

—¡Froken Telma! exclamó con voz insegura: ¿es posible que V. la haya visto?

—¿Qué dices ahora á esto, Lorimer? repuso Bruce con alegría, dirigiéndose á su amigo. Sí, sí, Valdemar; vi á Froken Telma, según la llamáis. ¿Quién es? y ¿cómo es posible que no haya hermosas jóvenes en Bosekop, cuando vive allí tan incomparable criatura?

Valdemar pareció confuso y contrariado.

—En verdad no había pensado en ella, dijo; no es á mí á quien corresponde hablar de la hija de Olaf, añadió con mirada un tanto sombría. Pero . . . ¿cómo llegó V. á encontrarla?

—Por casualidad, dijo sencillamente *Sir* Felipe, nada dispuesto á repetir al piloto su aventura de la noche anterior. ¿Es persona importante en este país?

El piloto suspiró, sonriendo con aire de duda.

—¿Importante? . . . No. . . . Su padre, Olaf Gulmar, es propietario de la casa en que vive y además de muchas tierras de labrantío; paga á su gente con largueza; pero esos son los únicos con quienes trata, puesto que ni él ni su hija ponen jamás los pies en las calles de la población y viven completamente aislados de sus vecinos.

—Y ¿dónde está la casa? preguntó Lorimer, que empezaba á tomar más interés en el asunto.

El piloto, apoyándose en la borda del yate, señaló con el dedo hacia el oeste.

—¿Ven Vds. detrás de aquel gran peñasco que parece el yelmo de un gigante, la cumbre de una alta colina poblada de pinos y abedules?

Los dos amigos contestaron afirmativamente, con un signo de cabeza.

—Á un lado de la colina está la casa del hacendado Gulmar, distante unas ocho millas de los arrabales de Bosekop. Si algún día buscan Vds. hospitalidad en aquella casa, añadió el piloto con acento firme, dudo que reciban una cordial bienvenida, como es debido.

Y al decir esto miraba á los dos, como si intentase penetrar sus intenciones.

—¿De veras? balbuceó Lorimer guiñando el ojo significativamente á Bruce. ¡Poco les daremos que hacer, á fe mía! Gracias por vuestros informes, Valdemar: no intentamos molestar á ese hacendado para nada, mientras no esté dispuesto á tratarnos á cuerpo de rey.

—Nuestro pueblo es hospitalario, señor, observó el piloto, como si se despertasen su dignidad y amor propio: durante el viaje saben Vds. que en todas partes los han recibido con afecto; pero Olaf Gulmar no es como todos nosotros; está pagado de orgullo, lo mismo que si perteneciese á los tiempos de la rancia nobleza y sus costumbres son también distintas. Pocos lo aprecian y la mayoría lo temen.

—Entonces lo conocéis, dijo *Sir* Felipe, aparentando indiferencia.

—Sí, señor . . . y su hija es bella como el sol y el mar . . . pero no debo ahora meterme á hablar del prójimo, repuso tras breve pausa. ¿Intentan los señores hacer hoy otra corta travesía?

—No, dijo el joven barón; mañana, si el tiempo es bueno, recorreremos el abra de Kaa.

—Estoy á sus órdenes, contestó Valdemar.

Y queriendo evitar más explicaciones acerca de la misteriosa Telma y su no menos misterioso padre, volvióse para examinar la rueda del timón y la brújula, como si realmente requiriesen su cuidado inmediato.

4

Bruce y Lorimer emprendieron un rápido paseo arriba y abajo de la cubierta, hablando en voz baja.

—No le preguntaste nada acerca del sarcófago y del jorobado, observó Lorimer.

—No, porque es probable que no tuviese noticia de nada de eso y no quise descubrírselo. Si me cabe la fortuna de volver á encontrar á la muchacha, el misterio de la cueva se aclarará por sí mismo.

—¿Qué pretendes hacer?

Bruce se detuvo, meditando.

—Nada, dijo; nada por el momento. Iremos á pescar y si luego vamos á ver al reverendo, dejaremos allí á Duprez y á Sandy, para que aguarden nuestra vuelta conversando con él; porque esos muchachos en cuanto empiezan á charlar pierden la noción del tiempo. Entretanto tú y yo tomaremos un bote para ir remando en busca del padre de esa joven. Creo que nos será fácil encontrar la casa; de todos modos, me acuerdo muy bien del sitio hacia donde Telma se dirigió.

—"Seguida de un vuelo de aves parleras festejando sus pasos," según diría un autor romántico, repuso Lorimer con una carcajada. Estás flechado, amigo; irremisiblemente flechado: ¡quién lo hubiera dicho! Ya en su palacio de Londres no tendrá Clara, la condesita, necesidad de poner los ojos tiernos en tu obsequio, toda vez que una emperatriz de los mares parece convenirte mucho más.

—No seas bobo, Lorimer, protestó Bruce, contrariado por las bromas de su amigo, mientras sus me-

jillas se coloreaban á pesar suyo: todo ello no es más que curiosidad pura, y después de lo que nos ha dicho el piloto, estoy más ansioso que nunca de indagar acerca de ese hacendado y su hija.

—¡Vaya! ¡No vengas ahora con remilgos! ¿Por qué disfrazar tus sentimientos á mi vista? ¿Por qué esforzarse, como dicen en las tragedias, en reducir á añicos las emociones más nobles, los más sublimes sentimientos que alentaron jamás en el pecho del hombre? Caballeroso impulso y admiración por la belleza; puro y espontáneo deseo de perseguirla, alcanzarla y llamarte su dueño . . . ¡lo comprendo todo, querido! pero mi visión profética me augura que te verás en el aprieto de tener que estrangular á ese bueno de Olaf Gulmar—¡qué nombre, cielo santo!—antes de consentirte que enamores á la niña de sus ojos. En ese caso no te se olvide la figura del loco de la antorcha, porque puede salir como por escotillón y proporcionarte un mal rato. ¿No es ése, por vida mía, un caso del más puro romanticismo? Algo va á pasar en consecuencia, serio ó cómico; veremos qué será.

Bruce se sonrió con esfuerzo sin contestar una palabra, á tiempo que Sandy y Duprez subían de los camarotes, vestidos con trajes de pesca y acompañados de un sirviente con un voluminoso cesto repleto de provisiones de boca. Por ese motivo cesó la conversación íntima entre Bruce y Lorimer, quienes, después de los consiguientes preparativos, al cabo de veinte minutos escasos se hallaban ya junto con los demás en un

esquife, que tripulado por cuatro marineros de brazos robustos cortaba las aguas con la ligereza de una flecha. Al desembarcar, cruzaron agrestes colinas alfombradas de *no me olvides* y violetas tardías, hasta dar con un extremo sombrío y apartado de la playa, donde miles de aves marinas acompañaron con sus gritos los placeres de la pesca, que duró hasta el anochecer.

CAPÍTULO IV

El reverendo Carlos Estévenson se hallaba solo en el comedor de su casa de Bosekop, sorbiendo con fruición una taza de te, mientras untaba de mantequilla con la punta del cuchillo una tras otra varias rabanadas de pan tierno y caliente, empleando al hacerlo toda la delicadeza que acostumbraba desplegar al entregarse á sus placeres de sibarita. Era persona de extraordinaria gordura; rayana en los cincuenta años de edad; de faz redonda, afeitada y brillante; boca diminuta, dada la magnitud de su cuerpo; la nariz se esforzaba en ocultarse entre las hinchadas mejillas, como si se avergonzase de su insignificancia; sus ojos de hurón, pequeños y vivos, tenían el brillo opaco de la caoba sin pulir, pareciendo más bien dos abalorios sombreados por unas cejas de color pardo muy claro, moviéndose en sus órbitas de tal guisa, que nadie podía decir si era astucia, malicia ó buen humor lo que los guiaba. El cabello era de color indefinible, ni claro ni obscuro, algo como el de una patata cubierta con una capa de polvo; lo llevaba partido por en medio con precisión matemática é inclinado hacia adelante, desde la coronilla, en dirección de las orejas, á manera de alas incipientes. En cuanto á las manos, difícil fuera al más meticuloso el

descubrirles defecto alguno, pues eran realmente bellas; blancas, suaves, rollizas, bien formadas y de uñas en las que la lima y el cepillo hacían primores, con un lustre sonrosado de encanto sin igual.

Debía el reverendo ser persona muy agradable, porque mientras tomaba el te se sonreía á sí mismo ¡con una sonrisa! . . . por más que muchos decían que ésa no era más que costumbre que tenía á fin de ensanchar la boca en proporción de la magnitud de su rostro. ¡Habladurías de envidiosos, á quienes no era dable alcanzar la popularidad del reverendo Estévenson! Porque nadie podía discutir tal popularidad, siendo como era á todas luces, evidente. Ya en la población de Yorkshire se había ganado el aprecio de los de su secta, quienes acudían á oir sus sermones, pronunciados con tal ardor y elocuencia, que la mayoría de las mujeres al volver á sus casas sentíanse presa de espeluznantes sensaciones histéricas, recordando sus frases de baldón y anatema.

Había dado en la manía de sentirse enfermo en las épocas del año más apropiadas para el cambio de aires, en cuyo caso, sus rendidos fieles mostrábanse dispuestos á iniciar una subscripción para que el amado pastor pudiese hallar descanso y bienestar espiritual en el punto de su preferencia.

Aquel verano, el ministro se encontraba muy á gusto en su coquetona casita: las criadas le servían con una exactitud y un agrado envidiables: el faetón era capaz para contener ampliamente su repleta per-

sonalidad y el caballo del reverendo era dócil por instinto, con un trote regular, sin que nada lo asustase. No: verdaderamente el reverendo no tenía motivo de envidiar la suerte de nadie, pues era tan feliz como merece serlo un varón piadoso y de volumen, sin otra carga que predicar los domingos ante una reducida y tranquila congregación de fieles que lo escuchaban con la boca abierta, admirando su sabiduría, aunque sin demostraciones de entusiasmo, lo que no afectaba la susceptibilidad del reverendo poco ni mucho, puesto que predicaba en honor de sí mismo, por el placer de oir el armonioso timbre de su propia voz, que sonaba en sus oídos con atractivo irresistible, sobre todo cuando su furia se desataba en improperios contra la religión católica.

En aquel instante parecía que sus pensamientos divagaban por ese terreno, pues tan pronto como hubo vaciado el líquido de la tetera, por tercera vez, hasta llenar la taza, moviendo la cabeza con irónica sonrisa y aire de superioridad, sacó del bolsillo del chaleco un pequeño objeto luciente y lo puso sobre la mesa delante de él, sonriendo aún del mismo modo. Era un crucifijo de plata y madreperla y aunque símbolo de la fe cristiana, no despertó sentimiento alguno de piedad en el ánimo de *Míster* Estévenson. Por el contrario, después de contemplarlo con altivez, murmuró por lo bajo entre tostada y tostada:

—Católica, apostólica y romana. . . . ¡Esa muchacha está destinada á condenarse irremisiblemente!

Y volvió á sonreirse con más dulzura, como si la

idea de condenación irremediable le sugiriese pintorescas reflexiones. Luego se limpió con el pañuelo oliendo á esencia fina, la mantequilla que le brillaba en las puntas de los dedos y levantando cautelosamente la crucecita, como si estuviese fundida al rojo, la examinó por todos lados.

En la parte posterior estaban grabadas las siguientes palabras, que el reverendo leyó, no sin trabajo: "*Passio Christi, conforta me.*—Telma."

—Condenada sin remedio, murmuró con una especie de tranquila resignación. Condenada, á menos que. . . .

La alternativa de ese coloquio consigo mismo no era fácil de adivinar, pues de repente cambió el curso de sus ideas en otras de mayor frivolidad. Levantándose de la mesa y sacando un pequeño espejo del bolsillo, se contempló con especial complacencia, separando delicadamente con la punta del pañuelo dos irrespetuosas migas de pan que se habían asentado entre los pliegues de sus labios, y frotando después con la misma delicadeza una insignificante porción de mantequilla que se había estacionado debajo de la nariz. Hecho esto, volvió á mirarse, satisfecho de su persona y metiéndose el espejo en el bolsillo, tocó el timbre, al que respondió con su presencia una mujer alta, robusta, de seriedad estoica y faz digna de esculpirse por la rigidez de sus líneas.

—Ulrica, le dijo el reverendo, podéis despejar la mesa.

La criada, sin responder, fué colocando metódica-

mente el servicio de porcelana en una bandeja con el mayor sigilo y cuando iba á marcharse, su amo volvió á llamarla.

—Ulrica.

—Señor.

—¿Habéis visto algo como esto alguna vez? dijo mostrándole el pequeño crucifijo.

La mujer se estremeció, mientras sus ojos arrojaban chispas de terror.

—Es el amuleto de la hechicera, repuso palideciendo más y más. Destruidlo, señor, destruidlo, para que desaparezca de ella todo poder.

El reverendo se sonrió incrédulamente.

—Buena mujer, estáis en un error, dijo con dulzura. Vuestro excesivo celo por las verdades del Evangelio perturba vuestra razón. Hay miles de almas extraviadas que rinden culto á esas cosas, creyendo que así adoran á Dios. . . . ¡Lástima! ¡Lástima grande! Pero por más que esas personas no sean las escogidas del cielo y estén sujetas á eterna condenación, no quiere decir eso que sean brujas ó hechiceras como vos las llamáis, Ulrica.

—Ella sí lo es, insistió la mujer, como poseída de una especie de furor; y si llega á presentárseme delante, estoy dispuesta á decírselo y . . . veremos lo que va á pasar.

—Ta, ta, ta, repuso *Míster* Estévenson; la época de las brujas ha caído ya en desuso y demostráis no estar al corriente de los progresos modernos.

—Puede ser, señor, dijo Ulrica humildemente al marcharse, dejando otra vez solo á su amo.

El reverendo dejó escapar una sonrisa . . . ¡qué paternal y benévola sonrisa! Después fué á asomarse á la ventana. Eran más de las siete de la tarde; hora en que en otros puntos del globo se consideraba ya ser de noche, pero en Bosekop parecía pleno día.

El sol brillaba con todo su esplendor y en el jardín de la casa las rosas lucían sus cálices abiertos; el penetrante y delicioso perfume de las violetas aromatizaba cada soplo de brisa y de vez en cuando el canto del cuclillo atravesaba los aires con penetrante chillido.

Desde la ventana, *Míster* Estévenson dominaba de un golpe de vista, á través de un grupo de árboles plantados en uno de los principales caminos de Bosekop, una calle pequeña y antigua, de casas muy bajas, aunque de modesta fachada, cómodas en el interior. El brillo distante de las tranquilas aguas del mar, el aliento de la fresca brisa, el perfume de las flores y los efectos vigorizantes del te con tostada y mantequilla; todo ello combinado, dejaba una impresión consoladora en el ánimo del reverendo, quien con un profundo suspiro de absoluto bienestar, se arrellenó en una mecedora, como dispuesto á piadosas meditaciones.

Así meditó largo tiempo, con los ojos cerrados y la boca abierta, siendo una prueba palpable de lo profundo de sus pensamientos, el casi imperceptible ronquido que hacía mover suavemente el apéndice facial de *Míster* Estévenson, llamado nariz por cortesía, cuan-

do sus ensueños se vieron turbados por el ruido de unas pisadas por los senderos del jardín. Levantándose con ímpetu de su asiento, vió á cuatro jóvenes vestidos con trajes blancos de franela y sombreros de paja, deteniéndose para admirar las flores al paso. La faz del reverendo enrojeció de júbilo.

—¡Los caballeros del yate! se dijo abrochándose el cuello á toda prisa é inclinándose más el pelo á manera de alas, detrás de las orejas. ¡Nunca creí que vinieran á visitarme! ¡Qué veo! ¡*Sir* Felipe Bruce también! Voy á ordenar un refresco al instante.

Saliendo del comedor, dió los oportunos mandatos á Ulrica y antes de que los visitantes tuvieran tiempo de llamar, les había ya abierto la puerta, recibiéndolos en el umbral, con vivo entusiasmo, sin dejar de expresarles, especialmente á *Sir* Felipe, cuán honrado se consideraba por aquella visita á su humilde casa. Bruce respondió con frases de buen humor á las suyas de cumplido, y el reverendo los condujo á todos al mejor salón, adornado con arte y sencillez, cuya ventana daba á un campo de flores silvestres.

—Pintorescos sitios son éstos, observó Lorimer, sentándose con indolencia en uno de los brazos del sofá. Debe V. encontrarse aquí á las mil maravillas.

El afable reverendo se puso á frotarse las blancas manos, ceremoniosamente.

—Gracias al cielo es lo que basta para llenar mis humildes aspiraciones, dijo con aire de mansedumbre. El lujo no debe existir para un humilde siervo de Dios.

—¡Ah! entonces es V. muy diferente de otros que sirven al Divino Maestro, dijo Duprez con una fina sonrisa, de un sarcasmo diabólico. *Monsieur le bon Dieu* es muy imparcial. Hay quien le honra y venera alimentándose bien; quien muriéndose de hambre; pero ante su vista todos son iguales. ¿Podría V. decirnos á cual de sus siervos prefiere, si al gordo ó al flaco?

Sandy, á pesar de su rigidez de principios, no pudo menos de soltar la risa al oir la ocurrencia de su amigo; pero en la faz de *Míster* Estévenson se reveló una expresión de dignidad ofendida.

—Caballero, dijo gravemente; ciertos asuntos no pueden tratarse sino con el respeto más grande. Dios conoce á sus elegidos y los tiene ya señalados desde su trono celestial: uno de ellos fué el glorioso apóstol de la Reforma, Martín Lutero.

—*¡Le bon gaillard!* repuso Duprez. ¡Tentado por una monjita! ¿Quién fuera capaz de resistir? Yo mismo daría al traste en el acto con todos los credos del mundo si me saliese al encuentro una monja tan hermosa como aquélla. ¡Qué lástima que el pobre Lutero muriese por haber querido comer demasiado! Su retirada del mundo de los vivos fué algo degradante para su dignidad de apóstol.

—¡Punto en boca, Duprez! exclamó Bruce con tono severo: estás mortificando á ese buen señor con tus necedades.

—No vale la pena, *Sir* Felipe, murmuró el reve-

rendo; debemos acostumbrarnos á oir con resignación toda clase de opiniones, pues de ese modo se afianza y afirma nuestra fe. Me apena, sin embargo, el ver que aun existe quien no confía en las promesas de Dios.

—Tenga V. entendido, *Míster* Estévenson, observó Sandy á su manera dulce y conciliadora, que tiene V. delante á un francés que no cree en nada más que en sí mismo y aun tiene sus dudas acerca de si es un fauno ó un hombre; pero . . . ¡dudas muy graves!

—¡Así es, así es! asintió Duprez con viveza; el ser fauno fuera original, mientras que el ser hombre constituye una gran vulgaridad. Creo que no sería difícil encontrar á un hombre de ciencia pronto á demostrar que soy un ente mitológico, ó mejor, ficticio . . . por ejemplo, la sombra movible de un sueño; ¿quieren Vds. mayor poesía?

—Hablas mucho para aspirar á sombra, arguyó Bruce alegremente: y dirigiéndose al reverendo añadió: temo que va V. á formar mal concepto de nosotros; no nos sobran, en verdad, creencias religiosas, pero, vea V.; continuó esforzándose en aparecer serio; á no ser porque el amigo Lorimer el domingo pasado se sintió muy malo, hubiéramos asistido á los divinos oficios.

Fijóse *Míster* Estévenson en el aludido é iba á preguntarle cómo seguía de salud, cuando abriéndose de pronto la puerta, entró Ulrica con una gran bandeja llena de refrescos. Al acabarla de dejar sobre la mesa, dirigió con disimulo una rápida y curiosa mirada á

los circunstantes, retirándose con tanto comedimiento como al entrar.

—Más bien parece una austera Filis que una criada moderna, observó *Sir* Felipe, en cuyo ánimo acababa de producir Ulrica una impresión desagradable, mientras el reverendo se ocupaba en descorchar una botella de vino.

—No, contestó con placidez; ni austera ni mucho menos: al contrario, lo más afable que imaginarse pueda. El único defecto de esa mujer consiste en mostrarse muy rígida . . . extremadamente rígida en favor de sus principios religiosos: mucho ha sufrido por causa de eso; pero después de todo, es una excelente persona, pueden Vds. creerlo . . . *Sir* Felipe ¿probará V. una copita de este "Lácrima Christi"?

—¿"Lácrima Christi"? repitió Duprez; pero . . . ¿se fabrica ese licor en Noruega?

—En realidad parece extraño, contestó el reverendo; pero es evidente que en este país se consume gran cantidad de vinos y licores de Italia. El hecho se explica fácilmente, sabiendo que los marineros noruegos proveen á los italianos de pescado, trayendo en cambio esas bebidas á su tierra.

—Muy buena idea, asintió Lorimer, paladeando el licor con evidente satisfacción. Dudo, Felipe, que entre las bebidas que trajiste á bordo, haya ninguna que pueda compararse con ésta.

—Convengo en ello, repuso Bruce, apenas hubo llevado la copita á los labios. Se conoce que el reve-

ndo es perito en la materia. ¿Hay muchas personas ı este país, *Míster* Estévenson, de quienes pueda derse otro tanto?

El aludido frunció el ceño con aire de duda.

—Sólo sé de uno que en eso de distinguir los vinos licores legítimos de los adulterados no hay quien comita con él; pero me guardaré de nombrarlo, pues es ersona á la que la sociedad de Bosekop tiene en muy oco y rehuye su trato.

—¿De veras? prorrumpió Bruce con ímpetu, sin-endo que una súbita indignación le hacía subir al ostro la sangre. ¿Puede saberse? . . .

Lorimer se apresuró á interrumpirlo.

—Calma, calma, le dijo en voz baja, tirándole del razo con disimulo; si te figuras que habla de Gulmar intentas acaso defenderlo públicamente y que todo el undo sepa? . . .

Sir Felipe, serenándose, bebió otro sorbo y pronto ató de demostrar interés en las costumbres de las ejas, asunto que acababa de abordar el reverendo, ı medio de la mayor atención por parte de Duprez de Sandy.

—Vengan á verlas, decía con tono semipatético. ;os animalitos son el emblema del trabajo constante del desinterés, al fabricar la miel en beneficio de los más.

—Tal vez no lo harían si lo supiesen, observó Sandy tencionadamente.

—Anda V. equivocado, señor mío, dijo el reveren-

do, con tono convencido, al parecer; las abejas fabricarían la miel aun cuando se diesen cuenta del destino que espera al producto de su trabajo, puesto que Dios fué quien les impuso ese ejemplo de generosidad, haciendo que volaran de flor en flor para libar las dulzuras que han de compartir más tarde con el paladar del hombre. Es una lección preciosa que nos enseña á nosotros, ministros del Señor, á libar las verdades sublimes del Evangelio en provecho de los incrédulos, que han de encontrarlas más dulces que la miel.

Durante su homilía, el reverendo meneó la cabeza varias veces, mientras su abultada faz tomaba una expresión beatífica. Duprez se reía en secreto y Sandy pugnaba por no perder la seriedad.

—Vengan, vengan Vds., repetía el ministro con una atractiva sonrisa: vengan á ver mis abejas . . . ¡y mis fresas! Voy á tener el gusto de mandar algunas al yate, si *Sir* Felipe no se opone.

Bruce dió las gracias cortésmente y aprovechó la oportunidad para decir que se veía obligado á separarse de ellos por brevísimo tiempo, en compañía de Lorimer, alegando una excusa, que pareció tan natural y justificada, que nadie trató de impugnarla. Duprez se alegró interiormente, por caberle la ocasión de divertirse más á sus anchas con chanzonetas á propósito del ateísmo, y Sandy, más amante de argüir que de otra cosa, se solazaba al imaginarse la serie de argumentos que iba á enristrar en contra de Martín Lutero. Y así, mien-

tras los dos se dirigían al jardín, precedidos por la exuberante figura de *Míster* Estévenson, *Sir* Felipe y su amigo Lorimer, se encaminaban á toda prisa hacia el punto del abra donde tenían amarrado el bote.

CAPÍTULO V

Después de remar unos veinte minutos, dijo Lorimer:

—¿Sabes que me está pareciendo como si me hiciese cómplice de algún delito que fueras á cometer? No he podido olvidar todavía mi primera impresión en este asunto. Lo mejor es que no te acuerdes más de esa moza.

—¿Por qué? preguntó Bruce fríamente.

—El motivo no acierto á explicármelo. No sé sino que me parece ridículo el perseguïr á una mujer: deja que ella corra detrás de ti que en eso . . . ya se dará buenas mañas, por vida de . . .

—Aguarda hasta que la veas. Pero al fin y al cabo no corro en busca de mujer alguna, observó Bruce.

—¡Pues es verdad! Perdóname, amigo, que lo había olvidado: no es mujer, que es querubín y no corres, que remas. ¡Ya veo que los términos cambian completamente!

Bruce lanzó una carcajada.

—Curiosidad pura, ya te lo dije. Apuesto á que ese zafio de *Míster* Estévenson aludió al hacendado al tratar de los vinos y licores. ¿Cómo se concibe que la

culta y reducida sociedad de Bosekop sea tan meticulosa en elegir á sus individuos?

—No seas tan inocente, tú que te las echas de caballero del gran mundo. ¿Ignoras que un pueblecito cualquiera es en cuanto á eso, mucho más exigente que una capital? Por nada viviría en una aldea, donde cada habitante sabe de memoria el color de los trajes que usa el vecino y el número de botones de su chaleco: el tendero de comestibles te copia á lo mejor el corte de los pantalones y al panadero le da por llevar un bastón como el tuyo. ¡Es insufrible, créelo! Y hablando de otra cosa: ¿sabes á dónde vamos á salir?; porque por lo visto estamos dando vueltas á esa roca y no veo donde podamos atracar.

Bruce, soltando los remos, se puso en pie para hacerse cargo mejor del sitio donde se hallaban. La roca á que acababa de referirse Lorimer era el inmenso peñasco de forma parecida al yelmo de un gigante, según expresión del piloto, y se levantaba perpendicularmente al nivel de las aguas, como cortado á pico. Cubrían parte de su superficie anémones multicolores, mientras que por otro lado las olas se quebraban en recodos angulosos con rítmica cadencia, dejando por huella el brillo de la blanca espuma. Las aguas del abra era tan claras y transparentes, que podía verse la arena en el fondo, luciendo mezclada con diminutas conchas, como microscópicos seres movedizos, en tanto que millares de plantas marinas se agita-

ban á manera de antenas de verdes insectos, ó lucientes tiras de seda atornasolada.

El lugar era silencioso: sólo las gaviotas coronaban con sus vuelos la cúspide del peñasco, descendiendo suavemente hasta rozar las ondas con el pico y lanzando el agudo chillido que en parajes abandonados suena como eco quejumbroso. Bruce miró á su alrededor durante algunos instantes, y luego de repente se iluminó de gozo su faz.

—De prisa, Lorimer, de prisa, le dijo con tono emocionado, volviendo á empuñar los remos: ¡viremos á la izquierda!

Casi en el acto se presentó á la vista de ambos una pequeña ensenada, de donde arrancaba un desembarcadero de tablas fuertemente construído y adornado con figuras y grupos fantásticos. Amarrado á uno de los anillos de hierro se balanceaba en el mar un bote que *Sir* Felipe reconoció desde luego con placer indecible, pues era el mismo en el que la misteriosa joven había desaparecido al ocurrir el famoso encuentro junto á la cueva. En la arena, y á cierta distancia del desembarcadero, se veía un barco de vela de elegante construcción, con el nombre pintado en la popa: "La Valquiria."

Los dos amigos atracaron el bote, amarrándolo luego á uno de los anillos.

—Lo acertaste esta vez, camarada, dijo Lorimer en voz baja, sin saber por qué. Por lo visto este es el punto escogido por el hacendado para hacer pie á tierra

y aquí hay un sendero que sin duda conduce á alguna parte. ¿Vamos á seguirlo?

Bruce asintió prontamente y empezaron á andar con precaución suma, á manera de salteadores de caminos, según á sí propios se calificaron, hasta que después de trazar algunas curvas subiendo siempre, se encontraron en un bosque donde el ruido de sus pisadas quedaba ahogado por la espesa alfombra de verde césped, matizada acá y acullá por el rojo color de la fresa silvestre. Todo respiraba augusta calma, y ni siquiera se notaba la más mínima señal de humana vivienda.

De pronto rompió el silencio un sonido apagado y Bruce, que marchaba el primero, á cierta distancia de su amigo, paróse lanzando una exclamación y luego retrocedió de puntillas, hasta coger á Lorimer por el brazo.

—¡Dios Santo! murmuró febrilmente á su oído; hemos venido á parar al pie mismo de las ventanas de la casa. ¡Mira!

Lorimer obedeció, y por la primera vez se borró de sus labios la sonrisa irónica con que acogía los arrebatos de su amigo. La sorpresa y la admiración le impidieron pronunciar una sola palabra.

Delante mismo y casi al alcance de sus manos, se hallaba lo que más bien pudiera parecer un cuadro, perfecto de dibujo, exquisito de color, completo en los detalles y que no era sino la ventana de una casa, abierta de par en par, de marco tallado y bruñido, ne-

gro y luciente como el ébano. La adornaban tiestos con claveles, pensamientos y malvas de olor y trepaban con profusión por las paredes rosas blancas y amarillas, formando otro marco al de la ventana, mientras que en la parte superior una bandada de tórtolas que tenía allí su nido, ensayaba dulces notas, ya posándose en la sombra, ya descendiendo para desplegar al sol las blancas alas, como velas de diminutos bajeles, en busca de tibio calor para sus tiernos cuerpecitos.

Dentro, medio oculta en la penumbra, como joya en estuche de obscuro terciopelo, se veía sentada, hilando, una joven; la ninfa misteriosa de la caverna de conchas. Vestía sencillo traje de lana blanca con ligero escote en forma cuadrada y mangas cortas, dejando ver sus brazos esculturales. Á medida que con el pie daba vueltas á la rueda y sus manos delicadas se ocupaban en preparar el lino, se sonreía, como si alguna idea placentera cruzase por su mente; sonrisa radiante y feliz como la de una niña, que resplandecía como un rayo de sol en la habitación medio velada por las sombras. Sus ojos, de un azul intenso, pronto empezaron á divagar; desvanecióse en sus labios la sonrisa y la joven permaneció en actitud absorta y soñadora, disminuyendo la velocidad de la rueda hasta detenerla. Entonces, como sorprendida por extraño sonido, se puso á escuchar y separando de su frente la masa de pelo que la cubría, se dirigió con lentitud hacia la ventana, donde al retirar con la mano la cortina de flores que la adornaba, para mirar libremente al exterior, formó

on su graciosa figura otro cuadro de incomparable elleza.

Lorimer, al verla, retuvo el aliento.

—¡Mira! murmuró al oído de *Sir* Felipe.

Pero éste le apretó el brazo con fuerza, para imonerle silencio, obligándolo á retroceder con él en usca de un sitio donde ocultarse mejor.

La muchacha, entretanto, continuaba inmóvil en ctitud de expectación, y las palomas, al apercibirse le su presencia, empezaron á revolotear, posándose nas en sus hombros, mientras que otras la arrullaban ntre las flores, como dándole la bienvenida. Tomó na en la palma de la mano y acariciándola con la tra é inclinándose en dirección á la puerta de la casa, ritó con voz sonora:

—¡Padre! ¿Sois vos?

Nadie respondió. Después de aguardar durante no ó dos minutos, volvió á ocupar su asiento; las palonas se posaron cerca de las rosas y el monótono murnullo de la rueda de hilar llenó de nuevo los aires.

—Vamos, Felipe, dijo Lorimer con energía, resuelo á no sufrir más las imposiciones de su amigo. Estoy iolento. Resulta ya vergonzoso permanecer aquí spiando como si fuésemos á robar un par de pichones ara una salsa. Vamos de una vez, pues viste á la inifa y debes hallarte satisfecho.

Bruce no retrocedió un solo paso, sino que apartanlo una rama para ver mejor á la joven, se quedó conemplándola como atontado.

De pronto, la muchacha dejó escapar de su garganta un torrente de melodías que parecía descender con impetuosidad de la cima de las montañas, trayendo ecos de sirenas y suspiros de los vientos. Al oir aquella voz, Bruce sintió llenarle el corazón una ternura que jamás había experimentado, é iba á volver la espalda como para sacudir el dulce yugo de un sentimiento que en aquel instante se le antojó pueril y caprichoso, cuando Lorimer le colocó la mano en un hombro, para detenerlo.

—Por el amor de Dios, oigamos toda la canción, dijo. ¡Qué deliciosa voz! ¡Si parece una flauta de oro!

Bruce respondió á esta indicación, volviendo á clavar la vista, en actitud de arrobamiento, en aquella figura espiritual que detrás de la ventana cubierta de rosas, recibía alguno que otro rayo de sol, ya en la rubia cabellera, ya en las rosadas mejillas y el blanco cuello, más blanco que la túnica que la envolvía. Las notas de su canto, en idioma noruego, al compás del movimiento de la rueda, herían blandamente las más delicadas fibras del ánimo, sumiendo á los dos amigos en la impresión de un delicioso ensueño.

—Me rindo, Felipe, murmuró Lorimer con un suspiro, y confieso tu buen gusto, admitiendo que es una ninfa, si así te place. Esa voz, por sí sola me convence.

Cesó el canto en aquel momento: volvióse Bruce y dijo con frialdad aparente, esforzándose en sonreir:

—¿Te flechó la moza?

—Ya sabes que no me gusta penetrar en terreno vedado, contestó en el mismo tono: sólo digo que si el alma de la niña es tan hermosa como su voz . . . ¡no te detengas y . . . adelante!

Una expresión de dicha que no se escapó á la mirada de Lorimer, cruzó por la faz del joven.

—¡Bah! dijo reprimiéndose: ¿qué quieres que haga? ¿Sería prudente encaramarme en esa ventana y llamarla para hablar con ella? ¡Me tomaría por un bandido! Pero es lo cierto que en este instante, tanto tú como yo estamos violando la ley de propiedad, por hallarnos ocultos en la ajena. ¿Qué dices á eso?

—Nada, respondió Lorimer, prontamente; que lo más natural es ir á llamar á la puerta de la casa por el camino más recto, diciendo que nos hemos perdido. Lo peor que puede pasarnos, es que el hacendado nos descuartice.

—Eres incorregible. ¿Por qué no retroceder y dar la vuelta al bosque para? . . .

—¿Con qué objeto? Si al pasar por debajo de la ventana, la *rubia Margarita* se apercibe de nuestra presencia, podemos contestar tranquilamente, que hemos venido á ver á su padre.

Los dos amigos iban levantando la voz sin darse cuenta de ello y al llegar á esta parte del diálogo, en el momento en que Lorimer acababa de pronunciar las últimas palabras, sintieron ambos á la vez posarse una mano pesada en sus hombros, mientras alguien con voz tonante les gritaba, obligándoles á dar media vuelta:

—Aquí tienen Vds. al que buscan. Yo soy Olaf Gulmar.

Si hubiese dicho: soy un emperador, no hubiera hablado con más altivez.

Los dos jóvenes se quedaron mudos de asombro, tanto por la manera poco cortés con que se les había dirigido el saludo, como por el aspecto del que tales modales usaba. Era un hombre de avanzada edad, que hubiera podido servir de modelo á un escultor, por la viril y perfecta musculatura: ancho de espaldas y de brazos robustos, en el rostro demostraba lo vigoroso de su organismo, destacándose sobre todo la cabeza, de líneas fuertes, indicando energía y penetración; adornada de cabello blanco, que brillaba á los rayos del sol como hebras de plata. Por más que aparentaba tener sólo unos sesenta años, en realidad pasaba de los setenta y dos y poseía todo el fuego y el ardor de la edad juvenil. Vestía amplia chaqueta de piel de reno, bordada con profusión de hilos y cuentas de diferentes colores, y lucía en el cinto un largo cuchillo de monte de forma curva, en cuyo puño se notaban enrevesadas inscripciones y dibujos.

Quedóse aguardando á que los jóvenes hablasen y al ver que permanecían silenciosos, volvió á decirles, dirigiéndoles una ceñuda mirada:

—Yo soy Olaf Gulmar: digan lo que se les ofrece y acabemos de una vez.

Lorimer lo miró con aire indiferente, retozándole en los labios una sonrisa. Comprendió en seguida que

el hacendado no era hombre que admitiese chanzas y se quitó la gorra de campo, para contestar ingenuamente:

—El hecho es que ningún asunto nos trae por aquí: ésa es toda la verdad. Nos hemos excedido tal vez al penetrar en propiedad ajena . . . sí, nos consta que hemos abusado y pedimos á V. mil perdones, *Míster* . . . *Míster* Gulmar.

El aludido lo miró con indulgencia, volviéndose luego á *Sir* Felipe.

—¿Es esto cierto? preguntóle: ¿vinieron Vds. de intento sabiendo que estas tierras no son de dominio público?

Bruce saludó á su vez del modo peculiar y aristocrático que lo distinguía.

—Así es, dijo respondiendo á la actitud recelosa de su amigo Lorimer, pensando como él que delante de aquel atleta era preciso andarse con tiento; oímos hablar de V. en la población y vinimos para ver si nos cabría el honor de conocerlo.

—¿Hablaron de mí en Bosekop? exclamó. Prefiero oir nombrar un nido de avispas antes que ese pueblo. ¡Bosekop! Lo que se dice allí de mi persona no bastaría para satisfacer la curiosidad más insaciable. ¡Bosekop! Cuando mis antepasados ejercían señorío sobre esta comarca, sus habitantes se hubieran ofrecido gozosos á prestarles cualquier servicio y hambrientos y todo, hubieran aguardado con resignación hasta recoger los sobrantes de la mesa de sus señores, en tanto que ahora. . . .

Hablaba el hacendado con extraordinaria vehemencia y era preciso calmarlo.

—*Míster* Gulmar, dijo Lorimer cortésmente; en mi concepto los de Bosekop no son dignos de regalarse con las sobras de su mesa y sólo sé decir que por mi parte ni me ocupo de ellos. Lo único que nos interesa es conocerlo á V. y con esto nos damos por satisfechos.

En la faz del joven se dibujó una sonrisa tan atractiva, que cautivó desde luego á Gulmar, quien contestó sin embargo con mucha gravedad:

—Nadie busca jamás mi trato, caballeros. Los que se creen prudentes, por el contrario, lo evitan. Nunca acepto la amistad de los desconocidos; por consiguiente, les dispenso el haber entrado en los límites de mis pertenencias y vayan en paz.

Los dos amigos cruzaron una mirada de desconsuelo, al comprender que era inútil resistir aquel mandato; pero Bruce se arriesgó una vez más.

—¿Puedo confiar, *Míster* Gulmar, dijo con acento persuasivo, que romperá V. siquiera sea como excepción las severas reglas que sirven de norma á su conducta, para hacerme una visita á bordo del "Eulalia," mi yate, que habrá V. visto sin duda anclado en el abra?

El hacendado miró fijamente á su interlocutor.

—Lo he visto, sí, respondió. ¡Un juguete donde pasar el rato! V. es aquel á quien se conoce por aquí con el nombre de "el rico inglés"; excursionista por esas costas doradas; malgastador del tiempo . . . sí,

oí hablar de V.; afortunado caballero de la nobleza; efímero retoño de un antiguo árbol caduco, cuyas raíces se pierden en los anales de un pasado lejano.

La voz profunda del viejo temblaba y cruzó su frente una sombra de melancolía. Bruce, lejos de enojarse, escuchó resignado, inclinándose luego en señal de deferencia, ante las observaciones que acababan de dirigirle acerca de su rango y sus riquezas.

—Tiene V. razón, dijo con sencillez: los hombres del presente no somos más que pigmeos comparados con los héroes de antiguas edades; pero en cuanto á mí, no se me da un ardite del fárrago de ingredientes nobiliarios ó de otro fuste. El vivir por sí solo me basta y sobra.

—Muy bien dicho, asintió Lorimer; pero . . . ¿sabe V., *Míster* Gulmar, que en este momento nos está V. amargando la vida, al mandarnos que nos larguemos? La conversación me parece interesante; ¿por qué no continuarla? No contamos con un solo amigo en Bosekop y vamos á pasar aquí algunos días: ¿nos permite que volvamos á verlo?

Gulmar no contestó: avanzando un paso se puso á examinar á los forasteros, clavando en ellos su mirada de águila durante algunos segundos, como si pretendiese leer en lo más recóndito de sus almas. Masculló algunas palabras ininteligibles para ambos, en idioma noruego y por fin, dejándolos atónitos, desenvainó con rápido movimiento su cuchillo de monte, arrojólo al suelo y colocó sobre él la planta del pie.

—¡Conformes! dijo: que el brillo de las armas de la discordia no ofusquen nuestra vista. Hombres leales son Vds., incapaces de mentir: por esto los recibo. Hubiesen intentado disfrazar la verdad diciendo que andaban errantes y extraviados ó alegando otra excusa por el estilo, y á fe mía que jamás hubiéramos vuelto á vernos. Pero ahora . . . ¡bienvenidos á mi casa!

Al alargarles la mano con cierta dignidad real, sin apartar el pie de la daga, los jóvenes, sorprendidos ante aquel cambio de actitud tan repentino, se apresuraron á responder en forma efusiva al cordial recibimiento, después de lo que el hacendado, recogiendo el cuchillo, volvió á envainarlo con la mayor naturalidad.

—Vengan Vds., añadió dirigiendo sus pasos hacia la ventana que Bruce y Lorimer habían estado contemplando tan ansiosamente. Es necesario que brindemos, muchachos.

—Acepto la invitación y el tratamiento, dijo Lorimer de buen humor, por más que pesen sobre mis hombros . . . veintiséis años. Mi amigo, que pasa ya de los treinta, va á considerar el dictado de "muchacho" ofensivo para su dignidad. Hace poco nos llamó V. "hombres," recuérdelo bien.

Olaf Gulmar se rió. El aspecto grave de su rostro había desaparecido por completo, viéndose en cambio marcadas en él las huellas de la bondad complaciente.

—Hombres son Vds., dijo satisfecho; hombres en estado de crisálida; pero no son más que muchachos para la humanidad caduca á que pertenezco. Es mi

sistema: á mi hija Telma, por más que me digan que se una mujer hecha y derecha, nunca la consideraré más que como una niña. Es uno de los privilegios de los ancianos el considerar el mundo que nos rodea, siempre joven y poblado de niños.

Diciendo esto, Gulmar los condujo á la puerta de la casa, cubierta casi por entero de rosas encarnadas y blancas, y al transponer el umbral, se detuvieron los jóvenes á mirar las paredes de la entrada, adornadas de armas raras y antiguas, como dardos de piedra, hachas, arcos, flechas y machetes.

El hacendado abrió una de las puertas laterales é invitando á los forasteros á entrar en la habitación, se encontraron los dos amigos en el mismo sitio donde poco ha hilaba la hermosa muchacha.

—Siéntense Vds., les dijo con francos modales: pronto tendremos aquí vino. ¡Telma! ¡Telma! ¿Dónde está esa niña? Siempre corretea como una ardilla. Aguarden Vds., que vuelvo en el acto.

Al quedarse solos Bruce y Lorimer, aunque regocijados interiormente por el éxito de su empresa, no se atrevieron siquiera á dirigirse la palabra; tan impresionados se hallaban ante la patriarcal sencillez de cuanto les rodeaba. Á un lado, se veía una colección de libros de literatura clásica latina é inglesa, la "Imitación de Cristo," en francés y otras obras en idioma noruego, que junto con las demás, eran prueba de exquisita cultura por parte de quien las conservaba. No había cuadros colgados de las paredes, pues eran suficientes

el que ofrecían dos ventanas, cubierta la una de flores, según se sabe ya, y dominándose por completo desde la otra, el abra de Alten. Los muebles, algunos muy curiosos, estaban toscamente construídos con madera de pino, luciendo en amplios anaqueles gran cantidad de objetos de porcelana antigua, procedentes, al parecer, de todos los países del mundo. En un ángulo se veía un arpa antigua y en el centro de la habitación la rueda de hilar, digna de conservarse en un museo, por lo típica. En el suelo había algo más; algo que incitaba á los jóvenes á apoderarse de ello: era un ramo de margaritas silvestres atado con una cinta azul, desprendido seguramente del seno de la hermosa, al levantarse.

Interrumpiendo aquel silencio, dijo Lorimer:

—¡Pardiez, Felipe, que si el viejo Gulmar supiera á lo que hemos venido! . . . ¿No sentiste como si te mordiese una víbora cuando dijo que sabíamos decir la verdad, á fuer de hombres leales?

Bruce se sonrió con esfuerzo, absorto como se hallaba en sus pensamientos.

—La verdad dijimos, contestó con calma: ¿no ansiábamos por ventura conocerlo?

—Y á fe que no me pesa, repuso Lorimer; pero por poco me asusta cuando sacó el cuchillo del cinto y lo arrojó el suelo, cubriendo luego la hoja con el pie.

—Será una costumbre de este país, cuando se brinda hospitalidad á un desconocido.

La conversación quedó interrumpida al entrar de nuevo Gulmar seguido de una moza con una bandeja llena de vasos y botellas de vino. Aunque era guapa la rapaza, su presencia desalentó á los huéspedes, quienes desde hacía rato estaban ansiando tan sólo ver aparecer á Telma.

—Muy bien, Brita, dijo Gulmar: y ahora corre en busca de mi hija, que debe estar aún en la playa, pues no habrá tenido tiempo siquiera de salir en el bote: dile que vuelva á saludar á dos amigos que están aquí para conocerla.

Por más que Brita se apresuró á cumplir la orden de su amo, le dió á Bruce el corazón un vuelco. Pensó que Telma, caprichosa y consentida sin duda, no acudiría al llamamiento de su padre, después de haber salido de su casa con la idea de remar ó de corretear por la playa y embebido en esas reflexiones, ni siquiera se dió cuenta de las frases de alabanza que Lorimer prodigaba á Gulmar por el vino que éste les ofrecía. Percatándose el hacendado del ensimismamiento en que se hallaba sumido su huésped, le dijo:

—¿Está V. pensando, caballero, en la manera ruda con que me dirigí á Vds.? Confieso que fué mi intención herir su amor propio; pero al notar que trataba con personas de tan excelente carácter, me apacigüé.

Una leve sonrisa vagó por los labios de *Sir* Felipe.

—Le aseguro, contestó, que me hallo conforme con cuanto dijo, puesto que nadie conoce mejor que yo

mismo mi insignificancia. La vida es corta, el tiempo vuela, y comprendo que no sé aprovecharlo en beneficio de los demás: si pudiese V. mostrarme el camino de hacerme útil. . . .

Sir Felipe se detuvo bruscamente, sintiendo acelerársele los latidos del corazón al oir ruido de pasos y crujir de enaguas. Casi en el mismo instante apareció en el umbral de la puerta una figura femenil, alta, esbelta, vestida de blanco, avanzando silenciosamente y con timidez. El viejo volvió la cabeza, henchido de gozo.

—¡Aquí está! dijo con paternal ternura: ¿dónde te encontraron, hija mía?

CAPÍTULO VI

La joven, sin contestar, sonrojóse al reconocer en uno de los forasteros al que la había visto antes frente á la caverna.

—Mira, niña, dijo su padre: aquí están estos caballeros ingleses que han venido á visitar á Noruega. Este señor es *Míster* Felipe Bruce, que tiene su yate anclado en el abra y este es *Míster* . . . *Míster* Lorimer ¿no es ése su nombre? dijo sonriéndose.

—Exactamente, contestó el interpelado, contemplando con cierto embarazo á la joven, que acababa de levantar los ojos, inclinándose con aire ceremonioso.

—Que sean bienvenidos, Telma, continuó el padre; los amigos escasean y hay que agradecer tan buena compañía. Anda, diles algo, hija y luego brindaremos con un vaso del añejo.

La moza avanzó con gracioso y noble continente, y alargando ambas manos á la vez á cada uno de los recién llegados, uno después del otro, les dijo:

—Soy de Vds. humilde sierva y Vds. los dueños de esta casa. La paz y alegría nos acompañen.

Esa fórmula de saludo, muy común en Noruega, pronunciada en el tono de voz más dulce y acompañada del sincero y franco doble apretón de manos;

de aquellas manos suaves, pequeñas y delicadas, confundió por completo á los jóvenes. ¿Qué podían responder? Acostumbrados á las frases hechas que se emplean con tanta soltura como indiferencia en los salones de la alta sociedad de Londres, al encontrarse delante de aquella criatura llena de ingenuidad y candor, no acudía una sola palabra á sus labios y mientras *Sir* Felipe se contentaba con balbucear algo que ni él mismo entendía, Lorimer se hallaba avergonzado, como un colegial tímido.

Telma, no obstante, sin hacer caso de aquella turbación de los jóvenes, acercóse á la mesa; tomó la copa más grande, llenóla de vino y después de hacer ademán de acercarla á sus labios, la ofreció á *Sir* Felipe con una sonrisa en la que irradiaban destellos solares. La graciosa actitud de la joven lo vino á sacar de su éxtasis, é inclinándose profundamente, tomó la copa y bebió un sorbo, devolviéndosela á Telma, después de lo cual, le estrechó la mano en señal de agradecimiento; pero al hacer lo propio Lorimer, según era del caso, sintió Bruce como si los celos llamasen á las puertas de su pecho.

Al presentar al anciano la copa medio llena aún, después que hubo bebido Lorimer, le dijo:

—Apurad el contenido, padre, porque sabéis ya que si queda una sola gota en el fondo del vaso, es señal de riñas y disputas con esos caballeros.

—Es cierto, repuso Gulmar gravemente: pero te aseguro que no sucederá tal por mi culpa.

Y después de consumir el vino hasta las heces, colocó el vaso boca abajo sobre la mesa, con un profundo suspiro de satisfacción y bienestar. Roto el silencio merced al calorcillo del sabroso jugo de la vid, Telma fué la primera en hacer una pregunta.

—¿Cómo encontraron el camino de esta casa? dijo de pronto dirigiendo á *Sir* Felipe una súbita mirada de júbilo, velada casi en el acto por sus largas pestañas.

El aire de confianza y grata intimidad que se respiraba allí dentro, inspiró á Lorimer una relación sincera y salpicada de chistes y por más que se guardase de manifestar el verdadero motivo que los había guiado hasta allí, el instinto le hizo adivinar que no se ocultaba á la penetración de la muchacha. Bruce no quiso interrumpir á su amigo, interesándose asimismo en su relato pintoresco y todos escuchaban plácidamente con la sonrisa en los labios, hasta que al oirse el nombre de Bosekop, se transfiguró por completo la faz de la muchacha.

—¿Quién les habló á Vds. allí de nosotros? preguntó seriamente: no tratándonos como no nos tratamos con nadie ¿qué razón hay para que se ocupen de esta casa?

—Lo cierto es, dijo Bruce contemplando con íntimo goce la hermosa figura que tenía tan cerca de él, que el primero que me habló de Vds. fué el piloto Valdemar.

—¡Ah! exclamó el anciano con cierta excitación; he aquí un muchacho que no sabe permanecer callado.

¿Qué te dije, niña? La lengua de un solterón es más temible que la de una mujer. Los casados son los únicos que conocen la virtud del silencio.

Todos se rieron; pero Telma demostraba hallarse pensativa.

—No seáis cruel con el pobre Valdemar, padre, le dijo: es muy triste hallarse solo en el mundo, sin el cariño de nadie y sin tener á quien amar: ¿no lo creéis así?

—¡Hola! repuso el viejo, de buen humor: ¿lo oyen Vds.? no parece sino que mi niña está muy al corriente de esas cosas y no es así, por vida de . . . porque si hay un ser en la tierra libre de cuidados es mi Telma: todas las flores y los pájaros la festejan y á veces pienso que hasta el mar la adora . . . como que nunca se separa de él. En cuanto á su padre, continuó chispeándole los ojos de ternura ¡bah! ¡si no lo quiere! ¡Que lo diga si no!

Telma, levantándose de un salto, fué á besarlo en la frente.

—¡Callad! le dijo; esos caballeros comprenden ya lo mucho que me mimáis. Y volviéndose de pronto con cierto aire imperioso hacia Lorimer, añadió: ¿quién habló de nosotros en Bosekop?

Lorimer quedóse confuso, pues en realidad nadie en la población les había mencionado directa ni indirectamente el nombre de los Gulmar, ya que las palabras del reverendo acerca de una familia indigna de la sociedad de Bosekop, podían al fin y al cabo no referirse

á ellos. Por eso, el joven, jugando el todo por el todo, se apresuró á contestar, con algún encogimiento.

—El cura Estévenson, si no ando equivocado, es uno de los que. . . . ¿No es ese señor amigo de Vds.?

Esas sencillas palabras produjeron el efecto más inesperado. Olaf Gulmar se puso en pie lleno de cólera y por más que su hija, cogiéndolo por el brazo cariñosamente, tratara de apaciguarlo, el nombre del ministro luterano lo puso fuera de sí de tal modo, que dijo irritándose por grados:

—Si hubiese sabido que venían Vds. de ver á una persona de tal calaña, estén seguros que no era mala la despedida que les hubiera reservado. Antes hubiese roto la copa en mil pedazos que consentir en brindar con Vds.: los amigos de un hombre encubierto é hipócrita no pueden serlo míos: los secuaces de un pretendido santurrón no encontrarán jamás hospitalidad bajo mi techo. ¿Por qué no haber confesado abiertamente desde el principio que venían Vds. como espías enviados por ese farsante, en vez de entrar con andares caballerescos para evitar toda sospecha?

Gulmar, bajo el ímpetu de su furor, se había desasido de las manos de su hija. Con el rostro encendido, inclinado hacia atrás el espeso cabello, blanco como la nieve, echándole chispas los ojos, al apoyarse en la mesa en actitud vengativa y amenazadora, á Lorimer se le ocurrió que serviría de excelente modelo para esculpir en mármol la figura de un hércules iracundo.

Era cualidad inapreciable en Bruce y en Lorimer,

el que jamás se inmutaban; lo que probaba excesiva apatía ó educación social perfecta, porque era lo cierto que consideraban de muy mal tono el perder la sangre fría. Sin darse por ofendidos, al concluir el viejo de perorar, permanecieron unos segundos silenciosos, como clavados por la sorpresa; luego, levantándose con imperturbable serenidad, cogieron las gorras, dispuestos á marcharse.

Sir Felipe fué quien rompió el silencio.

—Se equivoca V., *Míster* Gulmar y sólo me pesa que nos haya juzgado tan á la ligera. Si convino V. en que éramos leales cuando nos encontramos, no acierto á comprender cómo puede V. tomarnos ahora por falsarios. Nada sé de *Míster* Estévenson, á excepción de que fué al yate á visitarme y yo le he devuelto la visita, como era natural; mas ni conozco su carácter y manera de proceder, ni me importa conocerlo, como no le importa á mi amigo. Sólo añadiré que siento se haya interrumpido la cordialidad que reinaba entre nosotros y por lo tanto, nos retiramos. ¿Querrá V. perdonar toda ofensa que hayamos podido llevar á cabo sin la menor intención contra V. ó su padre? añadió dirigiéndose á Telma, que escuchaba con el más vivo interés: nuestra visita resultó poco afortunada; pero. . . .

La joven lo interrumpió cogiéndolo por el brazo, con un movimiento aunque al parecer sobrado familiar, en ella perfectamente espontáneo y natural: al sentir aquella ligera presión, Bruce sintió acelerársele el curso de la sangre dentro de las venas.

—¡Ah! entonces pretende V. también echarlo todo á perder, dijo la moza con aire inocente de superioridad. ¿No ve V. que mi padre está ya sintiendo lo ocurrido? ¿Bebimos acaso en balde de la misma copa ó es que se derramó parte del vino? ¡No! ¡ni una sola gota se ha derramado! ¿Por qué, pues, si somos amigos, hemos de separarnos con enojo? Padre, cuando estos caballeros abandonen estas costas en dirección á su país ¿qué es lo que hemos de desear que piensen de nosotros? ¿que pusimos los medios para hacerles agradable la estancia en estas tierras ó que desconocemos los deberes de la hospitalidad?

El hacendado escuchó aquel dulce reproche con la sumisión de una fiera á la voz del domador, sin saber á punto fijo qué resolución tomar, hasta que después de haberse enjugado la frente y dirigido una mirada á su alrededor, con ánimo indeciso, avanzó por fin del todo resuelto, alargando una mano á Bruce y otra á Lorimer, quienes se la estrecharon efusivamente.

—Muy bien, muchachos, les dijo. Olvidemos cuanto acaba de pasar, puesto que siento ya haber sido la causa de ello. Esa es mi parte flaca: la sangre se me sube á la cabeza en un segundo y con todo y ser viejo no he aprendido todavía á tener calma. Sino que . . . cuando oigo hablar de esa víbora de Estévenson, se me nublan los ojos y . . . ¡no, no! ¡no se vayan Vds.! ¿Las diez ya? y eso ¿qué importa cuando aquí el ser de noche es lo mismo que si fuese de día? Vengan al portal á sentarse, que sentirán más fresco.

¿Te ríes de mi raro carácter, niña? no me ofendo, no. ¿No eres tú la que siempre logras apaciguarme al fin y al cabo?

Y empujando á Bruce suavemente por la espalda, se dirigieron al portal, seguidos de Lorimer, pues Telma se había adelantado con el fin de preparar un asiento cómodo para su padre. Una brisa saturada de perfumes del mar, se deslizaba entre los pinos; tachonaban el firmamento girones de nubes y las aves entonaban á coro sus más poéticas canciones. El viejo Gulmar lanzó un suspiro, como si sus pasados arranques de ira le hubiesen servido de consuelo.

—Verá V., *Sir* Felipe, dijo acariciando la cabellera de su hija: verá V. por qué detesto á ese hombre. Es preciso que Vds. lo sepan. . . . ¿Por qué me guiñas el ojo de ese modo, Telma? ¿Temes que vaya á ofender de nuevo á esos amigos? ¡Eso nunca! Pero . . . ante todo: ¿á qué religión pertenecen Vds.? Desde luego me figuro que no serán luteranos.

Los dos amigos vacilaron en vez de contestar y Bruce dijo por fin:

—Hablando francamente, por más que no voy á la iglesia, siento profundo respeto y admiración por las doctrinas de Jesucristo, y estoy seguro de que si me hubiese cabido la suerte de conocerlo y tratarlo, hubiera sido uno de sus discípulos más entusiastas. Creo en un Ser Supremo y Omnipotente y por lo tanto no soy ateo: mi madre, que era austriaca, profesaba la religión católica y me parece conservar una reminiscen-

cia de que en mi niñez me educaron en esas creencias; pero lo que es ahora, no es gran cosa lo que sé acerca de mi religión.

El hacendado inclinó la frente con aire de solemnidad.

—Telma, mi hija Telma, repuso, es católica como era su madre. . . .

Gulmar no pudo seguir, por impedírselo el dolor que nubló en el acto su rostro. Telma, con los ojos arrasados de lágrimas, estrechó entre las suyas una de las manos del anciano, como si pretendiese aliviar la pena que lo embargaba, compartiéndola con él. Después de una pausa larga y penosa, continuó el padre:

—Sí; Telma es católica, por más que no tiene aquí apenas oportunidad para practicar su religión, que á no dudarlo es hermosa, sublime, y que parece á propósito para el sexo débil. En cuanto á mí, que soy de fuste más basto, las dulces máximas de Cristo no encuentran terreno abonado en mi interior. Y V., joven, añadió de pronto volviéndose hacia Lorimer que estaba separando distraídamente los pétalos de una rosa; V. no habló todavía: ¿cuáles son sus creencias? No se lo pregunto por vana curiosidad, sino por deseos de no ofender.

—Por vida mía, *Míster* Gulmar, que eso es preguntar demasiado. Creencias no las tengo. . . . Me propuse en una ocasión cumplir con mis deberes de buen cristiano y después . . . después, francamente, me distraje de ello.

—¡Qué lástima! exclamó Telma, mirándolo con ojos compasivos: debe V. ser muy infeliz.

—¡Oh, no! No me considero tal, de ningún modo. Por ejemplo; ¿cree V. que temo á la muerte? pues no la temo y muchos que se cuentan entre los devotos, le tienen un miedo horrible, por más que dicen que la muerte es el principio de la eternidad. Lo cierto es que no creo en nada: vine de la nada, no soy nada y estoy destinado á volver á la nada . . . y siendo esto claro y evidente, me conformo, me resigno y . . . ¡santas Pascuas!

—¡Buen tuno está V.! dijo Gulmar con tono jovial: apenas se encuentra en el amanecer de su vida, y amiguito, cuando se vea V. en plena madurez, juzgará las cosas de diferente manera. El no creer en nada implica desconocimiento de la ley moral, desprecio de la conciencia, falta absoluta de dominio de las pasiones . . . ¿no lo entiende V. así mismo?

Lorimer sonrióse candorosamente y repuso:

—¡Qué bueno es V., *Míste*r Gulmar, al atribuirme una conciencia! Lo que es yo, no creo que la tenga: no conozco las pasiones y en cuanto á la ley moral la sigo al pie de la letra, por la razón de que el que se entrega á costumbres inmorales deja de ser un caballero: y como hoy día abundan poco los que lo sean, procuro por todos los medios contarme entre los escogidos.

En este punto, *Sir* Felipe terció en el diálogo.

—No le hable V. seriamente, *Míster* Gulmar, por-

que ese joven siempre bromea. Le diré en pocas palabras, que es un descreído y el muchacho más cabal que conozco.

Lorimer miró á su amigo con expresión de gratitud, pero no dijo una palabra al observar que Telma lo estaba contemplando con una hechicera sonrisa.

—¡Ah! dijo ella moviendo la mano á manera de franco reproche; V. sólo piensa en divertirse y en divertir á los demás ¿no es eso?

—Bien, sí, contestó. Me gusta ver alegre á todo el mundo, aunque á veces sea tarea bastante difícil el hacer reir á los otros. Si estuvo V. alguna vez en Londres, "*Miss*" Gulmar, comprenderá cuan difícil es arrancar tan sólo una sonrisa de labios de aquella gente y aun cuando se sonrían lo hacen de un modo tan poco natural. . . .

—¿Por qué motivo? ¿Tan tristes se encuentran?

—Si no están tristes se esfuerzan en estarlo: allí resulta distinguido el descubrir faltas en todo, trátese de cosas ó de personas.

—Así es, dijo el anciano, pensativo: estuve en Londres una vez y me pareció que me hallaba en el limbo. Sólo se ven calles y más calles, hileras y más hileras de casas de aspecto lúgubre; paseos llenos de suciedad y gente con rostro contrito, como si la Naturaleza hubiese rehusado prodigarles sus dones. Triste ciudad por cierto, aborrecible á los ojos del que como yo ha pasado su vida entre el mar y la montaña. . . .

Pues bien; como ninguno de Vds. es luterano, mejor dicho, como ninguno sabe lo que es, diré con entera franqueza cuales son mis creencias. Puedo afirmar con orgullo que jamás abandoné las doctrinas de mis antepasados; de la fe que alienta y fortifica el ánimo contra los embates del mal; la fe que muchos pretenden que ha muerto ya en nuestros días, pero que se halla viva y arraigada en el corazón de los que como yo descienden de la raza de los Vikings . . . sí; me considero muy honrado conservando las creencias de mis mayores y malhaya el que maldice de la fe de los antiguos guerreros de su raza. ¡Benditos sean los nombres de Odín y de Thor!

El viejo Gulmar levantó los brazos en actitud solemne, despidiendo chispas por los ojos. Los dos amigos lo escuchaban con curiosidad, sorprendidos de haber dado con un hombre que en medio de los conflictos entre las modernas ideas, supiese mantenerse firme á las tradiciones de familia.

—¡Pardiez! exclamó de pronto Lorimer con entusiasmo. ¡Se me figura que simpatizo ya desde luego con Odín! Esa especie de religión bélica me regeneraría. ¿Quiere V. iniciarme en sus misterios, *Míster* Gulmar?

El anciano se sonrió gravemente, y levantándose para señalar el horizonte, dijo:

—Á lo lejos cruzan el espacio azul blancas nubecillas; se alargan, se adelgazan, se quiebran . . . y cuando ansiosos las contemplamos diluídas en la at-

mósfera para admirar por más tiempo sus fantásticos dibujos, desaparecen á nuestra vista. Ese es el emblema de la curiosidad del que por mero pasatiempo pretende indagar los misterios de la religión de Odín: esos misterios están vedados á todo aquel cuyo espíritu no posee la suficiente serenidad para esperar á la muerte con el mismo anhelo con que la desposada ansía dirigirse al altar nupcial. El cielo de los cristianos es la mansión de los niños y de los jóvenes; Valhala es la de los hombres, y encierra para el moribundo tantos atractivos la belleza de una valquiria, como la majestad de la Cruz del Calvario. Telma cree, y su madre lo creía también, que en el otro mundo me está reservado un lugar entre los escogidos, como á todo buen cristiano: ¡tanto mejor! El hecho es que, gracias á los dioses de mis padres, soy feliz y no ambiciono nada de lo que no poseo.

El hacendado hizo una pausa, absorto en sus ideas, mientras Bruce y Lorimer lo contemplaban con creciente curiosidad. Luego continuó:

—Ahora, muchachos, ya saben Vds. cuales son nuestras creencias. Mi hija pertenece á la iglesia de Roma y yo soy un pagano, dijo sarcásticamente, por más que, pagano y todo, me precio de poseer más dignidad que muchos otros. Si al reverendo Estévenson y á mí nos pusiesen á prueba, siento orgullo al afirmar que fuera mía la victoria. Pero repito que nos conocen Vds. ya y si presienten que han de armarse discusiones entre nosotros, separémonos desde ahora en paz

y en buena amistad antes de tener que esgrimir los aceros.

—Ningún acero ha de esgrimirse por mi parte, objetó Bruce, adelantándose para colocar una mano en el hombro del viejo Gulmar: confío en que he de merecerle completo crédito, cuando le digo que consideraré su trato en gran estima.

—Y por más que no me acepte V. como uno de los prosélitos de la religión de Odín, añadió Lorimer, no puede V. impedir el que trate de merecer sus simpatías. Le advierto desde ahora que me propongo visitarlo con frecuencia: hombres como V. no se encuentran á cada paso.

Olaf Gulmar manifestó gran sorpresa ante aquellas afectuosas adhesiones de los forasteros, á que dijo no estar acostumbrado y Telma añadió, encarándose con ellos coquetonamente:

—Hasta hoy Vds. son los primeros que después de visitarnos demuestran interés por conservar nuestra amistad. Mi padre podrá decirles cual es el concepto en que todos nos tienen. En primer lugar, nos consideran abominables: luego afirman que nuestra compañía es de mal agüero y por último dicen que carecemos de respetabilidad.

Telma prorrumpió en una sonora carcajada, á la que hicieron coro los demás y luego continuó sin abandonar la dulce sonrisa que iluminaba su rostro, apoyando la cabeza en la pared, donde las rosas se abrían para perfumarla:

—Mi padre no se aviene con *Míster* Estévenson, porque quiere convertirnos á la religión de Lutero y cuando ve que sus esfuerzos son inútiles, se irrita de tal modo, que si alguno murmura de nosotros él murmura también, contando cosas que no son ciertas y así la bola va creciendo . . . y creciendo . . . pero ¿qué le pasa á V.? prorrumpió al ver á Bruce levantando el puño con aire amenazador.

—Me gustaría poder romperle la crisma, repuso á media voz.

—Quién sabe si algún día le cabrá á V. esa suerte, que no sería sino una buena acción, dijo Gulmar; yo mismo lo haré si mucho me inquieta. Y ahora, vamos á ver; ¿cuándo volverán Vds. por esta casa?

—Á Vds. les corresponde visitarnos primero, contestó prontamente el joven barón; si V. y su hija nos honran mañana con su presencia, me daré por muy satisfecho. Desde luego hago constar que pueden disponer del yate, como gusten.

Telma, entre las rosas, dirigió á *Sir* Felipe una profunda é inquisitiva mirada, como si pretendiese adivinar las intenciones que lo guiaban.

Una vez fijada para el día siguiente la hora en que el hacendado y su hija devolverían la visita, los jóvenes se dispusieron á despedirse. Al alargar Bruce la mano á Telma, señalando con disimulo una rosa que pendiente del tronco rozaba casi el pelo de la muchacha, le preguntó en voz muy baja:

—¿Puedo llevármela?

Se cruzaron sus miradas, y ella sintió una oleada de rubor cubrirle las mejillas; pero con momentáneo impulso arrancó la rosa y se la dió á Bruce, volviéndose luego á Lorimer para saludarlo. De pie en el portal, velando con la mano la luz del sol que le daba de lleno en la cara, los miró después alejarse en compañía de su padre, que insistió en no dejarlos hasta verlos dentro del bote. Dos ó tres veces se volvieron á contemplar la esbelta y blanca figura rodeada de un nimbo de flores, recibiendo en su áurea cabellera los reflejos del sol, y al volver el último recodo, *Sir* Felipe agitó el sombrero, sin que le fuese dable ver en qué forma contestaba ella este á Dios.

Al quedarse sola suspiró y fuése en seguida á continuar su trabajo en la rueda; una dulce languidez se apoderó muy pronto de sus sentidos y en sus ojos azules y profundos podían leerse fantásticas quimeras, al vagar inquietos en sus órbitas, del lino á la ventana, para posar la mirada en la majestuosa quietud de aquella noche sin nubes y sin estrellas.

CAPÍTULO VII

Desde la punta del desembarcadero, estuvo Olaf Gulmar contemplando á los jóvenes hasta perderlos de vista y ellos por su parte no apartaron la suya del anciano, sin cansarse de admirar aquel tipo interesante de plateado cabello, destacándose del fondo del espacio teñido suavemente de rosadas tintas, como el interior de una concha. Al dar la vuelta al peñasco, continuaron remando en silencio aún, siendo el rítmico choque de los remos contra las aguas el único ruido que podía percibirse. Después de largo rato, dijo Bruce con seriedad:

—Por lo visto te has vuelto mudo. ¿No hay una sola palabra para un amigo?

—Éso es precisamente lo que iba á preguntarte. Y pensaba también que en casa del hacendado no vimos á tu compañero de la cueva.

—No. Sin embargo, continúo en la convicción de que tiene algo que ver con esa familia y por lo que le oí decir, apostaría á que es también adepto de Odín. Pero, no importa: ¿qué te parece la muchacha?

Lorimer dió media vuelta perezosamente, hasta encararse con su amigo.

—Si he de contestar con franqueza, te diré que es



la mujer más bella que jamás conocí y cuenta que soy imparcial, completamente imparcial, dijo mirando á *Sir* Felipe, cuyo rostro grave y adusto ceño demostraban que alguna lucha se agitaba en su ánimo. Convengo en que te encontraste *con la hija del rey de Noruega*, prosiguió con acento entusiasta, y puesto que es así . . . ya sabes lo que dice el cantar.

—¿Hablas formalmente? repuso Bruce, parando de remar y retorciéndose las guías del bigote, sin poder dominar su turbación. En verdad no sé lo que me pasa . . . ¡esa muchacha me enloquece y delante de ella me quedo hecho un bobalicón! ¿será esta una señal de estar enamorado, Lorimer?

—¡De ninguna manera! contestó con ironía; yo siento lo mismo que tú cuando la miro y sin embargo. . . .

—¿Sin embargo, qué? preguntó el joven barón con avidez.

—Que no la amo ni pizca.

—Y ¿cómo lo sabes?

—¿Cómo lo sé? . . . ¡Oye, muchacho! ¿Pues no me lo dice bien claro el corazón? Mira, añadió sacándose con tiento un ramito de flores del bolsillo y presentándoselo á Bruce, ¿lo conoces? son las margaritas aquellas que estaban al pie de la rueda de hilar y como tú no te atreviste á cogerlas, lo hice yo con disimulo cuando salimos para el portal. Para ti son. Me figuré que te gustaría tenerlas bajo la almohada cuando te fueses á dormir ó hacer con ellas alguna extrava-

gancia, porque cuando uno está chiflado, hay que desempeñar el papel de amante á la perfección: soy enemigo de los términos medios. . . . Y ahora comprenderás que si la más ligera chispa de amor hubiese prendido en mi pecho, ni un regimiento de infantería me hubiera arrancado este talismán, ni tú hubieras sabido que lo guardaba. ¡Anda, tómalo! Con esto y la rosa que ella te dió, ya puedes considerarte rico: ¿y qué son tus riquezas, comparadas con tales prendas? ¡Vaya, no mires con ese aire de encantamiento ó tendré que llamarte al orden en obsequio á los principios del sentido común! Está visto que la moza te trastornó por completo, y es inútil que lo niegues.

—No estoy seguro, Lorimer, contestó tomando las flores con exquisita delicadeza. No creo en el amor á primera vista.

—¡Yo sí! Amor es electricidad y dos telegramas bastan para cerrar trato; uno de los ojos del hombre á los de la mujer y otro en sentido contrario. Pues bien: tú y ella, durante la visita, al menos habéis cruzado una docena de partes telegráficos.

—¿Y tú? insistió el joven barón ¿no estabas en las mismas condiciones?

Lorimer se encogió de hombros.

—La ninfa y yo nos hallamos telegráficamente incomunicados. Simpatía . . . compañerismo . . . amistad superficial . . . como quieras llamarlo, es lo que puede llegar á haber algún día entre ambos; por lo

demás, aunque la muchacha es preciosa, no soy impresionable.

Y volvió á empuñar con fuerza los remos, diciendo jovialmente:

—¿Sabes, Felipe, que Sandy y Duprez estarán maldiciéndonos, por haberlos dejado tanto tiempo con *Míster* Estévenson? hace dos horas ya que nos marchamos.

—¡Imposible! prorrumpió Bruce, aprestándose á remar con brío: ¿qué pensarán de nosotros?

Y estimulados con la idea de lo intranquilos que debían hallarse sus amigos, remaron vigorosamente, con el mismo ardor que si se ensayasen para competir en unas regatas, cuando descubrieron á lo lejos una barca viniendo en sentido opuesto, con dos figuras de hombre en pie, gesticulando vivamente.

—¡Aquí están! exclamó Lorimer; alquilaron un bote para salirnos al encuentro.

Con pocos golpes de remo, Bruce y Lorimer alcanzaron á los demás, quienes entre joviales expansiones entraron de un salto á reunirse con sus amigos, satisfechos de abandonar al fin la compañía del pescador que les había alquilado la barca y sus servicios, quien después de recibir su paga con gesto gruñón, se alejó sin saludar siquiera.

Bruce empezó á excusarse por tan larga ausencia, alegando que momentáneos compromisos les impidieron volver más pronto.

—No hay para qué pedir perdones, querido amigo,

exclamó Duprez en el armonioso acento francés que le era peculiar. ¡Nos hemos divertido en grande! No perdimos el tiempo en balde, te lo aseguro. ¡Ese Sandy tiene unas ocurrencias! Figúrate que conquistamos al reverendo de tal modo, que ahora es partidario de todos los dioses ó de ningún Dios, según á nosotros se nos antoje. . . . En una palabra, *mon cher*, que ese ministro ha bebido más de lo regular.

—¿De veras? exclamaron Bruce y Lorimer á coro.

—Y tan de veras, continuó Sandy, sonriendo maliciosamente. El "Lácrima Christi" era muy fuerte y como demostró que le gustaba, le ofrecimos copa tras copa, y él siempre sin decir que no. Repanchigado en el sillón, se estuvo dale que te dale con sus filosofías, que era cosa de oirlo, y tan engolfado se hallaba en la metafísica, que ni siquiera se tomó el trabajo de levantar la mano para espantar dos moscas que se pasearon por los pliegues de su anchurosa frente, mientras estuvo perorando. Luego le llenamos la copa de *whiskey* y al principio se resistió á beber; pero en cuanto lo hubo probado, relamiéndose de gusto nos rogó que le sirviéramos otra copita más: empezó á tambalearle la cabeza, como si fuese á desprendérsele de los hombros y cogiendo la botella con ambas manos, empezó á reirse como un loco y á llevársela á los labios; por fin, después de haber bebido algunos tragos más, la dejó sobre la mesa y poniéndose en pie, le dió por frotarse el pelo con furia, hasta dejárselo revuelto de tal modo, que su cara parecía la imagen de la ferocidad.

—No lo has dicho todo, repuso Duprez con tono enigmático. ¿Qué nos ha confesado el respetable reverendo? Que estaba enamorado. Sí, señor, tal como suena; el muy gordiflón ha perdido la chaveta por una mujer. Y lo peor del caso es que no ama sólo á una mujer, sino que le gustan todas las mujeres y asegura que según los principios de su religión, le está permitido alguno que otro beso . . . beso que debe ser sagrado, por supuesto. ¡Y qué campechano y francote es ese *Míster!*

Todos celebraron con risas el relato y *Sir* Felipe dijo:

—¡Qué estúpido! ¿No hay quien se preste á darle un puntapié? Un puntapié también sagrado, por supuesto y de más fuerza que los otros puntapiés que acostumbran á darse.

—Si empiezas tú vamos á seguirte, dijo Lorimer. Figúrate con qué gusto lo vería convertido en pelota, rodando por los suelos á merced de nuestra puntería.

—Teníais que haberle oído referir su reciente conquista, añadió Sandy en el momento en que el bote llegaba á tocar uno de los costados del yate.

—Aguarda, dijo Bruce, vas á contarnos el resto á bordo.

Bajaron los marineros la escala y una vez sobre cubierta los amigos, izaron el bote y lo amarraron á los pescantes.

—Que siga la historia, dijo Lorimer, tumbándose en un cómodo asiento y encendiendo un cigarro, mien-

tras los demás hacían lo propio. Continúa, Sandy; los amores del reverendo deben ser cosa divertida: supongo que andará detrás de ese estafermo de mujer que vimos en su casa sirviendo la mesa.

—¡Ni pensarlo! *Míster* Estévenson se precia de tener mejor gusto: dice que conoce á una muchacha que bebe los vientos por él, dispuesta á sacrificar su existencia en aras de su amor puro, pero que él está indeciso, á pesar de ser una joven de prendas envidiables; añadiendo que, aunque teme no cesará de perseguirlo, no sabe aún si se compadecerá de ella; nos dijo su nombre, el más raro que en mi vida oí, pero lo olvidé ya: ¿te acuerdas tú, Duprez, de cómo se llama la chica?

—Froken Telma Gulmar.

Fué tal el visible sobresalto que experimentó Bruce al oir aquel nombre, que Lorimer temió alguna indiscreción por su parte. Mas, dominándose, gracias á un poderoso esfuerzo, se contentó con arrojar una bocanada de humo, diciendo fríamente:

—De lo que estoy convencido es de que, *Míster* Estévenson, además de bebedor desordenado, es un embustero. La familia Gulmar, á la que acabamos de ver en este momento, es de las más apreciables que conozco, y podréis juzgar por vosotros mismos de la certeza de mis palabras, pues mañana vendrán al yate. Invité al padre y á la hija á comer con nosotros, y después de conocerla me diréis si es posible que la imaginación la conciba tal como la supone el reverendo.

Sandy y Duprez cruzaron una mirada de asombro.

—¿Estás seguro, se atrevió á insinuar el primero, que obraste con prudencia? Mira que hasta hoy no invitaste á nadie y ésa parece una demostración de amistad bastante prematura.

Sir Felipe continuó fumando sin contestar una palabra. Duprez se puso á canturriar una canción francesa, riéndose por lo bajo y Lorimer miraba á su amigo, de soslayo, con aire medio filosófico, hasta que le dijo:

—Por el amor de Dios, no vayas á cargarte de compromisos que . . .

—*Mon cher*, interrumpió Duprez, haces muy mal en protestar. Felipe invitó á esa gente; ellos aceptaron . . . hasta aquí la cosa no merece criticarse.

—No estamos conformes, repuso Sandy. Antes de haber llegado á tal extremo, debía de haberse enterado acerca de qué clase de personas eran las de esa familia; porque si después se arrepiente . . .

—Y . . . ¿por qué he de arrepentirme? preguntó de mal humor.

—¡Ah! *pardon*. Sandy se refiere á lo que nos ha dicho el reverendo.

—¡Pero si estaba beodo! . . .

—No lo estaba cuando nos lo contó. Es el caso que Gulmar estaba casado con una mujer hermosa, amante, buena . . . cuanto hay de adorable en la tierra, según aseguran por aquí. Nunca se la veía por las calles y plazas del pueblo y sólo la encontraban alguna que otra vez

en la montaña, á la orilla del río, cerca del mar, siempre con su hijita en brazos. Cuando de pronto . . . ¡mira lo que sucedió! la mujer no aparece ya más por ningún lado: alguien se atreve á preguntar al marido: "*Monsieur* Gulmar ¿qué le ha pasado á la *Madame?*" y él contesta secamente: "Ha muerto." Respuesta que como era natural, no satisfizo á todos, porque si *Madame* murió ¿qué se hizo de su cadáver, toda vez que ni se celebró entierro alguno ni nadie sabe que se la enterrase? . . . *bien*; resultado de todo eso: que la gente sensata de Bosekop sacó la única consecuencia posible ó sea, que Gulmar, que dicen tiene muy mal genio, mató á su costilla é hizo desaparecer su cuerpo *voilà!*

Bruce frunció el entrecejo, visiblemente contrariado.

—¿Es eso todo? preguntó.

—¡Pues me parece que es bastante! Pero ¡y qué!; va á ser novelesco eso de comer con un asesi . . .

—¡Basta! gritó *Sir* Felipe con tono autoritario: ¿cómo puedes calumniar á un hombre, sin saber si lo merece? Si sospecharon de Gulmar ¿por qué no lo detuvo la justicia?

—No había pruebas suficientes contra él, repuso Sandy y según dijo el ministro que regentaba la parroquia en aquel entonces, podía suceder muy bien que dadas las creencias de Gulmar, hubiese enterrado á su mujer empleando ciertos procedimientos y ceremonias desconocidas para los demás.

—¡Eso, eso es lo probable! exclamó *Sir* Felipe con tono de triunfo: el hacendado sigue la religión de Odín con tanto entusiasmo, que ni el reverendo Estévenson con toda su elocuencia es capaz de convertirlo.

—¿De modo que se trata de un prosélito de la mitología escandinava? ¿Y no creéis á esa persona capaz de? . . .

—Jamás: tú mismo podrás juzgarlo mañana cuando lo trates. Al mencionar una vez el nombre de su esposa, hubieras podido leer en su rostro el sentimiento que lo embargaba. Y en cuanto á su hija . . .

—Precisamente, lo había olvidado ya, se apresuró á añadir Duprez; esa hija, Telma, era la que la misteriosa mujer llevaba siempre en brazos y al desaparecer la madre, de la vista de todos, desapareció también la niña. Quedóse solo Gulmar, rechazado por las personas pudientes y más tarde, de golpe y porrazo, se presentó la niña convertida ya casi en mujer, y según dicen, encantadora hasta la exageración. Vivió una temporada con su padre é imitando la conducta de su difunta madre, no se trataba con nadie. Desapareció por fin de la vista de todos y al cabo de diez meses volvió á aparecer, más hermosa que nunca. Desde entonces no se ha movido de estas tierras; pero nadie puede impedir que á cualquier hora tome las de villadiego. Como su belleza, por ser tanta, se considera sobrenatural, dicen que el diablo es su *parfumeur*, su *coiffeur* y quien se cuida de dar gracia al cuerpo de la moza . . . en una palabra, se la tiene por bruja en

el pleno ejercicio de sus artimañas y la gente huye de ella como del peligro.

—¿De veras que sí? prorrumpió Bruce, riéndose á carcajada suelta. ¡Qué sarta de locos debe de haber en este país, cuando creen que la hermosura es una prueba de brujería! Me extraña que el reverendo pueda beber tranquilo si cree que la muchacha le sigue la pista, tal vez para llevárselo cuando menos lo piense, á la grupa . . . del mango de la escoba. ¡Ja, já! ¡Tendría gracia!

—¡Ah! pero lo que él quiere es convertirla, observó Sandy con seriedad: sacarle los malos espíritus del cuerpo.

—¿Cómo es eso? prorrumpió Lorimer saltando de la silla. ¿Es posible que también *Míster* Estévenson lleve su estupidez al extremo de creer en esas tonterías?

—Claro que sí, repuso Duprez; *à la lettre.* Y lo peor del caso es que según él, sus opiniones, de cualquier orden que sean, descansan en testimonios de la Biblia; por lo que se tiene por infalible.

Bruce murmuró algo no muy encomiástico para el reverendo, que escapó á los oídos de sus compañeros y luego dijo en alta voz:

—Dejemos en paz á los Gulmar y vamos al comedor á tomar algo antes de acostarnos, porque si hay que esperar á que obscurezca . . .

Después del correspondiente refrigerio, Lorimer, tan locuaz por lo común, se levantó con impaciencia y

tras de algunos paseos á lo largo del comedor, sin pronunciar una palabra, se sentó al piano de súbito, como herido por una idea y empezó á tocar con esa delicadeza, que sin denotar un consumado pianista, caracteriza al verdadero amante de la música en cuyos oídos una nota falsa constituye un refinamiento de tortura. Pero á pesar de su aparente decisión del principio, al poco rato, deteniéndose y cambiando de tema, se lanzó á las melodías de un preludio de Chopin, que cambió á los pocos segundos, sin pausa alguna, por un tema popular, inspirado en un motivo lánguido de tal intenso sentimiento y exquisita ternura, que hasta el impertérrito Sandy se acomodó mejor para escuchar en actitud soñolienta, mientras Duprez, mirando al techo con cierto éxtasis, "*comme c'est beau ça!*" repetía.

Bruce fué el único que no hizo movimiento alguno; al reconocer en aquella melodía la misma que entonaba Telma mientras hilaba, quedóse como clavado en la silla; cubrió sus ojos un velo impalpable y envuelto en él se le apareció la ninfa de vestido blanco y dorada cabellera, dejándolo tan absorto, que le hizo sobresaltar la voz del mismo Lorimer, al levantarse de pronto para decir:

—¡Á acostarse, camaradas! y te ruego, Felipe, que mañana no me despiertes tan temprano como lo hiciste hoy.

—Eso es, á la cama, asintió Duprez; que no deja de ser curioso el irse á acostar en plena luz del día. *Cher Philippe*, tus párpados se cierran; con que . . . á

seguir el consejo del amigo, que acaba de entusiasmarme de veras con su música; *très bien*, Lorimer y buenas noches á todos . . . ó buenos días: en este extraño país, donde el sol siempre alumbra, no sabe uno nunca á que atenerse.

Después de estrecharse las manos, se separaron. Bruce, no obstante, previendo que le sería imposible conciliar el sueño, dada la agitación de que se hallaba poseído su espíritu, entró en su camarote, resuelto á volver á salir tan pronto como comprendiese que no iba á llamar la atención de nadie, para pasearse por la cubierta del yate hasta que el sueño lo rindiese. Ansiaba hallarse por fin solo con sus ideas, para ver si le era posible resolver de una vez el significado de aquel nuevo sentimiento que se apoderó de él tan súbitamente, mitad penoso, mitad placentero, ocasionándole en suma cierta especie de rubor . . . ¡Cómo! ¡Toda su dignidad, su viril empresa, su proverbial indiferencia, reducidas á la nada merced al ligero toque de una varita mágica invisible! ¡No podía menos de avergonzarse ante sus propios ojos! El geniecillo del carcaj y las flechas acababa de mofarse del poder del león, aprisionándolo con una sencilla cadena de margaritas; las flores que pertenecieron á Telma y que el incauto acariciaba aún con sus dedos al recorrer con paso lánguido la cubierta del yate . . .

Así inicia Cupido sus batallas, para terminar casi siempre con la victoria á favor suyo. Primero, rubor y timidez; después el deseo y la pasión; más tarde la

conquista . . . ¿y luego? ¡ah! luego el dios pagano cae de su pedestal, para que otro Dios más alto, otra idea más noble, otro sentimiento más pujante, más hondo y real señalen al amor el camino supremo que le está asignado.

CAPÍTULO VIII

Era más de media noche y *Sir* Felipe continuaba aún paseando por la cubierta del yate, sin testigos, pues la luz del sol, que doquier se esparcía, excusaba de sobra la presencia de marinero alguno en aquella hora de reposo, para custodiar el "Eulalia." La silueta de la embarcación, con sus mástiles y cordaje, se destacaba vista á distancia, del fondo de las aguas del mar, lucientes y tranquilas como lago de oro bruñido, cual si fuese el suave perfil trazado por la mano de un artista.

Reinaba solemne silencio, y cuanto más fijaba el joven barón la vista en el mar y el horizonte, más absorto y grave aparecía; reproducíanse en su mente las zumbonas palabras del hacendado, al echarle en cara su ociosidad: "¡malgastador del tiempo . . .!" frase cruda y amarga; pero cierta; porque, volviendo la vista á los pasados años ¿qué hizo él en toda su vida, que mereciese la pena de recordarse? Se cuidó de administrar sus intereses, de conservar sus bienes . . . ¡y qué! cualquiera, por poco que se respetase, hubiera hecho lo propio. Había viajado mucho, se había divertido, aprendió algunos idiomas, estudió algo de literatura, se creó bastantes amistades y en suma, era lo

cierto que participaba de la tendencia de sus colegas los ricos á la libertad absoluta y al descanso perpetuo.

¿Por qué, pues, no comenzar por salir de aquella situación, elevándose á más alto nivel moral, merced á su espontáneo y propio esfuerzo? ¿Por qué no ir en busca de *algo*; de honores, distinciones, de lo que fuese, con tal de sobresalir y medrar? Mas ¿por qué se despertó de un modo tan súbito y violento en su ánimo aquel deseo insaciable de poderse titular algo más que "afortunado caballero de la nobleza" y "efímero retoño de un antiguo árbol caduco," según lo calificó Olaf Gulmar en su primero y último encuentro? ¿Por qué sino para hacerse digno de? . . . ¿digno . . . de quién? ¿Sería tal vez que se sentía inspirado, al recordar el candor con que los ojos azules de la doncella noruega se posaron en los suyos?

Bruce había conocido muchas mujeres, y ni las admiradas por su belleza, ni las envidiadas por su elegancia, ni las aduladas por su posición social le impresionaron jamás poco ni mucho, sabiendo como sabía que en concepto del bello sexo él no era más que *un buen partido*, un candidato forzoso al matrimonio, á quien valía la pena de conquistar. Pero ahora, por la primera vez, se daba cuenta de su insignificancia al verse frente á frente de la que con una sola mirada le demostró inconscientemente cuán distinto era su sentir del de las otras, pues bien claro le dió á entender que si llegara el caso, se interesaría por *él*, no por sus riquezas.

Ahondando más en tales ideas, al considerar á la

joven con una altitud de miras en ese punto, á que no alcanzan la casi totalidad de las muchachas casaderas, *Sir* Felipe llegó á sentirse indigno de merecer aquella criatura. Cruzándose de brazos y apoyándose perezosamente en la borda, se puso á contemplar la azul superficie de las aguas sosegadas, donde el sol deslizaba sus rayos arrancándoles irisaciones, cuando sintió un ligerísimo choque, como si algún obstáculo fuese á dar contra el casco del "Eulalia": avanzando más el cuerpo, vió el joven un pequeño bote remero tan pegado al yate, que la más ligera oscilación bastaba para producirse el choque. La barca se hallaba ocupada por un hombre tendido boca arriba, y al dirigirse *Sir* Felipe á otro extremo del yate para verlo mejor, sintió darle un salto el corazón al reconocer al extraño personaje que encontró en la cueva; al jorobado demente que dijo llamarse Sigur.

Allí estaba tendido á lo largo del bote, con los ojos cerrados; ¿dormido ó muerto? Sin duda lo último, á juzgar por el aspecto de su rostro, pálido como la cera, con los labios amoratados.

—¡Sigur! ¡Sigur! gritó sorprendido al verlo en aquel sitio.

Pero Sigur continuaba tendido, sin movimiento, con los ojos cerrados.

—¿Le habrá dado un accidente? se dijo Bruce.

Llamó de nuevo, pero en vano. En la popa del bote observó un manojo de pensamientos, tersos y lucientes como terciopelo, acabados de coger, lo cual probaba que

Sigur venía de corretear por los valles y colinas, donde aquellas flores nacen en Noruega á granel, durante el verano. Vacilante se hallaba Bruce y angustioso á un tiempo, sin saber qué partido adoptar, cuando el inmóvil contrahecho empezó á abrir los ojos y al encontrarse como era natural, con la mirada del forastero fija en su raquítica persona, se puso en pie con movimiento tan brusco y tan incierto, que su frágil y endeble embarcación chocó otra vez estrepitosamente contra el casco del yate, con peligro de abrirse, por lo que *Sir* Felipe lanzó un grito espontáneo de: "¡cuidado!"

Sigur, guiñando un ojo, se echó á reir con desdén.

—¡Cuidado! dijo: sois vos quien debéis andar alerta; vos, insignificante polilla que flota al acaso; vos sois quien debéis temer, no yo. Mirad la luz del sol abrazando de polo á polo el firmamento ¡toda es para mí! Toda la luz, la gloria entera, para mí solo; la obscuridad, el desprecio para vos.

Sir Felipe lo estuvo escuchando lleno de compasiva resignación, y luego dijo con calma:

—Estáis en lo cierto, Sigur: tenéis razón como siempre. Mas . . . venid conmigo á pasearos por la cubierta y no temáis, pues no he de causaros daño alguno.

El tono amistoso con que acababan de dirigírsele, apaciguó al enano, quien después de mirar al joven barón con aire de duda se sonrió, y de pronto, como si obrase impelido por una fuerza irresistible, se encaramó con singular destreza por la escalera de cuerda que aca-

baba de arrojarle Bruce, sujetándola al portalón. Una vez sobre cubierta, con el ramo que no se olvidó de recoger al salir del bote, se puso á contemplar de hito en hito á *Sir* Felipe, hasta que de repente, brillaron sus pupilas.

—¿Estáis solo? preguntó con rudeza.

Temiendo que el enano intentase escabullirse si llegaba á revelarle que sus demás compañeros dormían en el yate, contestó sencillamente:

—Sí; me encuentro solo en este instante, Sigur.

El hombrecillo avanzó un paso, para decirle con voz solemne:

—¿Y nada teméis, hallándoos solo?

Sir Felipe se sonrió.

—Nunca temí nada en mi vida.

Sigur se puso á contemplarlo más de cerca.

—¿No teméis, añadió, que yo pueda mataros?

—De ninguna manera, repuso tranquilamente: no creo que seáis capaz de tal desatino, amigo mío.

—¡Ja, ja! ¡Con que vuestro amigo! ¿Creéis que esa palabra va á salvaros? No, á fe mía. Amigos no se encuentran en ninguna parte, pues el mundo no es más que un vasto campo de batalla, en el que cada cual lucha para sí y contra los demás: ¡la amistad no existe! El viento pelea contra los árboles del bosque, y aun en la callada noche podréis oir entre las ramas doloridos lamentos de heridos y agonizantes: el sol batalla con el espacio: la luz con la obscuridad: la vida con la muerte. La pelea es constante y dura: nadie está satisfecho con

su destino y nadie conoce hoy la amistad. Es tarde para que vos y yo seamos amigos.

—Bien, como gustéis, repuso *Sir* Felipe con aire campechano, deseoso de que Lorimer pudiese ser testigo de su entrevista con aquel ente raro. Lucharemos si así os place.

—¡Estamos luchando ya! dijo Sigur con tono de intensa vehemencia; tal vez vos no lo sepáis, pero yo sí lo sé, pues acabo de sentir el filo de vuestra espada en mis carnes . . . ¡Esperad! añadió con mirada errante; ¿por qué llegué yo hasta aquí? Dejadme que recuerde.

Y al decir esto, se sentó con displicencia en una silla, pareciendo como dispuesto á concentrar sus ideas desordenadas. Entretanto, Bruce lo contemplaba con sumo interés, y por grandes que fuesen sus deseos de averiguar acerca de los lazos de compañerismo ó amistad que unían á aquel hombre con los Gulmar, se contentó con añadir:

—Eso es, Sigur, ¿por qué vinísteis á verme? Agradezco mucho que os acordarais de mí, por más que no creo que sepáis siquiera mi nombre.

—Lo sé muy bien. Sois *Sir* Felipe Bruce y pertenecéis á la nobleza de Inglaterra. . . . El destino os condujo hasta *su* misma tumba, donde nadie entró más que vos, y por eso sé que vos sois aquél por quien su espíritu suspiraba y ella fué la que os señaló el camino de la cueva. ¡Qué necio es creer que duerme bajo la fría losa, cuando siempre vela y se goza en contrariar mis deseos!

Sí; por más que le suplico que permanezca inmóvil y yerta, es en vano.

—¿De quién estáis hablando, Sigur?

—¿De quién sino de Telma? Telma, la hermosa flor de las praderas del norte. Telma . . .

El enano se detuvo con un suspiro, dirigiendo la vista á lo lejos.

—¿Os referís á Telma viva ó á Telma muerta? preguntó *Sir* Felipe, extraordinariamente movido á curiosidad.

—Á las dos, contestó con prontitud: las dos no forman más que una y es imposible separarlas. Madre é hija . . . rosa y capullo. La una huella la tierra con la majestad de una reina; la otra flota en los aires como una nube argentada. Las veo besarse, fundirse en un abrazo constituyendo la misma belleza angélica. Y vos . . . vos sabéis esto tan bien como yo: visteis á Telma y libasteis la amistad en la misma copa; pero . . . ¡recordadlo bien! ¡yo no estaba presente y por lo tanto no brindé con vos!

Levantándose Sigur en un arranque, de la silla, acercóse á Bruce y puso una de las manos descarnadas en el pecho del joven barón.

—¡Qué fuerte sois! dijo con cierta admiración infantil; ¡qué robusto y qué valiente! ¿No podríais dar también pruebas de generosidad?

Bruce lo miró con aire compasivo. Después de lo manifestado por aquel infeliz, quedaba resuelto lo que hasta entonces le pareciera misterioso. Eran indudable-

mente falsas cuantas versiones circulaban en contra de Olaf Gulmar, pues según se desprendía, el hacendado enterró á su esposa siguiendo los ritos de su religión, en la caverna de conchas, á donde iba siempre la hija para orar junto á la tumba de su madre, y Telma debió ser quien encendió la lamparilla delante del crucifijo y colocó el ramo de flores sobre el sarcófago, el día que él entró en la cueva. Pero ¿quién era Sigur y qué clase de trato existía entre él y los Gulmar? Con esta idea, *Sir* Felipe repuso inquisitivamente:

—¿Qué pruebas de generosidad puedo daros? ¿Qué es lo que puedo hacer por vos?

Los ojos de Sigur brillaron de contento.

—¡Mucho! prorrumpió lleno de júbilo: marcharos en seguida del abra de Alten, donde vuestra presencia es innecesaria. Desplegad las velas de vuestro yate y puesto que sois rey en vuestra embarcación, mandad y os obedecerán. ¿Qué os detiene en estos países? Los montes son sombríos; los valles se hallan desiertos; los aludes y ventisqueros parecen desafiaros con sus moles enormes; los riachuelos y torrentes arrastran hacia el mar sus aguas turbias, como si fueran sierpes de torso gris y repugnante. Debéis conocer sin duda otras tierras de mayores atractivos, donde mar y cielo brillen como dos joyas engastadas en un mismo anillo; donde haya flores de aroma embalsamado; sabrosos frutos y pupilas de mujeres que siempre os sonrían . . . porque á vos ninguna mujer podrá desdeñaros. . . . ¡Oh, sí! prometedme que vais á partir para siempre, ya que vine

sólo con ese objeto; á fin de que me ofrecierais que habéis de marcharos. Y puesto que hasta ahora no os hice el menor daño, idos y que Odín os acompañe con sus bendiciones.

La intensa melancolía que vibraba en la voz de Sigur, llegó á impresionar á *Sir* Felipe, quien sentía latir en el fondo de su alma la piedad más profunda hacia aquel desgraciado, cuya mente extraviada era incapaz de discernir acerca de la rectitud de sus intenciones.

—Escuchad, amigo mío, dijo con cierta firmeza: no puedo prometeros que voy á marcharme ahora de este país; pero sí os aseguro que no he de perjudicar en lo más mínimo ni á Telma ni á vos: ¿estáis satisfecho?

Sigur, sonriéndose estúpidamente, meneó la cabeza y después de contemplar el ramo de pensamientos que no había abandonado aún, lo dejó con suma cautela sobre uno de los bancos de cubierta.

—Es preciso que me vaya, dijo con dulce tono; ella me llama.

—¿Quién os llama? preguntó Bruce, sorprendido.

—Ella, repitió encaminando decidido sus pasos al portalón: ¡desde aquí la oigo! Hay que regar las rosas y dar de comer á las tórtolas.

Sir Felipe, al verlo tan resuelto á marcharse, se aprestó á ayudarlo, como lo hizo al subir, y así que puso el pie en la escala de cuerda, insistió Sigur:

—¿Estáis seguro de que vais á quedaros por estas playas?

—Segurísimo. No tengo, por ahora, intención de volverme, pues me encanta ese paisaje de Noruega. Pero . . . andaos con tiento, Sigur, que vuestro bote más bien que bote es una cáscara de nuez y los peñascos que protegen estas costas son afilados y puntiagudos como dientes de monstruos marinos.

—Los peñascos me conocen y el mar también, dijo según iba bajando hasta la barca: somos amigos y ningún mal nos hacemos: vos sois quien estáis destinado á morir en el mar ¡yo no! hay otro camino mejor para entrar en Valhala cuando el cuerpo queda sepultado en la fosa.

—¿Qué más da morir en el mar que en tierra firme? observó *Sir* Felipe, de buen humor, sin apartar la vista del jorobado, hasta que éste empuñó los remos: á Dios, Sigur, y no os olvidéis de volver á verme.

El enano no contestó, y Bruce, después de recoger la escala de cuerda y cerrar el portalón, vió el bote cruzando veloz las aguas hacia el desembarcadero de Olaf Gulmar, sin dejar de insistir mentalmente en cuales podían ser los vínculos que existían entre su visitante y la familia del hacendado. Al ver sobre un banco el ramito de pensamientos que dejó allí Sigur, lo cogió y entrando en el salón lo puso en un vaso de agua.

Luego, al tropezar su vista con la rosa que Telma le diera y que conservaba en el ojal, se la quitó cuidadosamente mientras se dirigía á su camarote. Una vez allí, tomando un libro que estimaba en mucho por haber pertenecido á su madre, se dispuso á prensarla entre

sus hojas. Era la " Imitación de Cristo," encuadernada preciosamente, con cierres de plata, y al ir á colocar el amante trofeo en la primera página, que se abrió por sí sola, pudo leer las siguientes palabras:

" Nada más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más grande y apetecible; nada mejor y que llene más el corazón, tanto en la tierra como en el cielo."

Y con una sonrisa acompañada de una oleada de sangre que cubrió su hermoso rostro varonil, rozó tierna y reverentemente con sus labios la rosa, dejándola luego presa en su cárcel sagrada.

CAPÍTULO IX

El día siguiente el calor era más que regular, y el piadoso ministro luterano *Míster* Estévenson pasaba sus apuros al dirigirse remando hacia el desembarcadero de Olaf Gulmar: anegado completamente en sudor, se decía allá en sus adentros que la Naturaleza se mostró harto pródiga para con él, al adornar su persona con tal esplendidez de carnes, hasta el punto de que de buena gana hiciera renuncia de ellas, sin temor á que pudiese arrepentirse más tarde. Por más que el mar estaba en calma, como quiera que el sol era muy vivo, á *Míster* Estévenson se le hacía la tarea dura, más aun teniendo en cuenta que no podía alardear de valiente, por sentir un tanto en las venas y en los nervios, cierto cosquilleo ingrato, producido por los licores del día anterior.

Llevaba una misión delicadísima, capaz de dar prez y honra á cualquier reverendo de su misma secta. Iba á devolver á su propietaria un crucifijo que encontró, con el nombre de Telma grabado, y al cumplir con este deber, aprovecharía la ocasión para demostrar á su modo que aquella cruz era para los que la adoraban, el pasaporte de los tormentos eternos, á cuyo fin ensayaba mentalmente las filípicas aplicables al caso, sin descuidar multitud de citas estudiadas de antemano. Pero

cuando más absorto se hallaba calculando el maravilloso efecto que iban á producir sus inspirados períodos oratorios, sin cesar por eso de remar, contrajo los brazos con tal fuerza, que perdió el equilibrio, cayendo de espaldas en una postura muy poco digna de su respetabilidad. Vuelto en sí del susto, miró azorado á su alrededor, como si alguien hubiese podido verlo, y por primera vez notó el aspecto solitario que presentaba el abra; algo faltaba allí y se le ocurrió en seguida lo que era: el yate "Eulalia," que no se hallaba anclado en el sitio de costumbre.

—¡Hola! exclamó; ¡qué inesperada salida! ¿Se habrán marchado esos caballeros con intención de no volver? ¡Jóvenes simpáticos de veras! Un poco bromistas, pero simpáticos.

Y al decir esto, se sonrió plácidamente. No conservaba el menor recuerdo de lo que ocurriera el día anterior en su casa, después que hubo puesto fin á sus excesos; no tenía la menor idea de que tuvieron que acompañarlo al salón y que una vez allí se desplomó en el sofá para quedar dormido al poco rato y mucho menos recordaba que se hizo traición á sí propio, revelando cuales eran sus intenciones con respecto á Telma y confesando lisa y llanamente que sus creencias religiosas eran nulas.

Tranquilo y despreocupado como siempre, después de una hora de remar llegó jadeante al desembarcadero, donde amarró el bote, dirigiéndose luego á la casa del hacendado, con toda la gravedad de que es capaz un

hombre digno. Contra la costumbre estaba cerrada y parecían aquellos alrededores un cementerio; tal era el silencio y la quietud de la escena.

Algo sorprendido, aunque no descorazonado por el aspecto solitario del sitio, *Míster* Estévenson llamó con decisión á la puerta con los nudillos, á falta de campana ó llamador: aguardó largo rato y en vista de que nadie respondía, volvió á repetir los golpes á intervalos, murmurando para su capote algo no muy edificante por cierto, hasta que al fin se abrió la puerta violentamente, apareciendo Brita con los brazos en jarras, el cabello en desorden y las mejillas de color de fuego, con aspecto capaz de confundir al más bravo.

—¿Qué se ofrece? preguntó con rudeza.

El reverendo la miró sin contestar y tratando de imponerse, hizo ademán de ir á penetrar en la casa; pero Brita, abriendo los brazos en actitud más amenazadora aún, dijo:

—Es inútil, puesto que estoy sola. Mi amo se marchó para no volver en todo el día.

—Buena mujer, repuso *Míster* Estévenson, atenta y severamente: siento mucho que vuestros modales no sean todo lo correctos que fuera de desear, pero me interesa muy poco el que vuestro amo esté ó no en la casa: á quien deseo ver es á Froken Telma.

Brita, sintiendo que la risa iba á hacerle perder la compostura, dijo, esforzándose en mantenerse firme, mientras que para disimular se echaba atrás unos rizos rebeldes que le cubrían la frente.

—Telma está fuera también: los caballeros han querido obsequiarla como si fuese una reina.

La roja faz del reverendo adquirió, al oir esas palabras, una ligera sombra de palidez.

—¿Los caballeros? . . . ¿qué caballeros? preguntó con impaciencia.

—¿Quiénes han de ser, sino los del yate? dijo con una mirada altanera al reverendo, que se hallaba atónito y confuso: ayer estuvo aquí *Sir* Felipe con uno de sus amigos y hoy un esquife de cuatro remos ha venido á buscar á mis amos para una excursión marítima y . . . ¡me alegro tanto de que ella se divierta! Esos caballeros no se cansan de colmar á Telma de todas las atenciones imaginables.

En el rostro del ministro luterano se reflejó la desazón más grande: aquél era un acontecimiento inesperado que daba al traste con todas sus esperanzas. Brita lo contemplaba picarescamente.

—¿Quiere V. dejar algún recado para cuando vuelvan? preguntó.

—No; pero . . . ¡sí, lo dejaré! Decid á Froken que he encontrado algo que le pertenece y que cuando quiera se lo traeré.

Brita frunció el entrecejo.

—Si es suyo no hay para qué guardarlo, repuso con ímpetu; ¿por qué no he de entregárselo yo?

—No acostumbro á fiar cosa alguna á nadie, dijo con tono dulce y socarrón, y menos á la que como vos reniega de las creencias de mis fieles para entregarse

á las prácticas del obscurantismo y hasta olvida su propio idioma para . . .

No pudo acabar la frase, porque en aquel momento casi estuvo á punto de dar con su bendita humanidad en el santo suelo, impelido por algo ó alguien, que escurriéndose entre sus piernas, le aplicaba un par de pellizcos; algo que parecía una bola y que era una criatura humana, el demente jorobado Sigur, quien después de gatear con ligereza se puso en pie tratando de erguirse con aire grotesco.

—¿Qué tal? exclamó ¡magnífico! si llego á haceros caer, os hubierais visto obligado á decir vuestras oraciones panza arriba. ¿Por qué estáis aquí? ¿Es éste por ventura vuestro sitio? ¡Todos están fuera! Ella se marchó y el mundo entero se encuentra vacío; no hay más que aire en todas partes . . . aire y más aire; sin pájaros, ni flores, ni árboles, ni sol: ¡todo se fué detrás de ella! Brita, querida Brita, añadió poniéndose al lado de la criada y cogiéndole la punta del delantal como lo hiciera un niño; tengo hambre y necesito que me deis de comer y luego quiero conversar con vos y cantar. Buenos días, regordete; no penséis que va á seros posible embarcaros en el mismo vapor en que va Telma. Telma volverá, sí; pero algún día se marchará para no volver jamás. . . . Anoche vi un espíritu surgiendo del cáliz de una rosa, que llevaba un martillo y un clavo dorados y una cuerda arrollada, tan fina y brillante como un rayo de sol. El espíritu huyó con tal premura, que me fué imposible seguirlo, pero sé muy bien á

donde fué. Introdujo el clavo muy hondo en el corazón de Telma, hasta hacer brotar la sangre á borbotones, pero ella no sufría por eso en lo más mínimo; luego ató la cuerda al clavo y siguió detrás de Telma, sosteniendo el extremo opuesto, para sujetarlo en alguna otra parte . . . ¿dónde? ¡ah! otro corazón está en peligro, mas ¿qué corazón es ése?

Sigur, lleno de melancolía, suspiró profundamente, moviendo á impaciencia al reverendo.

—¡Qué lástima! dijo, que ese infeliz no esté donde se le cuide y atienda: vos, Brita, debierais persuadir á vuestros amos, de la necesidad de ello, para evitar quizá funestas consecuencias.

Brita dirigió una bondadosa mirada al maníaco, quien continuaba sosteniendo la punta de su delantal, con aspecto de niño embobado.

—¡Es tan inofensivo el pobre! dijo: por más que al hablar no atine gran cosa, al fin y al cabo es muy activo y servicial . . . lo cual no puede decirse de muchas personas: sabe cortar leña, engarbar heno, apacentar el ganado, remar, barrer y cuidar el jardín ¿no es eso, Sigur? añadió colocándole cariñosamente la mano en el hombro, mientras él iba haciendo con la cabeza señales de asentimiento; además, sabe trepar por las colinas más escarpadas y peligrosas, y conoce palmo á palmo el monte y el llano de Bosekop. En cuanto á convencer á mis amos de que . . . yo me guardaré muy bien de intentarlo, siendo como es Froken Telma de un corazón tan tierno, que no podría avenirse á encerrar

á este pobre infeliz en una casa de orates. Sigur se moriría si no pudiese respirar al aire libre.

Brita se detuvo sin aliento; tal fué la vehemencia con que acabó de pronunciar las anteriores frases. *Míster* Estévenson levantó las manos en actitud beatífica.

—Eso es hablar á tontas y á locas, buena mujer; será necesario que os instruya acerca de la manera como debéis comportaros delante de un superior.

En este preciso momento, la sirvienta, sin más contemplaciones, le dió con la puerta en las narices y airado el reverendo por aquella falta de atención, disponíase á llamar de nuevo con toda la fuerza de sus puños; pero reflexionándolo mejor y juzgando que sería degradarse el ponerse á discutir con la criada, dió vuelta en redondo con un gesto de amargura, al hacerse cargo de los sudores que lo esperaban de regreso á Bosekop, obligado á remar, como á la venida, durante todo el trayecto.

Otras ideas, sin embargo, le anonadaban y confundían. Por muy hipócrita que fuese, no carecía de buen golpe de vista para dominar cualquier situación. Se hallaba prendado de la sin par belleza de Telma y bien sabía que nadie podía verla sin admirarla; pero hasta entonces, á excepción de algunos campesinos y pescadores, pocos habían podido deleitarse contemplando aquella hermosura, pues la joven no acudía al pueblo, ni en la casa de Olaf Gulmar entraba nadie más que él y eso merced á su porfía, por haberse querido atribuir

este derecho, fundándose en el privilegio que ostentaba de poderse llamar ministro de la religión, sin tener en cuenta el desvío y la mala voluntad que su presencia despertaba en aquella familia. Conocía minuciosamente los misteriosos detalles de la pasada vida del hacendado; la desaparición de la esposa; el modo como Telma se educó y sus conocimientos acerca de pueblos y ciudades desconocidas para la totalidad de los vecinos de Bosekop; cómo se la tenía por bruja en la población, creyéndose que era debida á sus maleficios la demencia de Sigur y en fin, que nadie sabía á ciencia cierta quien era el jorobado ni de donde procedía.

El reverendo Estévenson, á fuer de hombre práctico, con ojos de lince y manga muy ancha, conocía desde mucho antes cual era el plan más seguro para la realización de sus aspiraciones: apoderarse de la voluntad de Telma, con el pretexto de convertirla á las doctrinas de Lutero; preparar á su manera el alma de la joven para hacerla digna del Señor, quedándose él con el cuerpo . . . ése era el colmo de su ambición. Y como no existía rival alguno que fuese capaz de entorpecer la marcha de sus proyectos, el respetable Estévenson maduraba sus planes con toda la parsimonia que el caso requería, sin contar con que á la hora menos pensada, cualquier Felipe Bruce pudiese ocasionarle un desengaño.

Por eso, á medida que el reverendo iba meditando acerca de cómo podía fracasar lo que él se imaginara en otro tiempo victoria cierta, una oleada de ira abra-

saba su faz, mientras se encaminaba á fuerza de remos hacia Bosekop.

—No importa, se dijo sonriendo amargamente; *Sir* Felipe es demasiado rico para pensar en casarse con la que al fin y al cabo no es más que la hija de un labrador, por muchas tierras que posea: lo que él querrá sin duda es divertirse con la moza y si es así, mejor; cuanto más peligre su honra, más seguro estoy de triunfar. Una sola palabra á Ulrica bastará para producir el escándalo. Paciencia . . . paciencia . . .

Entretanto, mientras él pensaba y discutía consigo mismo, otras ideas y otros planes se combinaban en el interior de una cabaña ruinosa situada entre matorrales, en las afueras de Bosekop: casi cubierta de follaje, levantábase sobre un terreno pedregoso y amarillento, sumamente destartalada y llena de grietas, como hendida por el rayo. Dos mujeres se encontraban allí, siendo una de ellas Ulrica, la sirvienta de Estévenson, que sentada en el suelo en actitud humilde, oía llena de resignación, los reproches de otra mujer alta, arrogante, ya entrada en años, la cual al dirigirle la palabra, la contemplaba con altivez y desdén, en pie al lado de ella.

—¿Cuánto tiempo, exclamaba, me vais á hacer esperar? ¿He de seguir por ventura presenciando dondequiera la obra destructora de Satán? Los campos están yermos y mientras la miseria nos amenaza á todos, el único que prospera es él, ese pagano Gulmar, que recoge las mejores cosechas, en tanto que los demás nos mori-

mos de hambre ¡Que yo, escogida del Señor, tenga que verme tratada de tal modo! añadió golpeando el suelo furiosamente con un largo bastón que sostenía en una mano: ¡que á mi edad tenga yo que verme abandonada y sola! ¿pues no me están robando á mi Brita, la única nieta que me queda en el mundo y que no se acuerda siquiera de que existo? Todo por esa bruja maldita de Dios y de los hombres: ella es quien vuelve estériles nuestros campos y es causa de nuestros infortunios ¡y vos vaciláis aún en cumplir vuestra promesa! Mas tened presente que no falta quien obedeciendo mi mandato, la arrojaría al mar para que de una vez la tragasen las olas.

—Lo sé, murmuró Ulrica humildemente, tratando con pena de levantarse; buena Lovisa, tened calma, porque os aseguro que no ceso de trabajar para que todo llegue á feliz término. *Míster* Estévenson, que es prudente y discreto, puede ayudarnos y . . .

—¡Loca! interrumpió airada Lovisa ¿qué necesidad tenemos de él? ¡Hay que abrasarla, hay que ahogarla sin perder tiempo! ¡No le queda otro remedio que perecer! Hace dos días que el niño de Engla, mi vecina, pasó casualmente por su lado, en el abra; pues ya lo tenéis enfermo de una enfermedad muy rara y dicen que no puede salvarse. Las ovejas de Ilma Born pacían por el collado Mastruc en el momento en que ella subía la cuesta, y al día siguiente la morriña atacó á todo el ganado. Contadle todo esto á vuestro reverendo y decidle de paso que si él no conoce ningún reme-

dio para atajar tantas calamidades, yo sí lo conozco . . . ¡y lo aplicaré, á fe mía!

Ulrica se estremeció y poniéndose en pie, repuso, dirigiendo á su interlocutora una tímida mirada:

—¿Tanto la aborrecéis, Lovisa?

—¿Si la aborrezco? dijo apretando los dientes y levantando el palo con aire amenazador. La aborrecía ya antes de nacer y aborrecí á su madre antes que á ella. Nido de víboras que envenenaron la tierra para sembrar la infelicidad. Acordaos, añadió después de una pausa, mirando á Ulrica fijamente con expresión satánica; acordaos que guardo vuestro secreto: os doy dos semanas más de plazo, para que durante ese tiempo ejecutéis lo que es de rigor. Procurad que desaparezca la bruja para siempre y devolvedme mi nieta Brita si no . . . nadie impedirá que hable.

Ulrica palideció y le temblaron las manos; pero esforzándose en serenarse, dijo:

—Juré obedeceros, Lovisa, y cumpliré mi palabra; mas contestad una sola pregunta: ¿cómo sabéis que Telma es realmente una hechicera?

—¿Cómo lo sé? ¿Acaso no me sirven de nada los años? No tenéis más que fijaros en ella: ¿hay alguien que pueda compararsele? Tiene la piel blanca como la nieve y debajo de sus venas es imposible que pueda haber una gota de sangre; tal es la tersura de su cutis: las sonrosadas mejillas de nacarada suavidad, los ojos vivos despidiendo fuego, el pelo rubio como los rayos

lel sol . . . ¿es eso natural y humano? ¡imposible! ²so es obra de Lucifer, porque la belleza no puede llegar á tanto; hay mujeres bellas y yo también fuí bella ²n mi juventud y siendo joven y hermosa amé á Olaf Gulmar . . .

—¿Vos? ¿Y lo odiáis también ahora?

—Lo odio, porque ese sentimiento ha arraigado en ni pecho con los años. Cuando el hacendado y yo éranos jóvenes, me llamaba siempre hermosa y un día al narcharse de Bosekop me besó en la mejilla. Por aquel ²eso y aquellos requiebros lo amaba entonces, que es precisamente por lo mismo que hoy lo desprecio. Cuanlo supe que se había casado, lo maldije y he seguido maldiciéndolo todas las horas de mi vida y por más que me vengué, añadió con acento de ira reprimida, no fué suficiente mi venganza. Conque, entendedlo bien; ¡manos á la obra sin vacilar!

Ulrica permanecía absorta con la vista clavada en el suelo, hasta que dijo, como si hablase consigo misma:

—*Míster* Estévenson podría ayudarme si . . .

—Decídselo pues de una vez, repuso Lovisa con firmeza; decidle que el pánico y el sobresalto cunden por momentos con la presencia de Telma, y no os olvidéis le añadir que si él se cruza de brazos, ya habrá quien tome parte activa en el asunto. Si salen fallidos mis leseos de que seáis vos la encargada de cumplirlos, repito que mi venganza será una sola palabra; luego el secreto correrá de boca en boca.

Y acentuando con pasión las últimas frases, salió precipitadamente de la choza.

. . . .

Ulrica abandonó la cabaña con paso breve, siguiendo contraria dirección á la de su compañera y al llegar á la casa del reverendo, se encontró con que no había regresado aún.

Después de encerrarse en su cuarto, se desnudó el pecho y las espaldas y arrodillándose sobre una tosca tabla; con las manos plegadas en oración, empezó á doblar el cuerpo con movimientos bruscos, cual si fuese víctima de repetidas convulsiones, prorrumpiendo en sordos gemidos hasta lograr que las lágrimas acudiesen á sus ojos. Pinchóse luego las carnes y mientras oraba en silencio, si bien con visibles muestras de sufrimiento, arañóse poco después con clavos distintas partes del cuerpo, al extremo de hacerse brotar la sangre. En sus actitudes mostraba ya la congoja, ya el frenesí, pero sin dejar escapar de sus labios un solo grito que pudiese llamar la atención de cualquiera. No parecía sino que se había impuesto voluntario castigo para la expiación de algún crimen horrendo.

Así continuó durante unos quince ó veinte minutos. Luego, levantándose, secó las lágrimas que humedecían su rostro: vistióse otra vez, y con la calma inconmovible que presidía sus acciones, bajó á la cocina con el fin de preparar el te para *Míster* Estévenson, con la escrupulosidad y el cuidado exquisitos que requería el servicio de tan virtuoso varón.

CAPÍTULO X

En los salones del yate, Telma, reclinada en blandos almohadones de terciopelo que para mayor comodidad le habían preparado, parecía la reina de la fiesta. Sandy y Duprez se hallaban como avergonzados ante aquella sorprendente belleza, que desde el momento en que apareció á bordo vestida como de costumbre con sencillo traje blanco, los cautivó de suerte que se sintieron esclavos junto á tan soberana hermosura. Cada uno procuraba á su manera hacerse agradable á la joven y ganar sus simpatías, excepto (¡cosa rara!) *Sir* Felipe, quien dentro de la más refinada cortesía, demostraba hallarse ansioso por obsequiar preferentemente al anciano Olaf Gulmar.

Telma se hallaba encantada con cuanto veía en el yate, admirando llena de entusiasmo infantil el lujo y la elegancia que presidían dondequiera, al igual que la velocidad con que la embarcación cruzaba las aguas, mostrando en sus actitudes y en el modo de expresarse tan adorable é ingenua espontaneidad, que hasta el impertérrito Sandy tuvo que confesar vencida su proverbial indiferencia, declarándose á sí mismo admirador de aquel ser extraordinario. La muchacha se reía de las ocurrencias de los jóvenes, y escuchaba sus relatos cla-

vando en ellos su mirada dulce y candorosa; mientras que á su vez refería anécdotas de excursiones por el mar y la campiña de Bosekop, ponderando la belleza del paisaje y la profusión con que estaban esparcidas por la localidad las grandes perspectivas.

El grave y sesudo Olaf Gulmar, que se hallaba por completo á su sabor en aquel ambiente de íntimo compañerismo, mostrábase también jovial y comunicativo, salpicando la conversación de chistes oportunos, y de este modo entregados todos á espontáneas manifestaciones de simpatía, ni siquiera se acordaron ya más los jóvenes del yate, de las calumnias lanzadas por el reverendo en contra del hacendado y su hija.

Como quiera que Duprez, como de costumbre, amenizó el diálogo con alguna que otra frase dicha en su idioma, Telma se puso á hablar también en francés, entre la sorpresa y el aplauso de aquel pequeño grupo de extranjeros. Contestando á las preguntas que á ese propósito le dirigieron, dijo haberse educado en un convento de Arlés, donde aprendió aquella lengua y al oir el padre referir á su hija algo acerca del tiempo que pasó en el internado, continuó el relato.

—Quise mandar á mi niña al extranjero para que se educara, por más que en Cristianía hay buenos colegios; pero lo que se llama "la educación moderna" es cosa tan depurada como inútil para la mujer, por no reunir la condición de ser práctica. Telma nada sabe de matemáticas ni de filosofía: sabe cantar, leer y escribir y lo que es mejor, hilar y coser. Mas no era esto

solo lo que para ella deseaba; quería yo ante todo que tuviera un alma bien templada dentro de un cuerpo robusto y equilibrado. Á las monjas de Arlés les dije: "Aquí tienen Vds. esta niña para que se eduque: nada me importa que esté ó no al corriente de las ciencias y las artes: que haga ejercicio; que aprenda sanas ideas de moral y de respeto á sí misma y al prójimo y sobre todas las cosas, á rendir culto á la veracidad, enseñándola que debe preferir la muerte antes que mentir: con eso me contento." Cuando ahora pienso en aquellos días, se me figura que esas buenas señoras me tomarían por un hombre extravagante; pero sea como fuere, resulta cierto que se esforzaron en comprenderme, pues hicieron lo posible para que se cumpliesen mis deseos al pie de la letra. Mi niña fué muy feliz en el convento y . . . añadió dirigiéndole una tierna y amorosa mirada, ha demostrado que le aprovecharon las enseñanzas que recibió.

Telma se sonrojó al notar que *Sir* Felipe clavaba en ella la mirada.

El día había transcurrido con vertiginosa rapidez y en el momento de sentarse á la mesa para cenar, reinaba en los corazones de todos cierta inexplicable desazón al ver próximo el final de tan placentera entrevista. Mientras se servían los postres, Telma, cuya jovialidad se trocó de pronto en ensimismamiento, ni siquiera se daba cuenta de lo que se hablaba y hacía á su alrededor, hasta que le llamó la atención la voz de *Sir* Felipe dirigiéndose al anciano.

—¿Conoce V. á alguien que se llame Sigur, un pobre infeliz que no está en su cabal juicio?

—¿Se encontró V. con él? preguntó Olaf Gulmar con tono compasivo; ¡ya lo creo que lo conocemos!; como que lo salvamos de la muerte.

—Es un poeta á su manera, repuso Bruce mirando dulcemente á Telma, que escuchaba con la más viva curiosidad; anoche vino á visitarme y me rogó que me marchase para siempre del abra de Alten. No parece sino que teme algún grave daño de mi parte, pues á mi lado se muestra excesivamente receloso.

—No hay que extrañarlo, puesto que ni él mismo sabría justificar la razón de lo que dice ó hace. Les explicaré á Vds. de qué manera hemos llegado á considerarlo como parte de la familia. Poco antes de nacer Telma, me paseaba un día con mi mujer por la playa, cuando observamos algo que tenía la forma de un cajón ó cesto, y sobrenadaba junto al desembarcadero; con el auxilio de un garfio logré izar el objeto, que resultó ser un cesto de mimbres de los que se usan para pescar, y hallamos dentro el cuerpecito de un niño desnudo, casi ahogado. Era una criaturita horrible y deforme, por lo visto acabada de nacer; y creyéndola muerta iba á lanzarla al mar otra vez; pero mi esposa, que era un ángel de bondad, tomándola en brazos observó que respiraba todavía. Después de calentar al niño, secarlo y arroparlo en su delantal, vimos que abría los ojos y nos pareció que nos dirigía una mirada intensa y suplicante, como implorando piedad. Nos lo llevamos á casa,

lo vestimos, lo alimentamos y le pusimos el nombre de Sigur. Cuando Telma vino al mundo, se criaron juntos los dos, sin que aparte de la deformidad física se notase en él nada de particular, hasta que á los diez ó doce años empezó á dar señales de locura; pero gracias á nuestros cuidados y á nuestro cariñoso trato, su presencia nunca se ha considerado peligrosa. ¡Pobre Sigur! Quería tanto á mi mujer, que muchas veces lo sorprendí con ojo avizor y el oído alerta cuando se acercaba la hora en que regresaba de costumbre, del campo, y aun hoy alfombraría de flores el camino, si ella tuviese que hollarlo con su planta.

El anciano, después de lanzar un suspiro, se secó una lágrima que corría por su mejilla.

—Sigur es un esclavo para Telma, continuó. Cumple con la más estricta puntualidad sus menores deseos y le obedece como un corderillo.

Una vez calmada la curiosidad de *Sir* Felipe en lo que á Sigur se refería, el joven barón se dispuso á continuar el diálogo con el hacendado, deseoso de conocer sus ideas acerca de puntos de carácter general, aprovechando para eso una larga pausa que siguió á las últimas frases pronunciadas por Gulmar.

—De manera que según V. indicó esta mañana, no cree que nos hallemos en camino de progresar, dijo cambiando completamente de tono.

—¡De ningún modo! exclamó; por el contrario, todo retrocede. La misma Inglaterra está perdiendo terreno todos los días, al comparar la época presente con sus

pasados tiempos de esplendor y eso mismo sucede con todas las naciones, cuando el dinero llega á constituir el único ideal de la vida, en mengua de los más puros sentimientos del espíritu. Dicen que los Estados Unidos del Norte América están llamados á regir los destinos de la humanidad, mas yo lo dudo; la política está allí muy corrompida; la gente vive con tal premura y hace las cosas con tanta precipitación, que es imposible que resulte nada estable de esa fiebre antinatural y de ese modo de obrar ilógico. El arte en sus más grandes manifestaciones, no existe en aquel país y por fin: ¿no han llegado á proclamar al dinero rey y soberano omnipotente? ¿no es el dólar su dios? ¡Y aun así pretende esa nación marchar á la vanguardia de todas las demás reunidas! ¡No y mil veces no! puesto que carece de las virtudes que hicieron brillar á las otras naciones en las páginas de la historia, y es ley humana y divina que lo que fué volverá á ser y lo que nunca fué es imposible que sea. Noruega tuvo también sus épocas de esplendor y si ha de llegar á tenerlas otra vez, lo ignoro, puesto que soy viejo y no he de alcanzarlas; pero . . . ¡qué pasado, oh dioses, qué pasado!

—Si hubiese V. vivido algunos siglos ha, estoy cierto que hubiera V. sido un héroe, *Míster* Gulmar, dijo Bruce sonriendo.

—¡Seguramente! exclamó el viejo, levantando la cabeza con aire de dignidad, y juro á fe mía que nadie me hubiera aventajado. Cruzar los mares en persecución de los enemigos, con la mente fija en la idea de

conquista . . . sentir azotado el rostro por la brisa del mar y en las venas el ardor del sol que hace latir el pulso y hervir la sangre con el fuego del entusiasmo; aprovechar lo bueno de la vida á estilo de hombre vigoroso y no arrastrando la existencia enfermiza que hoy á pesar nuestro nos vemos obligados á soportar . . . eso es por lo que suspiro constantemente y al verme en medio de una sociedad débil, caduca, prefiero estar solo para recrear el alma y el cuerpo en los goces de la Naturaleza y vagar con el espíritu á mi sabor por aquellos tiempos en que Corm el Audaz y el feroz Sifredo, al apoderarse de París, hicieron servir de cuadra la tumba de Carlomagno.

—*Monsieur* es un filósofo, dijo Duprez de buen humor; líbreme Dios de contradecirlo.

—Ha de saber V., amigo mío, prosiguió el viejo Gulmar, que en la historia de Noruega hay mucho desconocido ú olvidado por la mayoría de nuestros contemporáneos. Los viajeros llegan hasta aquí, atraídos por la belleza de estas costas y estos aludes; pero poco ó nada saben acerca de las tribus guerreras que habitaron la comarca. Si conoce V. la historia de Grecia, sabrá que Pitias, que vivió trescientos cincuenta y seis años antes de Jesucristo, fué hecho prisionero por un ejército de noruegos, quienes lo trajeron á la tierra "donde el sol nunca duerme" y tal vez á esta misma abra de Alten, siendo de notar que entre griegos y noruegos existían relaciones muy cordiales, pues decían de nosotros que sabíamos vivir en paz con los dioses y con nosotros mis-

mos. Aun antes que los griegos, ocuparon estas tierras tribus de fenicios y hoy se conservan todavía rasgos de su vida y costumbres. Sí, caro Duprez, son no pocos los motivos que tenemos de sentirnos tan orgullosos de nuestra historia primitiva, como apenados al considerar la decadencia de otras épocas: pero . . . añadió sonriendo; por mucho que me ponderen el progreso del Nuevo Mundo y la admirable organización del pueblo norteamericano, prefiero ser noruego más bien que yanqui.

—Como quiera que sea, el nombre de *noruego* denota mayor dignidad que el de yanqui, asintió Lorimer. Pero, veo que V. conoce mejor la historia que yo. Aprendí siendo niño la de mi país y ya casi no la recuerdo. Acerca de Enrique VIII solo sé que tuvo el talento de deshacerse de sus mujeres, con gran tacto y oportunidad, y en cuanto á la reina Isabel, no se me ha olvidado que usó el primer par de medias de seda, que luego se ponía siempre que bailaba cierta danza muy extravagante, con el conde de Leicester. Esos dos hechos los hallé tan interesantes, que nunca más se apartaron de mi mente, como si la historia no contuviera otra cosa digna de mención. Mi amigo Bruce sí que está al corriente de todo, pues además de historia, sabe el griego, el latín y . . . hasta escribe poesías.

—¿De veras? exclamó Telma, agradablemente sorprendida, mientras el joven barón se mostraba confuso y reservado; ¿me dejará V. leer algunas?

—Puede V. creer que no vale la pena; son entretenimientos nada más; líneas cortas para matar el rato.

—Modelos incomparables tiene V. en Inglaterra para sus inspiraciones, intervino Gulmar, con vivo entusiasmo; el gran Shakespeare es la única gloria que envidio á los ingleses y daría cuanto tengo por contarlo entre los hijos de Noruega: á fe de Valhala, que si algo pudiera convertirme al cristianismo, sería el hecho de que Shakespeare fué cristiano. Si el nombre de Inglaterra merece pasar á la posteridad, se deberá únicamente á la fama del gran poeta, de igual modo, que todas las generaciones del mundo venerarán siempre á Grecia, por haber contado con un Homero. ¡Ah! Los pueblos y las naciones pasan y desaparecen; son únicamente los genios y los sabios quienes comprueban con sus obras, que sólo al hombre le es permitido alcanzar el premio de la inmortalidad.

—¿Cree V. en la inmortalidad? preguntó Sandy seriamente.

—¿Si creo en ella? ¿Cómo es posible la duda cuando la llevo dentro de mí? ¿Puede concebirse el hombre sin un alma inmortal? Sería lo mismo que un pájaro sin alas, un árbol sin savia, un océano sin fondo. Si V. cree no poseer ese don del cielo ¿por qué no han de poseerlo los demás?

—Ninguna ofensa intenté inferirle, *Míster* Gulmar, dijo Sandy admirado del fervor con que el anciano pronunció las anteriores palabras; pensé únicamente que

tal vez allá en los pliegues más recónditos de su fuero interno le atormentaría la duda . . .

—Jamás dudé de la autoridad divina, interrumpió, y compadezco de veras á los que la desconocen.

—¿Y esa autoridad divina, repuso Duprez con una sonrisa irónica, cómo y cuando la siente V. en su interior?

—La siento en virtud de la ley que me impulsa á la vida, caballero; en los misterios del universo que me rodean; en los esplendores del cielo y en las maravillas del mar. Vds. han vivido probablemente siempre en las ciudades y sus almas están aferradas como es natural á la burda materia; nada tiene de extraño que entre la multitud de edificios, al levantar la vista, no puedan contemplar las estrellas. Las ciudades son obra de los hombres y sus habitantes acostumbran á olvidarse de lo divino: aquí entre las montañas es donde se siente uno hombre de veras.

—¿Acaso no soy hombre? dijo Duprez, bromeando.

—¡Qué sé yo! contestó Gulmar en el mismo tono; le falta nervio, empuje, resistencia, como quiera llamarlo, pues yo no veo en V. más que un joven fino, elegante, incapaz de la menor fatiga sin caerse rendido de cansancio.

Y al decir esto, se dispuso á llenar con un gesto jovial la copa de vino que tenía delante, mientras Duprez, dando á comprender con un movimiento de hombros que acogía con resignación la pulla del viejo, pedía á Telma que tuviese á bien amenizar la velada con al-

gunas canciones de su repertorio. Sin hacerse de rogar se levantó la muchacha para dirigirse al piano, y en medio de la atención más profunda, se acompañó en el canto de una composición escrita en lengua noruega, que puede traducirse como sigue:

Si es que me quieres por mi belleza,
bien de mi vida, no me ames, no:
si luz irradio, el sol deslumbra;
si soy hermosa, más lo es el sol.

Si me idolatras porque soy joven,
cariño mío, no me ames, no:
rinde tu pecho á la Primavera,
que ella es eterna, yo no lo soy.

Si es que me quieres por mis riquezas,
prenda adorada, no me ames, no:
que el fondo immenso del mar, te ofrece
ámbar y perlas de más valor.

Mas si me quieres porque me quieres,
hallarás siempre en mi corazón
más luz, más perlas y más perfumes
que abril encierra, y el mar y el sol.

Al concluir la joven, parecía flotar aún en los aires la intensa pasión con que moduló las notas de su canto, y por más que los extranjeros no pudiesen apreciar el sentido de los versos hasta que el anciano se los tradujo en inglés, hizo mella en su espíritu el hondo sentimiento y la preciosa voz con que Telma cantara. Al oir suspirar profundamente á *Sir* Felipe, se volvió para decirle:

—¿Está V. cansado ó se siente triste? La verdad

es que no debiera haber elegido una canción tan melancólica: todos los temas que versan sobre el amor, tienen el mismo dejo de amargura.

—¿Todos? preguntó Lorimer.

—No lo sé, contestó ingenuamente; así al menos lo leí en los libros: debe ser causa de pena; pero al mismo tiempo motivo de felicidad. Y Vds. ¿no cantan?

—Los hombres no debieran cantar, observó Lorimer; ¡si supiesen el papel ridículo que representan con la boca abierta, vestidos de frac y corbata blanca, esforzándose en arrancar un aplauso del público! Sólo la mujer es bonita cantando.

—Pero de modo que se entienda la letra, insinuó ella con dulce sonrisa.

—¿Y qué más da? repuso *Sir* Felipe; ¿sabemos acaso lo que dicen los pájaros con sus trinos? y no obstante nos deleita el escucharlos.

Después de otros cantos en inglés y en francés, se levantó la joven, del piano, para decir á su padre que era hora ya de volverse á casa, mas cediendo á los ruegos de Bruce, subieron todos á cubierta con el pretexto de tomar antes una taza de café. Telma se sentó en una mecedora, de cara al sol, cuyos rayos, al herir las nubes, parecían formar movibles masas de oro fundido con franjas de azul vivísimo. Los jóvenes se agruparon á un lado para poder fumar tranquilamente sin causar molestia á la muchacha con el humo del tabaco, y á los pocos minutos, viéndolos Bruce absortos en la conversa-

ción de Gulmar acerca del mejor sistema para pescar truchas, se dirigió al sitio donde se hallaba Telma, quien tenía clavados los ojos pensativos en la rica gama de esplendores celestes.

—Dígame, repuso acercándose á ella; ¿me perdonará V. por mi rudeza la primera vez que tuve la suerte de hallarla?

—Quizá yo tampoco fuí muy atenta con V., contestó dulcemente con voz algo entrecortada; como no lo conocía, creí . . .

—Fué una gran indiscreción por mi parte el preguntarle su nombre; debía de haberlo averiguado, como lo hice en seguida.

—¿Y no se arrepiente de ello? observó fijando en él sus claros ojos.

—¿Yo, arrepentirme? ¿Cómo pregunta V. tal cosa? ¿arrepentirme de conocerla á V.? ¡feliz mil veces de haberla hallado á mi paso!

—Sí; lejos de verse solo, se encuentra V. entre compañeros, se divierten Vds. en grande . . . mientras que nosotros somos para V. personas desconocidas. . . . Pronto se marchará en su yate de estas costas, y el nombre del abra de Alten y el de Bosekop junto con el nuestro, desaparecerá para siempre de su memoria ¡es natural!

¿Qué extraño ímpetu llenó el corazón de Telma al pronunciar las anteriores frases y qué tierno acento latía en su garganta, para que el joven inglés, de espíritu sereno é imperturbable, estuviese á punto de caer

á sus plantas? Dominando su emoción cuanto pudo, le contestó sonriente:

—Jamás olvidaré ni el abra de Alten ni la compañía de V., pues hay cosas que se aferran á la memoria para no separarse de ella mientras se vive ¡y aquí hay tanto que admirar! ¡La luz del sol de media noche, los peñascos de mole caprichosa, las montañas elevadísimas, la belleza en fin de cuanto en mar y tierra se contempla!

—Por lo visto le encanta á V. el país.

—Más que ningún otro. He recorrido todo el continente y no hallo nada que pueda compararsele. Y á V. ¿le gusta más el sur de Francia que Noruega?

—Según y como. Allí todo es más alegre y la gente parece más feliz, mientras que aquí sólo se ven caras rígidas y el carácter de las personas es más retraído. Mi padre adora el mar y cuando me llevó al colegio de Arlés hicimos un hermoso viaje en un buque de vela. Fuimos de Cristiansund á Holanda, recorriendo las pintorescas ciudades holandesas cruzadas de canales y puentes: luego, atravesando el canal de la Mancha, nos dirigimos á Brest y más tarde, por el mar Cantábrico, á Bayona, que me pareció una población muy linda y á la que abandonamos muy pronto para continuar el viaje por tierra, admirando soberbias perspectivas hasta llegar á Arlés y por más que la distancia de aquí allá es muy larga, hice dos veces el viaje en la misma forma; de modo que muchas de aquellas

comarcas las conozco mejor que algunas de mi propio país.

—Y ¿qué motivo indujo á su padre para mandarla tan lejos á educarse? preguntó *Sir* Felipe picado de curiosidad.

—Muy sencillo; mi madre procedía de Arlés.

—¡Luego era francesa! exclamó sorprendido.

—No, contestó Telma gravemente, sintiendo humedecérsele los ojos; era noruega, puesto que mis abuelos nacieron en este país; pero . . . le suplico que no hablemos más acerca de ella; algún día, cuando nos conozcamos mejor, quizá le contaré á V. su historia, porque me complace el conversar con V.: se me figura que V. es algo distinto de los demás ingleses.

—¿Y por qué he de ser yo una excepción? contestó *Sir* Felipe, riéndose.

Ella se encogió de hombros.

—Conocí algunos y no hacen más que pensar en la pesca, en la caza y en comer bien.

—¡También yo pesco, y cazo y como lo mejor que puedo! prorrumpió él jovialmente; esos son pecadillos perdonables: los ingleses son la gente más tratable del mundo y no hay que juzgarlos por sus aficiones al *sport* ni por sus vulgares apetitos; donde hay que apreciarlos es en sus sentimientos.

—Ó en sus bolsillos, para conocerlos mejor aún, añadió Telma con burlona mirada, levantándose de la mecedora para tomar la taza de café que le traía un camarero, al mismo tiempo que se acercaban los demás

jóvenes con el fin de compartir con ellos los placeres de la reunión.

Era ya muy avanzada la hora, cuando Telma volvió á indicar á su padre la conveniencia de retirarse, con lo que convino el anciano sin más dilaciones, y en el momento de la despedida, dijo Olaf Gulmar señalando á lo lejos:

—Detrás de aquella colina se encuentra la catarata del Jedegorze; hay que organizar una expedición para visitarla, pues constituye una de las maravillas de esta parte de Noruega. Sigur conoce los atajos y él será nuestro guía. ¿Cuánto tiempo van Vds. á permanecer aquí?

—Tanto como sea posible, contestó *Sir* Felipe, mirando distraídamente á Telma, que disponiéndose á marcharse, cruzaba con sus amigos las habituales frases de saludo.

—¡Magnífico! exclamó Gulmar, satisfecho; eso significa que no se aburren Vds. por esos vericuetos; en lo que dependa de nosotros no ha de pesarles la estancia en Bosekop. Á Dios y gracias mil por tan grata hospitalidad.

—Yo soy quien tiene que dárselas á Vds. repuso Bruce apretando cariñosamente la mano de Telma: espero que no será hoy la última vez que nos hallemos juntos.

Ya dispuesto el bote con cuatro remeros por orden del joven barón, padre é hija se alejaron. Bruce y Lorimer, apoyados en la borda, estuvieron agitando los

pañuelos hasta que se perdieron de vista, reuniéndose luego con sus dos amigos, quienes fumando, se paseaban por la cubierta del yate.

—*Belle comme un ange*, se limitó á decir Duprez con un gesto de admiración; y aun dudo que los ángeles puedan compararse con esta beldad.

Sandy, mirando fijamente al suelo, ni siquiera supo cómo expresar la honda y halagüeña impresión que acababa de dejar en su ánimo la visita de los Gulmar, y Lorimer, al dirigirse Bruce á su camarote, acercándosele por la espalda y colocándole una mano en el hombro, le dijo al oído:

—¿No estás resuelto aún? ¿Por ventura no puede decirse ya que acaba de marcharse la futura *señora de Bruce*?

El interpelado se sonrió y después de una corta pausa dijo con firmeza:

—Sí, amigo mío; tan luego como logre ganar su corazón.

—¿Qué duda tiene que ha de ser tuya? observó Lorimer sin poder reprimir un suspiro. ¿Qué duda tiene? repetía pensativamente.

Y estrechando con mano nerviosa la de su compañero, añadió de pronto:

—El tiempo lo dirá. Buenas noches.

. . . .

Lorimer, en su camarote, pasó el resto de las horas hasta la madrugada, revolviéndose entre las sábanas sin poder pegar los ojos. Cuando el sueño y el cansancio

cerraban un momento sus párpados, se le aparecían extrañas visiones y más de una vez pudo oírsele murmurar entre dientes:

—¿Y quién lo duda? Nadie. Y si lo dudasen . . .

Pero el final de la frase resultaba siempre ininteligible.

CAPÍTULO XI

Transcurrieron quince días. El primer paseo marítimo en el yate fué seguido de otros varios y la amistad entre *Sir* Felipe y los Gulmar iba entretanto en aumento. Los jóvenes extranjeros habían tomado ya como costumbre el pasar las veladas en la antigua casa del hacendado, donde, mientras les contaba leyendas de Noruega, podían contemplar el paisaje á través de la ventana bordeada de rosas, al par que la graciosa figura de Telma frente á la rueda de hilar. También habían intimado en cierto modo con Sigur, quien se mostraba unas veces dócil y complaciente; otras, furioso y provocativo por creerse víctima de alguna persecución; las más, dispuesto á extenderse en divagaciones acerca del mar, de las flores, del sol y de las plantas; siempre tan adicto á la compañía de Telma, que se pasaba largos ratos sentado á sus pies, tan tranquilo é inmóvil, que fuera difícil adivinar si tenía fija la atención en cuanto lo rodeaba, ó si por el contrario, era indiferente á todo; demostrando en cualquiera ocasión singular preferencia por Lorimer, mientras evitaba la compañía de *Sir* Felipe.

Una tarde, después de la comida, Lorimer, que estuvo observando disimuladamente á su amigo Bruce y á

Telma sentados junto á la ventana en grato coloquio, se levantó sin llamar la atención de Olaf Gulmar, abstraído en el relato de una aventura que los demás compañeros escuchaban con el mayor interés y se encaminó al exterior de la casa, dirigiendo sus pasos al azar hasta encontrarse en el mismo sitio donde él y su amigo vieron por primera vez á la encantadora joven, hilando. Después de sentarse sobre el césped perezosamente, encendió un cigarro, dejando escapar un suspiro.

—Á fe mía, murmuró, casi, casi, voy á titularme héroe y si fuese militar, creo que no podría hacer frente al enemigo con tanto valor como lo hago ahora. ¡La abnegación! no me extraña que sea tan rara esa virtud; pero, en resumidas cuentas ¿puedo vanagloriarme de poseerla? ¡de ninguna manera! Reflexiona, Lorimer, dijo dándose un golpe en el pecho; ¿eres generoso, magnánimo? Me inclino á creer que si fueses hombre de veras te mostrarías indiferente, estoico y sin embargo piensa . . . piensa, bribón, en esa maldita envidia que poco ha te atormentaba . . . allí, en aquel cuarto, antes de que salieses á tomar el fresco.

Satisfecho, al parecer, por haber descargado la conciencia en virtud de aquel reproche contra sí mismo, continuó fumando, cuando le hizo volver la cabeza instintivamente, confuso rumor de pisadas. Eran Bruce y Telma, que pasaban á corta distancia, ella con la cabeza inclinada, y él hablándole con el más vivo interés.

—¡Que Dios los bendiga! murmuró, ligeramente turbado.

Pero en aquel instante acabó de sorprenderlo la presencia de un ser pálido, raquítico, de ojos azules y brillantes como el acero, contemplándolo de hito en hito á través de las matas.

—¿Qué tal, Sigur? dijo Lorimer con franco tono al reconocerlo; ¿qué asuntos os traen por aquí?

Sigur, separando las ramas, se fué acercando al extranjero y después de sentarse á su lado, tomándole la mano, se la besó humildemente.

—Lo seguí á V., repuso, y al ver que venía á lamentar sus pesares, vine también á llorar mis penas.

—Os equivocáis, Sigur, á lo que vine es á fumar; yo nunca me lamento por nada, pues no sé qué cosa es sufrir ¿lo sabéis vos?

—Sufrir es amar, contestó con prontitud; ver una sílfide de alas doradas descendiendo de las nubes; abrir los brazos para cogerla y en el momento en que uno cree tenerla segura, se inclina á un lado coquetamente y se escurre para caer . . . pero no en el corazón del amante, no, sino en el de otro hombre. ¡Eso es sufrir! porque cuando la sílfide desaparece, ya no se ve otra en el espacio que haya de traer consuelo, al menos al que suspira, pues lo bueno de la tierra está reservado á otros: para uno es como si nada existiese.

Lorimer escuchaba silencioso, mirando al enano con curiosidad.

—¿De dónde sacáis todas esas cosas? le preguntó.

—No lo sé. Pero, contésteme: ¿digo ó no la ver-

dad? Para V. también es como si nada existiese: ¿osaría contradecirme?

Lorimer se sonrojó y luego palideció visiblemente, diciendo después de una pausa:

—Sois romántico, Sigur; yo no: desconozco cuanto se refiere á las sílfides y otros seres semejantes; por consiguiente no os preocupéis de mí.

El jorobado lo miró de hito en hito; sonrióse con astucia, y colocando su mano huesosa en el hombro del extranjero, repuso en voz baja, misteriosamente:

—Aquí no hay más que un camino: ¡matarlo!

Pronunció Sigur la última palabra con tal intensa expresión, que Lorimer se levantó sobresaltado, para decirle con enfática gravedad:

—Eso es indigno de vos, Sigur; es preciso no hablar de tales cosas; hay que respetar á los demás y vuestras ideas de destrucción y muerte son descabelladas.

—Error y nada más, insistió el infeliz demente; si V. no se encarga de quitarle la vida, le daré yo la muerte por mi propia mano, antes de que nos arrebate el tesoro de la dorada noche, la rosa entre todas las rosas.

—Pero ¿de quién estáis hablando?

—¿De quién si no del rico y noble inglés? de su enemigo y rival; del cruel *Sir* Felipe . . .

—¿Bruce mi enemigo, cuando es mi amigo el más querido? dijo Lorimer con tono de reproche; veo, Sigur, que estáis empeñado en decir vaciedades.

Sigur continuaba mirándolo con fijeza, hasta que exclamó de pronto:

—Y V. ¿no ama á Telma?

Lorimer se estremeció ligeramente, dominándose en el acto al cruzar su franca mirada con la de Sigur.

—¡Claro que no! dijo con serena sonrisa; ¿qué motivo hay para creer tal cosa? Vamos . . . vamos á reunirnos con los demás.

Pero Sigur se resistió á acompañarlo; pegando un salto, como si fuese un animal aterrorizado, se escabulló con vertiginosa prontitud, internándose en la espesura del bosque que rodeaba la casa de Gulmar.

Lorimer se quedó perplejo y dos ó tres veces aquel mismo día quiso contar lo acaecido á su amigo Bruce; pero faltándole oportunidad, acabó por olvidar la escena entre el enano y él.

El domingo siguiente por la tarde, hallándose Olaf Gulmar en el campo con Sigur y los extranjeros del yate, Telma, sentada en el florido pórtico de la casa, leía un libro de poesías de Víctor Hugo. Por más que la joven recorría con interés las hojas del tomo, suspiró varias veces profundamente, como si se sintiese cansada, notándose en sus mejillas cierta suave palidez y en sus ojos una sombra de melancolía. De vez en cuando levantaba la cabeza para dirigir la vista ya al jardín, ya al abra de Alten, de cuyo fondo se destacaban los esbeltos mástiles del "Eulalia," para continuar luego la lectura con un ligero movimiento de impaciencia.

Envolvía á la muchacha tal ambiente de paz y quietud, que al oir el ruido de unas fuertes pisadas se levantó de la silla con sobresalto: era el intruso en los tranquilos dominios de Olaf Gulmar, el reverendo Estévenson, quien sin aliento y anegado en sudor, iba avanzando en dirección al portal con benévola sonrisa en los labios, sin reparar en la figura de Telma, erguida, resuelta y grave, centelleando en sus ojos el desdén.

—¡Hola, Froken Telma! dijo al verla, bufando ¿qué tal está V.? su aspecto es de lo más satisfactorio, puede V. creerme, Telma.

—Me encuentro perfectamente, gracias; mi padre no está en casa, *Míster* Estévenson.

—¿Qué importa? repuso él, mientras se secaba el sudor que le bañaba el rostro; es sólo con V. con quien deseo hablar.

Y sin aguardar el permiso de la muchacha, entró en la casa, sentándose en el primer banco que encontró; después de toser dos ó tres veces y de estirarse los puños, confundido ante la actitud digna y severa de la joven, sacó del bolsillo un objeto cuidadosamente envuelto en papel de seda, y le dijo al presentárselo:

—Encontré esta bagatela, que tal vez deseará V. conservar: bien quisiera yo añadir algo á lo predicado en tantas ocasiones, á propósito de los peligros que . . .

Telma lo interrumpió, alargando la mano para apoderarse de la crucecita, que era lo que tenía el reverendo entre los dedos.

—Ese crucifijo era de mi madre, repuso con acento ierno y solemne, humedecidos los ojos de lágrimas; lo levaba pendiente del cuello cuando murió y sabía que e había perdido, lo que sentí con todo mi corazón; de nodo que le doy infinitas gracias por haberme propor- ionado la dicha de recobrarlo.

Míster Estévenson respiraba con dificultad y cam- iándosele el color del rostro, sintió la frente empapada n sudor. Con movimiento un tanto rápido cogió la nano suave y rosada que la joven le tendía; dejó en lla la crucecita, y murmuró apretándole las puntas de os dedos:

—Entonces somos amigos ¿no es eso, Froken Tel- na?

La hermosa, sacudiendo el brazo, logró deshacerse lel atrevido.

—Se equivoca V., repuso con aire rígido; para ser migos, es preciso tener las mismas inclinaciones, idén- icos gustos, el mismo carácter; hay muchas cosas en as que V. y yo discrepamos y discreparemos siempre. Antes de escoger á una persona por amiga, acostumbro ensarlo bien.

—A menos, añadió él sonriendo burlescamente, que e trate de un inglés rico, buen mozo y elegante, porque n este caso, Telma, por lo visto no le cuesta á V. nucho el decidirse.

La fría y altiva mirada que le dirigió la muchacha, ubiera bastado para desconcertar á otra persona de nenos audacia.

—¿Qué quiere V. decir con eso? preguntó sorprendida.

—No parece V. la misma de siempre, repuso él levantando la mano blanca y regordeta; generalmente es V. franca y expansiva, pero hoy la encuentro ¿cómo diré? la encuentro reservada. ¿Por qué pretende V. disimular, cuando todos hablan en la población de V. y del caballero que viene á verla con tanta frecuencia? Según mi opinión y la de los demás que se interesan por V., cuanto más pronto abandone *Sir* Felipe Bruce estas costas, mejor y cuanto menos tenga que hacer con las mozas del vecindario, más fácilmente nos veremos libres del riesgo del escándalo.

—No lo comprendo á V., dijo Telma con frialdad; ¿por qué hablarme de los demás, cuando á nadie interesan mis asuntos?

—Está V. en un error, Telma, repuso por lo bajo el reverendo, tratando de suavizar el tono de pasión que reflejaban sus palabras; es imposible, para mí al menos, el dejar de interesarme por V., siquiera sea por el amor del Señor: me hiere en lo más hondo el considerar á V. como una de tantas ovejas descarriadas en los senderos del obscurantismo, sin una mano que la detenga al borde del precipicio. ¡Ah, Froken Telma! mi alma se halla anhelante por su bien, como lo estuviera la madre por la felicidad del hijo adorado y por eso quiero salvarla de las maquinaciones del maligno espíritu, para . . .

Telma, sin contestar, se apoyó en la pared, incli-

nando la cabeza, como dispuesta á oir resignadamente cuanto pudiera ocurrírsele al reverendo.

—¿Y dice V. que ese es un recuerdo de su madre? ¡infeliz mujer! continuó con tono altisonante y presuntuoso.

—No crea V. que fuese infeliz, muy al contrario, repuso la joven apaciblemente.

El ministro luterano meneó la cabeza.

—¡Ah, Telma! es V. muy joven para juzgar de esas cosas; su madre murió y . . .

—Yo la asistí en su agonía, interrumpió ella con voz llena de ternura; me besó, sonrióse y después de apretar este pequeño crucifijo en la palma de la mano, cerró los ojos como para dormirse: me dijeron que aquel sueño era el sueño eterno: ¡entonces supe cuán hermosa es la muerte!

—Sin duda alguna, buena muchacha, dijo el reverendo hipócritamente, pues sentía horror invencible á la muerte; pero por muy querido que le sea ese objeto, es necesario considerarlo como algo peligroso para la salvación del alma. Los que siguen las doctrinas del Evangelio, ven á Dios únicamente como un espíritu, desprovisto en absoluto de la vestidura carnal; si desea V. contarse entre los favorecidos por la gracia divina, precisa que arroje esa cruz sin pérdida de tiempo, cual si fuese un amuleto diabólico . . .

Míster Estévenson se detuvo, indignado y sorprendido, al ver que la moza, lejos de atender á sus palabras,

acercaba la crucecita á los labios para besarla con fervor, diciendo al propio tiempo:

—Es emblema de paz y salvación para el católico: está V. predicando en vano, señor mío.

—¡Por Dios no lo repita! prorrumpió lleno de coraje; ¡pobre niña! ¡católica, jamás! Yo velaré por V., sí; velaré día y noche, sin tregua ni descanso para obtener la victoria, que ha de ser mía; porque la estoy viendo á V. en el borde del abismo, en la misma boca del infierno que ha de tragarla sin remisión si no abdica de sus creencias, y en este caso ¡ah! exclamó con tono patético el reverendo, agitando en el aire la mano blanca y rolliza, con el mismo entusiasmo que si se hallara en el púlpito; en este caso, imagínese los más atroces tormentos, la desesperanza, el sufrimiento, la desesperación; ¡figúrese víctima de las llamas, que consumirán su cuerpo por toda una eternidad!

—Es un cuadro desconsolador, contestó Telma, con reposado y tranquilo continente; lo siento sólo por V. puesto que yo me considero más dichosa, al abrigar una esperanza; mi religión me habla del purgatorio, de modo que esa creencia me alienta y me induce al menos á confiar.

—¿Á confiar? ¿en qué? exclamó levantándose de su asiento, poseído de gran excitación: está V. perdida, irremisiblemente perdida. Pero Dios quiere salvarla, Froken Telma, y yo estoy aquí para decirle á V. que hay para ello un solo camino; hay un camino merced

al cual se alcanza la paz del alma en este mundo y la inmortalidad en el otro.

Telma lo miró con ojos serenos.

—¿Y ese camino es? . . .

El reverendo vaciló antes de responder, aturdido ante la frialdad de la joven; el menor asomo de timidez en ella, la más ligera señal de confusión ó rubor, hubiera dado alas á su osadía; pero en aquel caso, no le quedaba otro recurso que acudir como otras veces en ocasiones análogas al poder de su benévola sonrisa, refinadamente hipócrita.

—Me hace V. una pregunta llana y escueta, dijo con dulzura, y voy á contestarle en idéntica forma. El camino de salvación lo encontrará V. en mí.

Telma se encogió de hombros, demostrando impaciencia.

—Es inútil seguir adelante, dijo, y no comprendo por qué ese empeño en hacerme abdicar de mis creencias.

—Claro que no lo comprende V., repuso el ministro luterano, con más dulzura, puesto que tiene una venda en los ojos y . . . ¿por qué ha de ser inútil continuar hablando de religión? ¿hay algo que pueda ser más del agrado de Dios? ¿Y qué es lo que puede satisfacerle en este momento, sino contemplar unidas dos almas en su santo servicio? No lo dude, Froken Telma, el Señor se complace en atraer mi voluntad hacia V., del mismo modo que Jacob sintió inclinarse su alma en favor de Raquel.

El reverendo, avanzando un paso, se puso á mirar á la joven con avidez, mientras ella continuaba impasible.

—Déjeme ver esa mano, añadió haciendo un movimiento para cogérsela, en tanto que la muchacha, al comprender su intención, la retiró á tiempo, clavando en él una mirada de profundo desprecio. No sea V. cruel, amiguita mía, pues no es mi intención herir sus nobles sentimientos ni burlar sus juveniles afecciones; á pesar de su desvío y de las diferencias de secta que nos separan, me siento atraído hacia V., ó si lo prefiere en lenguaje más claro y corriente, la amo á V., Telma; más aún; toda vez que mi religión me permite tomar estado, estoy dispuesto á hacerla mi esposa.

Al llegar aquí *Míster* Estévenson, se detuvo, desconcertado al ver la sarcástica actitud de la joven, mirándolo con ojos chispeantes y faz encendida, hasta que con voz clara y vibrante, cortó Telma el largo silencio que siguió á la última frase, como el filo de una espada, diciendo:

—¿Cómo se atrevió V. á venir para insultarme?

¿Insultarla él, el reverendo Carlos Estévenson al ofrecerle su mano? Por más que acababa de oir esa afirmación, no quería dar crédito á sus propios oídos y lleno de asombro fijó la vista en la muchacha, sintiéndose confuso como un reo á quien acabasen de sorprender en fragante delito, al observar la sonrisa despreciativa que vagaba en sus labios y la serena altivez con que lo miraba.

—Siempre adiviné sus intenciones, dijo Telma con voz airada; pero nunca me hubiera atrevido á creer que osaría proponerme tal cosa. ¿Yo su mujer? ¿Y me creyó V. capaz de escuchar con calma semejante proposición? dijo haciéndose atrás para clavar más aún la vista en el reverendo, sin perder su arrogante actitud.

—¡Ah, loco orgullo! masculló *Míster* Estévenson, reponiéndose del momentáneo estado de confusión en que anegara su espíritu la enérgica protesta de la joven; ¡cómo domina á la naturaleza humana esa ciega pasión de creerse superior á todo! Amiguita mía, temo que V. no me comprende y nada tiene de extraño, puesto que su ánimo no estaba preparado para recibir el testimonio de mi puro y desinteresado afecto: pero, revístase de valor ¡pobre niña mía! que Dios penetra mis intenciones y sabe que no pretendo hacer mofa de los delicados sentimientos que anidan en su corazón; ¡cálmese, Froken Telma! adquiera la necesaria serenidad, añadió el reverendo acercándosele más, y luego con las manos enlazadas, sellaremos con un beso la promesa de . . .

Y de pronto, extendiendo el brazo, iba á estrecharle la cintura, cuando Telma, con un movimiento de indignación, acertó á coger una rama de la espesa enredadera de rosas que guarnecía el pórtico, colocándose detrás para protegerse. *Míster* Estévenson, con el fin de neutralizar los efectos de su audaz acción, apeló al recurso de la sonrisa benévola.

—¡Soberbio, soberbio! dijo mirándola con aire indulgente; detrás de esa barricada de rosas, forma V.

un cuadro digno de un artista. Confieso que ese rubor me parece muy natural, pero no me desaliento por eso: algún día el Señor bendecirá nuestra unión y entretanto bastará una sola palabra, una sonrisa siquiera que V. me dirija, para darme á comprender que se halla V. dispuesta á recompensar mi amor con el suyo.

La actitud ridícula del reverendo, con las manos juntas y las piernas dobladas, como cediendo al peso de su cuerpo voluminoso, excitaba la risa; pero Telma se sentía en aquel momento dominada de tal indignación, que no se fijó en el aspecto cómico de la escena.

—¿Amarlo yo? dijo con un movimiento instintivo de repugnancia; antes moriría que llegar á ser su esposa.

Míster Estévenson palideció y sus ojos brillaron de furor; mas dominando la cólera que lo devoraba, limitóse á sonreirse, frotándose nerviosamente las manos.

—Es preciso tener calma, repuso con benigno tono, en vez de provocarnos con frases punzantes; meditemos llenos de espíritu de caridad y paciencia, dejando á un lado excitaciones y apasionamientos. ¿Realmente rechaza V. mi oferta? Ni lo creo, ni puedo figurarme que con su negativa pretenda V. desoir la voz de su propia salvación, con tanto más motivo, cuanto que su casamiento conmigo, por ser digno del respeto y la consideración social, es la única solución que cabe tratándose de . . . ¿lo diré, Telma? como ministro del Señor mi deber me lo impone; tratándose de restablecer el brillo de su fama, que empieza á empañarse . . .

Míster Estévenson se detuvo bruscamente, al verla separarse de la enramada para llegar hasta él, llenas de fuego las pupilas.

—¿Mi fama? prorrumpió con voz ahogada ¿quién osó ponerla en duda?

—Yo no, buena amiga, yo no; los que murmuran son los vecinos de la población, sin exceptuar uno solo: á V. atribuye el pueblo ignorante todas las calamidades que de un tiempo á esta parte lo aflige; pésimas cosechas, escasa pesca, miseria, enfermedades . . . y dice que son malas artes de brujería: necios, más que necios, lo sé; pero así y todo, no es tan fácil como parece desvanecer una preocupación de ese género y por más que he procurado por los mejores medios alejar las sospechas de esos ignorantes, en contra de V., en este caso me veo obligado á confesar mi insuficiencia.

La joven, cambiando de actitud volvió la espalda, dibujándose una sonrisa en sus labios.

—¿Qué culpa tengo yo de la necedad ó la ignorancia de los demás? dijo fríamente; nunca hice daño á nadie, que yo sepa.

É iba á desaparecer con paso ligero, cuando el reverendo le cortó la salida.

—¡Deténgase! gritó; considere que está V. despreciando la ocasión que la Providencia en mí le depara, al enviarme á fin de advertirle del riesgo que inconscientemente está V. corriendo. No he de ocasionarle ahora pesar alguno, notificándole mis quejas en contra de su padre y lo mucho que de él se murmura; lo único

que me interesa, añadió bajando la voz con tono misterioso, es llamarle la atención sobre la frecuencia con que esos caballeros del yate vienen á visitarla; ¡ah, Froken Telma! ¡si V. supiese cuánto me apena el ver que V., tan pudorosa y recatada, consiente en ser juguete de *Sir* Felipe Bruce, coqueteando con él á todos horas!

Al oir el nombre del joven barón, una ola de fuego cubrió de pronto las mejillas de la muchacha, y palideciendo después, se puso á mirar á *Míster* Estévenson de hito en hito.

—¿Es eso lo que dicen de mí? preguntó con firmeza.

—Eso es, desgraciadamente; pero ¿qué importa, cuando aun hay tiempo para remediar el mal?: estoy dispuesto á salvar esa situación, cortando de raíz las murmuraciones del prójimo ¿Pues qué? ¿soy yo acaso egoísta ó poco generoso?; mis sentimientos religiosos me lo prohiben: cualesquiera que sean los cargos que se me dirijan, no vacilo en tomar á V. por esposa, pero con una condición; la de que nunca más vuelva á dirigir la palabra á *Sir* Felipe Bruce.

Ella continuaba mirándolo, con sonrisa irónica y respirar fatigoso, como si toda su alma pugnase por transparentar en su faz el inmenso desprecio y el más refinado sarcasmo para confundir de una vez al insolente.

—No merece V. siquiera que me irrite por sus palabras, dijo con lentitud; para irritarse, es preciso que sea por algo ó por alguien y V. ni es nada ni es nadie;

ni hombre, ni fiera; porque los hombres son valerosos y sinceros y las fieras no cuentan mentiras ¡Su esposa! ¡yo su esposa! ¡Sírvase marcharse y nunca más vuelva á pisar esta casa! repuso extendiendo el brazo en dirección al jardín.

Tan hermosamente arrogante aparecía; era tal el poder de su mandato y tan sugestiva la expresión de su figura, que el ministro luterano, ahogando la ira en el pecho, juzgó prudente retirarse, sin abandonar la sonrisita que constituía para él un valioso recurso cuando se trataba de fingir el mantenimiento de su dignidad ofendida. Sin darse interiormente por vencido, no cesaba de martirizarse el cerebro, con el fin de desbrozar el breñal que la resistencia de la muchacha levantaba ante su paso, hasta que exclamó, á punto de llegar al desembarcadero donde estaba amarrado el bote que debía conducirlo á Bosekop:

—No desmayemos: Lovisa se encargará de secundar mi obra.

Telma, así que el indigno visitante hubo desaparecido de su vista, apretándose el corazón con la mano, lanzó un profundo suspiro. Rozó luego con los labios el crucifijo, y con paso vacilante volvió á su cuarto sin poder apartar de la mente las palabras del reverendo alusivas á *Sir* Felipe, que hirieron tanto su amor propio como las que á ella misma se referían. Una vez en la habitación, siempre con el pensamiento fijo en el joven inglés, se arrodilló junto á la poltrona de su padre

y hundiendo la faz entre sus brazos rompió en llanto silencioso, consolador y dulce á un tiempo.

¿Quién desentrañará el misterio de las lágrimas de la mujer? ¿Quién es capaz de averiguar si dan pena ó consuelo al corazón las que se vierten en recuerdo del ser amado? Telma lloraba y lloraba como lloran las demás; sin saber por qué: lloraba como se llora cada vez que el amor compulsa con sus dedos que abrasan, la lentitud ó la presteza con que se suceden los latidos del alma enamorada.

CAPÍTULO XII

Á los pocos momentos, unos golpes dados á la puerta, hicieron sobresaltar á Telma, quien se puso en pie como movida por un resorte, esforzándose en disimular la emoción que embargaba su ánimo, mientras secaba las lágrimas que humedecían sus mejillas, con impulso nervioso.

—¡Lorimer! exclamó tratando en vano de sonreirse, al ver al extranjero en su cuarto; ¿V. aquí? ¿dónde están los demás?

—Van á llegar en seguida, pero me adelanté para decirle que no debe V. asustarse: un ligero percance . . .

—¡Dios mío! repuso palideciendo ¿acaso mi padre? ¿*Sir* Felipe? . . .

—Ni uno ni otro; no se trata de un caso grave ni mucho menos; el herido es Duprez. Ninguno de nosotros acierta á explicarse lo que le ha pasado á Sigur. Andábamos juntos conversando en paz y buena amistad, cuando al llegar á la falda de un monte, al enano se le ocurrió arrojar piedras á diestro y á siniestro, sin mirar á donde, diciendo que lo hacía para divertirse: *Míster* Gulmar trató de detenerlo, pero él no se daba por entendido, hasta que al fin tiró una piedra con tan

mala puntería, que fué á dar en la mejilla de Duprez, no sin haber pasado antes rozando la cabeza de Bruce, de manera que por poco le hace saltar un ojo. Tranquilícese V. y no tema, pues le aseguro que no hay por qué.

—¿De veras? ¿Y sufre mucho el pobre?

—¿Duprez? ¡cah! ¡si está tan campechano como antes! Lo vendamos de una manera sumamente . . . *artística* y aparece un tipo muy interesante, aunque algo feo; pero por lo demás. . . . Sólo que Bruce pensó que tal vez V. se alarmaría al presentarnos con nuestro amigo en ese estado y por eso vine á prevenirla.

—Y ¿dónde está Sigur? preguntó la joven volviendo la cabeza con disimulo, para enjugar dos lágrimas que brillaban en sus pestañas.

—No puedo decírselo á V. Tan pronto como vió brotar la sangre de la mejilla de Duprez, lanzó un grito como si hubiese recibido un balazo y corrió á internarse en el bosque, con toda la velocidad de sus piernas. Lo llamamos á gritos y fué en vano. ¿Cree V. que sabrá hallar el camino para volver?

—Eso sí. Pero cuando vuelva, lo he de reñir de veras, á fin de que comprenda el mal que ha hecho.

—Déjelo V. al pobre, que *Míster* Gulmar ya le dijo lo bastante: parece que ese desgraciado no está hoy en su cabal juicio. Pero ¿qué ha sido de V. mientras nosotros estuvimos en el campo?: parece hallarse V. afligida y me atrevería á jurar que. . . . Esos ojos . . .

—En efecto, contestó con aire franco; no pude evitarlo. La tristeza me hizo llorar, pero yo tengo la culpa de todo.

—¿La culpa de todo? ¿Qué significa eso? ¡Bah! V. se halla hoy preocupada, tal vez sin motivo; ¡diabluras de los nervios!: venga acá, junto á la ventana abierta y verá V. como el aire puro le hace mucho bien, añadió señalándole una silla, en tanto que Telma se acercaba para sentarse.

—Estuvo aquí *Míster* Estévenson, dijo.

—¿El ministro luterano? ¡ahora comprendo!

—Me dirigió frases punzantes, como si encontrara gozo en atormentarme. Aseguróme que el pueblo todo me tenía por bruja y no fué eso lo peor; hay algo más; algo que me puso furiosa y ya ve V. que no tengo muy mal genio. Nunca hubiera creído que pudiese irritarme hasta tal punto.

—¡Ave María Purísima! exclamó Lorimer, bromeando; me va V. á alarmar.

—¿Se burla V.? El caso es mucho más serio de lo que tal vez se figura.

—Líbreme Dios de chancearme y en prueba de ello, aquí me tiene dispuesto á escucharla con la mayor formalidad del mundo. Figúrese que soy su confesor, y empiece á explicarme la razón de esos arrebatos de carácter.

Telma lo miró con aire encogido.

—La razón es la siguiente: el reverendo me preguntó si quería casarme con él.

Lorimer, dándose una palmada en la rodilla, lanzó un grito de sorpresa é indignación.

—¡Habráse visto insolente! ¿es posible que? . . . exclamó.

—¡Tantas cosas me dijo! repuso Telma, enrojeciendo; V. va á sacarme de dudas, porque no tengo experiencia en nada y V. sabe más que yo. Dígame: ¿es malo el que á mí me guste disfrutar de la compañía de todos Vds.? parece que nos conocemos de toda la vida y los tengo por muy buenos amigos; ¡son Vds. tan complacientes! y lo que es yo no puedo disimular la dicha que experimento al hallarme reunida con otras personas de mi agrado: ¿cree V. que va á pensar mal de mí *Sir* Felipe?

—¡Pensar mal de V.! contestó Lorimer, suspirando profundamente; ¡si supiese V. el alto concepto que le inspira!

—V. me comprende, *Míster* Lorimer; es imposible para mí fingir mis sentimientos. Y á V. ¿verdad que le es agradable el trato de *Sir* Felipe? ¡se comprende que sí!; pues á mí me pasa exactamente lo mismo. ¡Cuánto me gusta oirlo hablar! tiene una voz tan dulce y modales tan atractivos, que cualquiera se siente feliz á su lado. Poco me importa lo que digan los demás; por nada del mundo quisiera que él me juzgase de un modo erróneo.

—Le aseguro á V., *Miss* Gulmar, que con respecto á eso debe V. hallarse completamente tranquila. No hay que creer una sola palabra de cuanto dice el reverendo,

pues á primera vista se conoce que es un hombre falso é hipócrita y en cuanto á V. . . . ¡ya quisiera yo que todas las mujeres pudiesen compararsele!

—Es V. muy amable, repuso Telma con una adorable sonrisa; pero no creo que todos tengan la misma opinión de mí.

Lorimer se quedó mirándola sin saber qué contestar, arrobado ante la ingenua actitud de la joven, y la sinceridad de sus frases, cuando de repente, se presentó *Sir* Felipe.

—Perdonen Vds., dijo quitándose el sombrero; debiera haber llamado á la puerta antes de entrar.

—¿Por qué? preguntó Telma, sin comprender la intención de la frase.

—Eso es ¿por qué? añadió Lorimer.

—Temo haber sido causa de que se haya interrumpido una conversación harto agradable para ambos, repuso *Sir* Felipe con una forzada sonrisa, visiblemente contrariado.

—Y suponiendo que lo fuese ¿no lo sería más en compañía de V.? añadió la joven mirándolo con encantadora ternura, mientras Bruce permanecía á bastante distancia, en actitud indiferente, en tanto que Lorimer se divertía observando el aire algo encogido de los dos.

—Dime, amigo mío ¿cómo llegaste tan pronto?; ni siquiera oí el ruido de tus pisadas en el jardín.

—Lo creo, repuso el joven barón con tono sarcástico; y añadió después de una pausa: Duprez no puede andar

de prisa, pues la herida lo hace sufrir mucho y de vez en cuando parece que va á desmayarse. No supimos vendarle bien la mejilla, y me adelanté para ver si Brita podría tenerle dispuesto lo necesario.

—Y ¿por qué ha de ser Brita y no yo? interrumpió Telma prontamente; me cuidaré de cuanto haga falta y supongo que su amigo no va á oponer reparo alguno. Miren; ahí vienen; ¡pobre *Monsieur* Duprez, qué pálido está! Voy á recibirlo.

Y salió del cuarto á toda prisa, dejando solos á los dos jóvenes. *Sir* Felipe se acomodó en la poltrona, lanzando un suspiro.

—¿Qué te pasa? preguntó Lorimer llegándose hasta él y poniéndole la mano en el hombro; mira, camarada, ya sé que el amor transtorna el seso; pero nunca hubiera creído que en tu chifladura llegases hasta á dudar de la fidelidad del que es tu amigo eterno.

Bruce le tendió la mano, que estrechó el otro con efusión y los dos guardaron silencio breves instantes.

—Estoy avergonzado de mí mismo, lo confieso; pero cuando os vi á los dos solos hablando en este cuarto, me puse fuera de mí: creo que fuí presa de un rapto de celos.

—¡Otra nueva sensación! Una especie de impulso feroz de gritar: "¡villano, me robaste el cariño de mi adorada!" ¿no es eso?; pero lo que no comprendo es que te hayas permitido las primicias de esas emociones, á costa mía.

—No lo extrañes . . . estabais juntos . . .

—Y seguramente volveré á estarlo con ella mil veces más. ¿Vas á prohibirme el placer de hablar con tu esposa, si llega á serlo?

—¡Silencio! Telma se acerca llevando del brazo á Duprez, seguidos del hacendado y de Sandy.

Al entrar en el cuarto, la figura alta y esbelta de la joven formaba vivo contraste con el francés, de pequeña estatura y estrecho de espaldas, que se apoyaba en ella, como si reclamase su protección.

—Siéntese, *Monsieur* Duprez, dijo acompañándolo hasta la poltrona, que acababa de desocupar *Sir* Felipe; mi padre le traerá un vaso de buen vino y tan pronto como le vendemos bien las heridas, se sentirá V. más fuerte: ¡me apena tanto verlo á V. sufrir!

Triste era el aspecto que presentaba Duprez; además de la mejilla, tenía abierta la frente y por su rostro, de palidez mortal, rodeado por un pañuelo atado debajo de la barba, corrían hilos de sangre. Á pesar de que le dolía la cabeza, no perdió el buen humor que era parte de su carácter, y contestó sonriendo:

—*Chère Mademoiselle*, es V. muy buena; no poca fortuna ha sido el que Sigur me haya tomado por blanco de su puntería, puesto que gracias á la piedra que me arrojó, me cabe la dicha de merecer su compasión. Un poco de agua fresca y un pañuelo limpio es cuanto necesito por ahora.

Pero Telma, con el cuidado más exquisito, había desatado ya el que llevaba puesto, tinto en sangre, y después de limpiarle las heridas, se las vendó de nuevo

con la mayor delicadeza y habilidad. Luego, ofreciéndole el vino que su padre trajo, le dijo dulcemente:

—Beba V. *Monsieur* Duprez; es preciso que descanse hasta la hora de volverse al yate, y estoy segura de que mañana no sentirá dolor alguno: las cicatrices van á ser después insignificantes.

—Y si no, diré que me batí en duelo y cuando se conozca mi valor, voy á tener gran partido entre las muchachas solteras.

—Amigo mío, nunca debe decirse lo que no es cierto, aun cuando se trate de hechos sin trascendencia alguna para los demás, observó Telma, cariñosamente.

Entretanto, el viejo Gulmar se ocupaba en llenar un vaso de vino para cada uno de los extranjeros, conversando con afabilidad.

—Te diré, niña mía, algo debe haberle pasado al pobre Sigur; así como siempre fué tan humilde y tratable, lo que es hoy parecía un caballo desbocado: daba lástima verlo. Verás como ha de llegar el día en que no podrás estar segura cerca de él.

—¡Ay, padre! Sigur nos quiere demasiado para causarnos el menor daño ¡es tan dócil el infeliz!

—No lo niego, hija; pero una cabeza sin seso es como un barco sin lastre; no hay travesía posible. No es que Sigur tenga intención de agredir á nadie; pero, con intención ó sin ella, puede muy bien embestir al primero que se le antoje, aunque después lo sienta. Confieso que hoy no me inspira la menor confianza.

—Á propósito, repuso Lorimer; he notado que Si-

gur manifiesta marcada antipatía en contra de mi amigo Bruce; será tan extraño como se quiera; pero el hecho es indudable: tal vez es Bruce la causa de que el jorobado pierda la calma.

—También lo he notado yo, dijo *Sir* Felipe y en verdad lo siento, puesto que ninguna queja puede tener de mí: pidióme que me marchara del abra de Alten, á lo que me opuse, no creyendo que su petición pudiese tomarse en serio; pero es indudable que el muchacho no sufre de buen grado mi presencia.

En aquel momento se presentó Brita para anunciar la cena y se dirigieron todos al comedor, á donde se llevó la poltrona, para mayor comodidad de Duprez, quien no cesaba de protestar contra tantas atenciones, si bien por pura fórmula, pues bien claro se leía en la sonrisa que lo animaba, lo mucho que su ánimo gozaba con ellas. Allí estaban todos, sentados alrededor de la mesa, donde brillaban tazones de plata antigua y vasos de cristal fabricados en diferentes puntos de Europa, á todo lo que daba más realce la nívea blancura de los manteles.

Pocos minutos después, reinaba entre los extranjeros y la familia Gulmar la más grata cordialidad. Sandy compartía con Duprez la tarea de echar piropos á Brita, quien cediendo á los deseos del anciano se sentaba entre ellos, pues la consideraban en la casa, más que como á una simple sirvienta, como persona de la familia, por haberse hecho digna del cariño y la confianza de Telma, en atención á las dotes que la adorna-

ban. El murmullo de las voces crecía en la estancia, perdiéndose por la abierta ventana, desde donde podía admirarse un pedazo de cielo de vivo color rojo, como un lago distante en ignición. Se hallaban los comensales en el pleno goce de los placeres íntimos de la amistad y acababa el anciano de lanzar una alegre carcajada, cuando se oyó una voz fuerte y desapacible, que gritaba:

—¡Olaf Gulmar!

De repente, todos se quedaron callados, mirándose unos á otros. La voz repitió de nuevo:

—¡Olaf Gulmar!

—¿Quién es? exclamó el hacendado con sequedad, volviéndose en redondo.

—Yo soy, dijo la misma voz, á tiempo que aparecía en la puerta una mujer alta, vestida de negro, con el pelo gris algo caído sobre la frente, mientras sus negros ojos centelleaban al contemplar á los allí reunidos.

Brita, al verla, lanzó un grito gutural, ocultando el rostro, como impulsada por el terror, en el pecho de Duprez.

—¿Á qué venís aquí, Lovisa? ¿Cómo os habéis atrevido á llegar hasta esta casa, donde sabéis que no va á ser cordial la bienvenida que os espera?

—Lo presumo, contestó la recién llegada, mirando desdeñosamente á los extranjeros, que no apartaban la vista de ella; me hubierais recibido mal á cualquier hora; pero más en este momento de jolgorio, cuando os entregáis á la gula y el vino os turba el cerebro. Á pe-

sar de todo, me atreví á traspasar el umbral de vuestra casa, para haceros una vez más mi justa petición. Devolvedme á mi nieta, único apoyo de mi vejez; dejad que vuelva á mi seno la que, á no ser por vuestra maléfica influencia, no estaría alejada de mi hogar. Una vez en mi poder, detendré la tempestad que os amenaza; evitaré que se desate contra vos la ira del Señor; haré que se disipen las nubes destructoras que se ciernen sobre vuestra cabeza ¡Sí! ¡Todo por el pasado! ¡Todo por el pasado!

—¡Por los dioses de mis padres, prorrumpió Gulmar lleno de coraje, mi paciencia no puede llegar á tanto! ¿No os he dicho ya mil veces, alma mezquina, que vuestra nieta no es mi esclava? ¿que vuestra nieta es libre, tan libre de volver con vos como de quedarse en esta casa, donde ha encontrado un hogar más grato que vuestra miserable cabaña? ¡Brita! Levanta la cabeza y habla: ahí está esa persona de tu familia ¿quieres marcharte con ella? ni Telma ni yo nos opondremos á tu voluntad, cualquiera que sea.

Brita se irguió con movimiento tan brusco, que Duprez, libre de repente, de la dulce presión con que lo oprimía la cabeza de la muchacha, se sobresaltó, y más aún al notar la indignación que resplandecía en su rostro.

—¡Ir con vos! gritó con aire amenazador, dirigiéndose á la mujer, que la escuchaba impávida; ¿creéis que he olvidado cómo tratasteis á mi madre y los tormentos y el hambre que me hicisteis pasar? ¿Cómo

tuvisteis valor para presentaros en esta casa? Me avergüenza vuestra presencia: ¿después de haber sido la causa de la muerte de mi pobre madre, queréis hacerme también vuestra víctima? Antes de irme con vos, primero me moriré.

Luego, sobreexcitada y fuera de sí, rompió en sollozos, en tanto que Duprez, moviendo la cabeza en señal de aprobación, murmuraba en voz baja:

—*Bravo, ma petite! C'est bien fait! C'est joliment bien dit!*

Lovisa seguía inmóvil y clavando la vista en Gulmar, dijo:

—¿Es ésa vuestra respuesta?

—¡Por la espada de Odín! exclamó el hacendado; ¡esa mujer debe estar loca! ¡Mi respuesta! ¿Pues no acaba de hablar la muchacha por su propia voluntad? ¿Estáis sorda ó tenéis trastornado el juicio?

—Oigo muy bien, contestó Lovisa y mi razón se halla tan cabal como la vuestra. Pero por más que oí á Brita, sé que no es ella la que habló, sino el demonio por su boca, puesto que lleva dentro de sí un espíritu infernal y hay que sacárselo del cuerpo; lo que espero lograr con la ayuda de Dios.

Al pronunciar estas frases dirigió una mirada de ira á Telma, á la que la joven contestó con una sonrisa compasiva, diciendo:

—¿Podéis decirme por qué ese empeño en aparecer siempre en actitud hostil y provocativa? Dejad á Brita de una vez en paz y de este modo cuando os halléis en

otro mundo mejor, conservará al menos un cariñoso recuerdo de vos.

Ante la idea de la muerte, se dibujó en el rostro de la mujer un gesto repulsivo, prorrumpiendo con voz ronca:

—¿Cuando me halle en el otro mundo? ¿Sabéis por ventura cual de los tres va á morir primero?

Y luego añadió, respirando fatigosamente, con profundo tono misterioso, como si fuese el eco de un conjuro:

—Levantaos, Telma Gulmar; dejad que os examine de cerca . . . cara á cara.

Sir Felipe murmuró algo en voz baja, en son de protesta, é iba el hacendado á impedir la acción de su hija, cuando ésta, poniéndose en pie tranquila y serena, se adelantó sonriente.

—Como gustéis, dijo, con tal de apaciguaros.

Mientras contemplaba á la vieja gravemente, reflejándose en su faz una sombra de piedad hacia ella, parecía Telma un ángel hermoso de níveas alas, que acabase de descender de las gradas de un altar.

—Hija de Satán, repuso Lovisa con creciente furor; criatura por cuyas venas corre el fuego del infierno, caiga sobre ti mi maldición. Que la belleza de tu cuerpo, aparezca repulsiva á la vista de los hombres: que el que llegue á darte el abrazo de esposo encuentre en ti el camino del infortunio: que el amor te haga traición y encuentres desierta la cámara nupcial: que tus hijos crezcan raquíticos y enclenques y que preceda á

tu muerte la agonía más horrible. ¡Dios sea testigo de mis palabras y se encargue de darles cumplimiento!

Y levantando los brazos con gesto salvaje, desapareció de la estancia, dejando á todos estupefactos. Apenas repuestos de su asombro, Olaf Gulmar hizo momentáneo ademán de ir á correr en busca de la vieja, mientras Bruce y sus amigos se mostraban indignados por lo ocurrido.

Telma seguía en el mismo sitio, pálido el rostro. Al acercársele *Sir* Felipe, le tendió la mano en actitud amistosa y suplicante.

—Diga V., repuso; ¿cree V. que merezco ser tratada de ese modo?

El joven barón, tomándola entre las suyas, le estrechó la mano con calor, á tiempo que el padre le abría los brazos, para cubrirle la frente de besos.

—No te amedrente una lengua de víbora, pajarillo mío; el veneno de esa arpía y otras como ella, ha de deslizarse por la límpida superficie de tu alma como la gota de agua por el ala de un cisne. Alégrate, niña mía y deja que vea sin tardar una feliz sonrisa en tus labios. Tu religión te enseña que la Madre de Dios, rodeada de ángeles, vela por los corazones puros, y no ha de permitir que la torpe envidia ó la vileza de una mujer nublen la serenidad de tu dicha. ¡No, no! añadía el hacendado esforzando la voz para cubrir la emoción que velaba su garganta, enturbiándole los ojos; eres la alegría de mi hogar y es preciso que un rayo de luz de tu mirada nos devuelva á todos la calma perdida:

acabemos el día en medio de la paz más completa y que Brita enjuge también sus lágrimas, puesto que su abuela tiene el sentido trastornado, y con llanto no ha de lograrse que lo tenga cabal y completo.

—¡Malvada! decía Brita, sollozando; nunca la perdonaré.

Y corriendo hacia Telma para cogerle la mano, se la besó con respetuoso cariño, mientras añadía á media voz:

—¡Pensar que vino á llenarla de maldiciones! ¡Qué horrible bajeza! ¡De buena gana le hubiera dado una paliza!

La cómica gravedad con mezcla de profundo convencimiento, con que la joven lanzó la última exclamación, excitó la hilaridad de todos los allí reunidos.

—¡Chito! dijo Lorimer, tratando de formalizarse; una nieta no puede pegar á su abuela, por más que lo merezca.

—Esa *abuelita* debe ser la *pétroleuse* de Noruega, exclamó Duprez; con una *carmagnole* hubiera hecho una admirable comparsa.

Sandy, que no había desplegado aún los labios, dijo por fin:

—Esa vieja me recuerda á una tía que tenía en Glasgow, con cara de buho y voz cavernosa, que se pasaba el día arrellenada en su butaca leyendo la Biblia. Decía siempre que se iría derechita al cielo por especial invitación del Señor y que sus parientes correrían en vano detrás de ella, puesto que estaban destinados á

asarse en las parrillas de Lucifer. Aquella vieja no se quedaba atrás en la tarea de maldecir á todo el mundo y lo que es á mí me lo demostró echando pestes contra mi persona, mientras estuve en Inglaterra. Pero no creo que por eso sea yo tan malo y al mismo tiempo, estoy muy lejos de figurarme que ella sea una santa.

—No obstante, vean Vds., murmuró Olaf Gulmar, Lovisa era la moza más alegre y campechana que se conocía; aun recuerdo cuando ella y yo éramos muchachos. Por aquella época me encontraba siempre en el mar, nunca más feliz que cuando bogaba de una á otra playa, pues creo que heredé el espíritu aventurero de mis padres; cuanto más tiempo pasaba sin ver tierra, más dichoso me sentía. Lovisa se encontraba siempre en la playa con las demás de su edad para verme partir, y al volver, por muy larga que hubiese sido mi ausencia, podía estar seguro de hallarla en el abra, espiando mi bajel. Más de una vez le eché flores, como lo hacía con todas, pues Lovisa en su juventud, era bella, pero al casarse se agrió su carácter, perdiendo su rostro todo el encanto á fuerza de verse maltratada por el marido, hombre díscolo y ruin como no lo hubo en toda la Noruega; por eso, al tener noticia del naufragio del bote de pesca donde iba él, en las islas Lofoden, aseguraría que no derramó una sola lágrima. Su hija, la madre de Brita, murió cuando ésta tenía cuatro años, víctima del mal trato que Lovisa le daba, según se dice.

Brita, levantando los ojos, movió la cabeza enérgicamente, en señal de pesar y asentimiento.

—Luego, continuó Gulmar, la última vez que mi iija volvió de Francia, Brita se fijó en ella y le entraron rivos deseos de ser la sirvienta de Telma y ahí la tienen Vds. ansiando continuamente que su abuela la deje en ɔaz en esta casa; pero la pérfida se figura que mi niña a tiene bajo su dominio, merced á un arte de brujería. Algo de verdad hay en ello, añadió riéndose el hacenlado, pero no del modo que se lo figura esa vieja.

—Todas las mujeres tienen algo de hechiceras, dijo Duprez; y Brita es una de ellas.

Las mejillas de la moza se cubrieron de carmín y se ɔuso á atusarse el pelo con tan coquetona altanería, que ıizo las delicias del francés, quien olvidó de pronto los ·ecientes sinsabores que le ocasionara Sigur, al contemɔlar la adorable figura que tan cerca de él estaba.

—¡Si no fuese por esas manos tan coloradas, se lijo, *Dieu*, que encantadora criatura! Valdría la pena le matar á la abuela para abrazar á la nieta.

Y la contemplaba con cierta emoción mientras servía ı la mesa, atendiendo á todos y en particular á Telma, ɔor la cual demostraba un respeto y una solicitud, digıos de sus tiernos sentimientos.

La conversación se hizo animada, sin que otro incilente turbase la alegría y el buen humor que bien pronto ·einó de nuevo entre todos. Tan sólo *Sir* Felipe apare:ía abstraído, contestando casi siempre las preguntas ıue se le dirigían, de un modo vago, como si no las :omprendiese. Es que sus ideas andaban descarriadas ɔor los espacios invisibles, al darse cuenta de que por

fin comprendía el significado de las fantasías de los poetas y de los arpegios musicales inspirados por una mujer, como si en aquel momento acabase de penetrar en el insondable arcano de un secreto que hubiese llenado hasta entonces su existencia. Sentía como si su cuerpo se hallase dotado de nuevas sensaciones, cada una de las cuales vibraba al contacto del más ligero estímulo, y por sus venas corría la sangre con un hervor que era incapaz de dominar, cada vez que la voz de Telma hería sus oídos ó impresionaba su retina la blancura del traje de la muchacha. ¿Para qué intentar engañarse ya más á sí mismo, cuando era claro y evidente que la amaba? ¡La amaba, sí! Por fin durante su vida había estallado en su corazón la terrible y al par hermosa tempestad del amor; ya no podía escapar al influjo de aquella desbordante pasión, que le inundaba el alma y le cegaba los ojos.

El sonido de las alegres voces que se esparcía en torno suyo, no era para él más que confuso rumor; tan concentrado se hallaba en sus risueños pensamientos. Miró á Telma, la criatura ideal é inocente á quien su imaginación acababa de levantar un trono desde donde había de regir el futuro de su existencia y ¡qué tranquila y serena aparecía oyendo una larga relación de su amigo Sandy, mientras de vez en cuando iluminaba su rostro una sonrisa! La miraba *Sir* Felipe con cierto raro temor. Puesto que su destino estaba en manos de Telma ¿qué sería de él si ella no lo amase? Esta idea relampagueó en su cerebro con tan amarga violencia,

que sin darse cuenta de lo que hacía, se levantó bruscamente, sin reparar que al hacerlo, llamaría la atención de sus compañeros.

—¿Qué es eso, Felipe, nos vamos ya? dijo Lorimer.

—Por lo visto están Vds. cansados, añadió Gulmar; larga ha sido la excursión de hoy y no muy agradable, sobre todo para el amigo Duprez; pero otro día tomaremos el desquite.

—Á fe mía, repuso Bruce con aire confuso, que no sé por qué me he levantado; me hallaba pensativo y . . .

—Dormía y no se atreve á confesarlo, interrumpió Lorimer; de todos modos se le dispensa, puesto que es hora de retirarnos: ¿podemos confiar en que mañana irán Vds. al yate á vernos?

—Sin falta, contestó Telma; haremos una excursión por Soroe, sitio fantástico y grandioso, de donde se cuentan leyendas de hadas que se dice viven en sus despeñaderos.

Se dirigieron todos á la puerta de la casa, y mientras el padre se despedía de los demás, Telma dijo á *Sir* Felipe, mirándolo con tierna solicitud:

—Parece que está V. cansado; ¿se encuentra V. mal?

Él le tomó la mano y estrechándosela con calor, le contestó en voz muy baja:

—¿Se interesaría V. por mí, si yo sufriese?

Antes de que ella pudiera contestar, se volvió al anciano para decirle, inclinándose ceremoniosamente:

—Mañana, pues, los esperamos en el yate, *Míster* Gulmar. Buenas noches.

—Buenas noches, contestaron á coro padre é hija.

Telma permaneció al lado del anciano, viendo marchar á los extranjeros y cuando el ruido de sus pisadas se hubo desvanecido, acercándose más hacia él, reclinó la cabeza contra su pecho.

—¿Tienes frío, pajarillo de mi alma? Estás temblando, á pesar de que el sol calienta; ¿qué te pasa?

—Nada, padre mío, contestó levantando los ojos, con el brillo de dos estrellas; decidme: ¿pensáis mucho en mi madre?

—¿Si pienso en ella? repuso Gulmar dibujándose en su faz una sombra de tristeza; ¡su imagen nunca se aparta de mi memoria! la veo en mi mente día y noche y siento alrededor de mi cuello el calor de sus brazos. Pero ¿á qué viene tal pregunta, hija mía? ¿es posible acaso olvidar lo que se amó una vez con toda el alma?

Telma permaneció silenciosa unos instantes, y luego besó á su padre, dándole las buenas noches. Él la miró con vaga ansiedad.

—¿Te sientes bien, niña? preguntóle; tu mano quema y tus pupilas brillan de modo que nadie diría que es hora de acostarte. ¿De veras nada te duele?

—De veras, padre, repuso con una extraña sonrisa; me encuentro bien . . . y feliz.

—Prométeme que no te acordarás más de Lovisa.

—Ya casi me olvidé de ella. ¡Desdichada! Me maldice porque se ve sola y triste y despreciada de todo el mundo. ¡Qué tristeza! Pero tal vez sus palabras

van á convertirse en bendiciones, como sucede con frecuencia. Que tenga V. muy buenas noches.

Telma subió los dos peldaños de madera que daban acceso á su cuarto, blanco y resplandeciente como el interior de una concha, y se arrodilló junto á la ventana, con los brazos cruzados en el antepecho de la misma, mirando el abra á lo lejos: la bandera inglesa flotaba en los mástiles del "Eulalia" y casi podía oir el golpe seco de los remos del bote que conducía á los extranjeros al yate. De súbito, sintió acudir las lágrimas á sus ojos y sollozando, se cubrió la faz con ambas manos.

—¿Si me interesaría su sufrimiento? murmuró; ¡oh, amor mío, amor mío!

Y como temerosa de que el aire pudiese repetir aquella exclamación, cerró la ventana á toda prisa, mientras rosado color inundaba sus frescas mejillas.

Desnudándose con presteza, se metió en la cama y cerrando los ojos, se imaginó que iba á dormirse; pero en realidad, formóse en su mente un castillo de ilusiones, en el cual las brillantes esperanzas ocupaban el más alto torreón, si bien ofuscaba la risueña perspectiva una vaga sombra que se afanaba en vano por disipar.

Y más tarde, cuando el sol de la dorada media noche envolvía á la casa del hacendado en suaves resplandores, una figura desolada se acurrucaba entre las matas que crecían al pie de la ventana, con la faz enjuta y descolorida, vuelta á los cielos. Era Sigur, que había regresado al hogar, arrepentido, triste, avergonzado y lleno de angustia el corazón.

CAPÍTULO XIII

Á la mañana siguiente, el calor era intenso, sin que un soplo de brisa rizase la superficie de las aguas del abra, y la brillantez de la atmósfera se hacía pesada y deprimente. La temperatura era impropia de aquella parte de Noruega y según el piloto Valdemar, presagiaba cambio de tiempo.

Á bordo del "Eulalia" todo estaba dispuesto para la excursión á Soroe. Sandy, en el salón, escribía sus impresiones de viaje, que anotaba en un cuaderno, con rigurosa exactitud, mientras Duprez, que á causa de sus heridas estaba recostado en una poltrona, se recreaba en la lectura de la política francesa militante. Bruce y Lorimer se paseaban por la cubierta del yate, conversando cogidos del brazo, sin dejar de dirigir la vista hacia el punto de donde tenía que regresar el bote enviado para traer á Telma y á su padre. Bruce manifestaba hallarse intranquilo y molesto; Lorimer, por el contrario, mostrábase reposado y persuasivo.

—Esa es la verdad, Felipe, decía; por más que me riñas y te enojes, has de saber que *Míster* Estévenson persigue á la muchacha é insisto en asegurar que tienes un rival, no en mí, como creías, sino en la sagrada y obesa personalidad de nuestro amigo.

—¿Rival? ¡psé! repuso Bruce con una amarga sonrisa; no es digno de que me ocupe de él.

—Tienes razón; pero abrigo el presentimiento de que el ministro es de los que no dan su brazo á torcer y atormentará á esa pobre muchacha hasta apurarle la paciencia á menos que . . .

—Tú dirás; acaba.

—Á menos que te encargues de arreglar el asunto. Ya que la amas, ¿por qué no se lo dices de una vez?

—¡Ay, amigo! exclamó en voz baja el joven barón, inclinándose hacia él confidencialmente, mientras su rostro adquiría un tinte de gravedad; no me comprendes bien: hasta ahora había creído que era un valiente, pero me convenzo de que soy un cobarde. ¡No me atrevo á decírselo, Lorimer! Veo en Telma á una mujer distinta de las demás y aunque te figures que estoy loco, repito que temo hablarle ¿sabes por qué? porque si llegase á rechazarme; si yo supiera que no había esperanza para mí, en este caso . . . no te figures que pretendo ahora hacer alardes de sentimentalismo; pero te aseguro que el vivir me importaría muy poco.

Lorimer lo estuvo escuchando en silencio: silencio que representaba en parte la profunda simpatía que su amigo le inspiraba y en parte el esfuerzo que se veía obligado á hacer para dominarse.

—Pero ¿por qué tanto pesimismo? dijo al fin; supónte que te ama.

—Es lo mismo que suponer que un ángel baja de los cielos, repuso *Sir* Felipe, sonriendo tristemente; ¿quién soy yo para abrigar tales pretensiones? Si fuese Telma una de tantas mujeres vulgares para quienes el casarse no representa más que el principio y el fin de la existencia, santo y bueno; pero ella no es así; tiene ideas de niño y de poeta; ¿por qué he de atreverme á desvanecerlas con mi pasión egoísta? Mi pasión egoísta, sí; pues el amor, en el estado á que ha llegado el mío, no es sino un exceso de egoísmo. ¿Cómo he de atreverme á turbar la amistosa armonía que reina entre ambos, declarándome á ella sin saber de qué manera acogerá mi declaración?

Lorimer fijó la vista en su amigo y contestó con sorna:

—Felipe, eres menos listo de lo que creía. Sigue mi consejo y sin perder tiempo haz feliz para siempre *á la hija del rey de Noruega,* como dice el cantar, puesto que eres el único á quien corresponde tal privilegio. Me sorprende que Sigur el lunático haya demostrado en este caso más penetración que tú: ha visto ya de qué lado sopla el viento y por eso se desespera: piensa y con razón, que va á perder la bella rosa de las praderas del norte, como la llama, y que tú eres quien va á llevársela; de ahí nace la antipatía que demuestra por ti. ¡Amigo mío! exclamó Lorimer encendiendo un cigarro con prosopopeya; me parece que á medida que voy teniendo años se avivan más y más mis potencias, mientras que tú, por el contrario, según voy notando . . .

—¿Qué es lo que notas? preguntó *Sir* Felipe, con la mayor avidez.

—Que se acerca un bote con tu princesa y que te quedas como si tal cosa, en lugar de adelantarte á recibirla.

Duprez se había puesto ya en pie, agitando con entusiasmo el periódico que estaba leyendo, para saludar á los visitantes. Bruce, con movimiento espontáneo, se asomó á la borda, palpitante el corazón al impulso de un nuevo sentimiento amoroso. Si las observaciones de Lorimer tenían el menor fundamento de certeza; si Telma lo amaba, por poco que fuese ¿por qué no arriesgarse á la ventura? Después de un corto rato de reflexión, resolvió hablar á la muchacha aquel día, apenas tuviese una oportunidad para ello.

Ese sentimiento de valor y ternura al mismo tiempo, se hizo en el joven barón más pujante, cuando la muchacha, al pisar la cubierta, abandonó su mano en la de él para saludarlo, pues de una mirada vió Bruce que había cambiado un tanto el color de su rostro: seguramente algún extraño sueño alteró su ánimo ó tal vez las palabras que con precipitación deslizó en sus oídos en el pórtico de su casa la tarde antes, sobrecogieron ó agitaron el espíritu de la bella. Telma no levantaba ya los ojos azules hacia él, con expresión de absoluto candor; la voz le temblaba y había perdido algo el completo dominio de sí misma, que nunca la abandonó; pero estaba más adorable que nunca, al mostrarse tímida y encogida, ya que el amor acababa de prenderla

entre sus redes, iluminándole el rostro y sus sentidos, de modo que á semejanza de la " Magdalena " de Keats

. . . parecía
un ángel del Edén, aunque sin alas.

Tan pronto como los Gulmar estuvieron á bordo, el " Eulalia," después de levar anclas entre exclamaciones de regocijo de los marineros, se deslizó por las aguas dejando una estela de blanca espuma al penetrar entre las pintorescas islas de aquella parte de Noruega, con admiración de los habitantes que las poblaban, que se detenían en sus faenas agrícolas para contemplar el paso del soberbio bajel, soñando en las riquezas del afortunado lord inglés que podía permitirse el lujo de vivir en medio del placer y del regalo.

Telma estaba sentada junto á Duprez, complacida en extremo con la conversación del joven.

—¿Se encuentra V. mejor, *Monsieur* Duprez? preguntóle; Sigur vino anoche y está sumamente cabizbajo y compungido por haberle hecho á V. daño.

—No importa, contestó alegremente; más vale que haya sido yo la víctima, ya que en otro caso tal vez hubiera puesto la puntería en *Sir* Felipe y entonces ¡qué dirían las señoritas de Londres si *le beau* regresase con un solo ojo! *¡Mon Dieu! ¡quel desespoir!*

Telma lo miró. El joven barón estaba en pie á cierta distancia, hablando y riendo con Olaf Gulmar y con Lorimer. Era el bello ideal del tipo inglés en el apogeo de la juventud y el bienestar.

—Supongo que será el preferido entre las hermosas mujeres de la alta sociedad, observó dulcemente.

—*Mais certainement*, contestó él con franqueza; Felipe es el preferido á dondequiera que vaya, tanto entre los hombres, como entre las mujeres; lo aprecio mucho, porque es muy bueno y muy simpático. Además, *chère Mademoiselle*, el joven barón es rico y como hay tantas muchachas lindas y pobres, es natural que lo encuentren agradable . . . *¿voyez vous?*

—No comprendo, repuso ella frunciendo el entrecejo; ¿por qué no han de quererlo, tanto sin dinero como con él? ¿no sería acaso siempre el mismo?

—Tal vez para V. sí, contestó el francés sonriendo; mas para la mayoría de las personas, la diferencia es muy grande. *Chère Mademoiselle*, es una gran cosa tener el bolsillo bien repleto, créame V.

Telma se encogió de hombros.

—Quizá, dijo con indiferencia; las monjas de Arlés aseguraban que la pobreza es una virtud y que el ser muy rico es lo mismo que ser muy infeliz; ellas eran pobres y sin embargo siempre estaban alegres y contentas.

—¡Las monjas! *¡ah, mon Dieu!* exclamó Duprez; no saben lo que es gozar de la vida y hablan de lo que no pueden comprender: ¿cómo quiere V. que sepan lo que es ser feliz y ser infeliz, cuando las puertas del convento se hacen infranqueables para el amor?; debería V. haber vivido algunos años ha, puesto que el mundo de hoy no se aviene con su modo de pensar: va

V. á sufrir mucho, se lo aseguro. Este no es sitio á propósito para sus ideas, *ma belle*.

Telma se rió, diciendo:

—Nadie es bueno en la tierra y todos hemos de procurar ser mucho mejores.

—¿De qué se trata? exclamó Lorimer, presentándose; ¿está V. dando una lección á Duprez?: hace V. muy bien, porque harto la necesita y por mi parte le aseguro que también yo la recibiría con mucho gusto, con tal de que V. me la diera.

—Antes de eso, sería preciso conocerlo á V. más á fondo, lo que es difícil, porque estoy segura de que oculta algo á la vista de los demás; exactamente lo mismo que mi padre, cuando tiene los ojos humedecidos por el llanto y se esfuerza en sonreirse, pero no puede, porque las lágrimas le hacen traición: así es V.

—¿Habráse visto? . . . Jamás pensé que llegaría á ser un enigma: ¿podría V. descifrarme, *Miss* Gulmar?

—Sí, contestó con aire meditabundo; pero por ahora me contentaré con decirle lo siguiente: que V. no es lo que parece.

Lorimer se sonrojó sin contestar, y en aquel momento se acercaron *Sir* Felipe del brazo del hacendado y Sandy, que venía del salón, donde estuvo leyendo los periódicos durante mucho tiempo. Entre saludos y apretones de manos, la conversación tomó distinto vuelo, mientras Telma, en el curso de la misma, procuraba

evitar la mirada penetrante de *Sir* Felipe, que se clavaba en ella con amorosa insistencia.

Lorimer esquivaba también esas miradas, como si fuesen para él causa de mortificación, en tanto que se decía:

—Confío en que hoy sin falta se le declarará: aborrezco esa situación de incertidumbre y de duda. Me hallaré mucho más tranquilo cuando sepa de una vez que nadie puede quitársela.

Entretanto el yate se deslizaba por la superficie de las aguas de la costa de Seiland. El sol ofuscaba la vista á pesar de que cubría el espacio una ligera neblina, como si los cielos mostrasen la pupila velada por una nube de llanto. No soplaba la menor ráfaga de brisa; la bandera se agitaba en lo alto del mástil de vez en cuando, al compás del movimiento de la embarcación, y Telma, que sentía con exceso el calor, se había quitado el abrigo, dejando que el sol entretejiese su dorada red con la espléndida y luciente mata de su pelo rubio.

Se presentaba ante los excursionistas el soberbio panorama del ventisquero de Jedke, sombrío en ciertos parajes y en otros blanco, con la blancura de las nieves perpetuas que lo cubrían, semejando, al elevar su cima al cielo, majestuoso monumento á la memoria de algún Víking.

Á petición de la muchacha, Bruce sacó el álbum de apuntes al lápiz, de Noruega, tomados por él mismo, algunos trazados con verdadera maestría, que excitaron el entusiasmo de Gulmar.

—Eso es lo que admiré toda mi vida, dijo; esa habilidad en trasladar al papel ó al lienzo las obras de la Naturaleza. ¡Cuán digno de respeto es el ser humano, al comprender que el hombre es hombre y no un ente irracional! Quien, con cierto número de frases, compondrá una canción ó un poema; otro, con unas cuantas pinceladas, despertará la admiración de todo un pueblo. ¡Eso es lo que llamamos genio y el genio es una especie de milagro! por más que creo que la vena artística se debe en gran parte á las influencias del clima: calor, color y luz bajo un cielo brillante enardecen el espíritu y avivan el poder creador.

—Señor mío, exclamó Lorimer; Inglaterra no posee esas ventajas climatológicas y no obstante Shakespeare fué inglés.

—Debió haber viajado, repuso Gulmar con firmeza; nadie me hará creer que jamás visitó á Italia, pues sus escenas italianas lo prueban sobradamente. El conjunto de las obras del poeta, llenas de provechosas enseñanzas y en las cuales se describen tipos de diferentes naciones, demuestran, al menos en mi concepto, que cada obra fué motivo de estudio para él. Á mí mismo, que soy un rudo y simple propietario, la experiencia me ha enseñado muchas cosas, con sólo recorrer cada año un pedazo de las costas de mi tierra. Así es como me divertía siendo joven, mientras que ahora, que soy viejo y prefiero la poltrona al timón, con lo que vi tengo lo suficiente para pasar un buen rato, recorriendo la larga escala de mis recuerdos.

—¿Y qué me dice V. de Escocia? preguntó Sandy.

—Nunca estuve en aquel país y por lo que oí decir, se parece á Noruega. Después que uno ha permanecido largo tiempo entre estas montañas y aludes, atrae mucho más una tierra fértil y bañada por el sol, como Francia ó los extensos llanos de Lombardía.

Pronto se encontraron los excursionistas junto á la costa de Seiland, que á la sazón ofrecía más encantos que nunca. Vieron al frente una inmensa cueva abierta en las rocas, teñidas de color violeta con irisaciones bronceadas que á la luz del sol brillaban como preciosa pedrería, reflejándose en el fondo de las aguas del mar. Por orden de *Sir* Felipe, el yate acortó la marcha, siguiendo sin ruido alguno, mientras todos silenciosos escuchaban el acompasado caer de las gotas de agua en las cavidades de las peñas que guarnecían la orilla, contribuyendo á la solemnidad de la escena, el tibio calor de la atmósfera y la quietud del ambiente. Todos se levantaron de sus asientos para apoyarse en la borda, á fin de contemplar el paisaje; pero nadie desplegó los labios, hasta que Telma dijo con voz queda:

—En una de esas islas se descubrió la tumba de un gran caudillo, en la que se veía una inscripción incitando al pueblo á respetarla, pero sin hacer caso del aviso, la abrieron. Sentado en una silla de piedra estaba un esqueleto con una corona de oro en el cráneo, el cetro en una mano y á los pies un estuche también de piedra, partido en dos, lleno de joyas y monedas. Se llevaron

unas y otras, enterraron al esqueleto y ahora, á media noche, salen fantasmas buscando entre las rocas el tesoro perdido y aun se dice que lanzan gritos de rabia y desesperación. Los que robaron las joyas y las monedas, murieron repentinamente.

—Y ahora, puesto que han muerto, dijo Lorimer, supongo que los espíritus no aparecerán ya más.

—Sí, señor, aparecen todavía, repuso Gulmar muy serio; si pasa algún marinero á media noche, y los ve ú oye sus gritos, se condena.

—Pero . . . ¿en realidad los ve ó los oye? preguntó *Sir* Felipe, sonriendo.

—Verá V. . . . no puedo decírselo exactamente, contestó el viejo hacendado, meneando la cabeza; no soy supersticioso, mas sentiría hablar en contra de los inocentes. Podrían existir y no es mi intención ofenderlos.

—Y ¿qué son los inocentes? preguntó Sandy.

—Se supone que son las almas de los que mueren sin arrepentirse y están condenadas á vagar por la espesura de los bosques, hasta el día del Juicio final; es una especie de purgatorio, contestó Telma.

Duprez hizo sonar los dedos, con aire enfático.

—¡Bah! dijo; ¡qué ideas existen aún, á pesar de los principios de libertad, igualdad y fraternidad! ¿acaso cree V. en paparruchas, *Mademoiselle?*

—En nuestra religión tenemos también una especie de purgatorio, interrumpió Gulmar. Creemos en que hay dos lugares para los malos: uno, *Nifleheim*, que

viene á ser el purgatorio de los católicos y otro, *Nastrond*, ó sea el infierno de los cristianos. ¿Conocen Vds. la descripción de Nifleheim? *Hela*, esto es, la muerte, gobierna los Nueve Mundos de Nifleheim: su mansión se llama "Pesar"; "Hambre" es la mesa y el único sirviente, "Tardanza." La puerta de la morada es un precipicio; el pórtico es "Desmayo"; la cama, "Flaqueza"; el "Grito" y el "Juramento" las tiendas de campaña. Su modo de mirar es penetrante y horrible y sus labios están teñidos de azul, como rebosando veneno.

—*Mais certes*, dijo Sandy; voy á contárselo á mi tía de Glasgow: ese Nifleheim es á propósito para ella y en cuanto se entere, va á mandar billetes de viaje á todos sus parientes, sólo valederos para la ida.

—Paréceme, observó *Sir* Felipe, que los Nueve Mundos de Nifleheim guardan cierta semejanza con los diferentes círculos del purgatorio del Dante. Todas las religiones tienen algo de común y por más que confieso mi tibieza en esas materias, lo cierto es que no puedo concebir un pájaro sin canto, una flor sin perfume y una mujer sin religión; porque me parece que no es mujer.

—Pero ¿se conoce alguna de mi sexo, que no tenga religión? preguntó la muchacha, sorprendida.

—Claro que sí. Las hay librepensadoras, politicastras, petroleras y de cuantas ideas pueda V. imaginarse, dijo Lorimer; debe V. sentirse satisfecha de no estar enterada de esas cosas, *Miss* Gulmar. Y dinos, Felipe,

¿cuánto tiempo va el yate á seguir tan despacio por este camino?

Bruce llamó al piloto y en pocos minutos el "Eulalia" emprendió su marcha regular en dirección á Soroe: la isla, de aspecto sombrío, vista á distancia, iba creciendo en atractivos á medida que los excursionistas se acercaban. De vez en cuando, un reflejo de sol iluminaba un recodo de verdura ó la pelada calva de un monte y el piloto Valdemar aseguraba que en caso de desembarcar, verían una gruta de sorprendente belleza, cuajada de estalactitas.

—Nunca oí hablar de tal gruta, dijo Gulmar, fijando la viva mirada en el piloto; ¿conocéis todos los rincones de Noruega, buen hombre?

Con sorpresa de *Sir* Felipe, Valdemar pareció confuso, mudándosele el color del rostro: además, al contestar al hacendado en lengua noruega, quitóse la gorra con respeto: el anciano, demostrando satisfacción, sonrióse complaciente y luego volviéndose á *Sir* Felipe, le dijo:

—Perdóneme V., caballero, por haber hablado en un idioma desconocido para V.; pero no quise en manera alguna ofenderlo. Ese hombre participa de mis creencias religiosas, mas se negó siempre á confesarlo, temeroso de que no se le admitiera para trabajar en ninguna parte, lo cual no deja de tener su fundamento, puesto que la mayoría son mal vistos por su fanatismo. El piloto está comprometido conmigo en virtud de un juramento que en épocas pasadas lo hubiera convertido

en siervo mío; pero que hoy no tiene valor alguno, con una sola excepción.

—¿Y esa excepción? repuso *Sir* Felipe, con cierto interés.

—Consiste en que siempre y cuando exija de él un servicio, no deberá rehusármelo; ¿es curioso, verdad? al menos seguramente encuentra V. extraño el caso. Las juramentos en Noruega se prestan en medio de grandes solemnidades y obligan hasta un punto inconcebible: sin embargo, no he exigido todavía obediencia al piloto ni lo intentaré por ahora. Es honrado y leal, aunque bastante supersticioso.

En aquel momento, un coro de carcajadas se escapó á bordo, del alegre grupo del cual Telma era el centro y Gulmar se detuvo con la sonrisa en los labios.

—¡Cómo inunda el alma de gozo esa ráfaga de juventud! exclamó.

—La voz de Telma es dulce como la música, repuso *Sir* Felipe, con espontáneo entusiasmo y donde ella se encuentra, reina la felicidad.

Al notar el calor con que pronunció las anteriores frases, el joven barón sintió coloreársele el semblante y por más que el hacendado lo miró con fijeza, ninguno de los dos dijo una palabra. Cogidos del brazo, llegaron hasta donde estaban los demás, rodeando á la muchacha, sin que á Gulmar abandonase cierta expresión de tierna melancolía, al dirigir de vez en cuando una mirada á su hija.

Unas dos horas después de la comida, el "Eulalia"

estaba á punto de llegar á la isla de Soroe, cautivando á los excursionistas el esplendor y grandeza de la escena. Las peñas parecían haberse abierto con violencia para dar entrada al mar, elevándose hasta una altura de más de dos mil pies, luciendo á sus plantas una faja de arena como polvillo de plata y á la izquierda estaba la gruta á que se refirió el piloto Valdemar.

Como quiera que decidiesen visitarla, anclaron el yate y se dirigieron en bote á la isla, remando *Sir* Felipe y sus amigos. La isla se hallaba tan desierta, que no parecía sino que hasta las aves marinas rehusaban anidar en aquel desolado paraje.

Á la entrada de la gruta, Gulmar levantó la cabeza.

—¡Tendremos tempestad! dijo; esas nubes que vimos por la mañana, van á alcanzarnos.

En efecto: el firmamento se había obscurecido y rizadas ondas agitaban la superficie del mar. Por consejo del piloto, Bruce y sus amigos se habían provisto de una antorcha de pino á fin de alumbrar la gruta y así que penetraron en ella, les pareció hallarse en un palacio encantado en miniatura, con las paredes adornadas de brillantes. Largas estalactitas pendían del techo á distancias casi iguales, luciendo tonos rosados, verdes y violeta, mientras que en el centro de la cueva un charco de agua reflejaba formas fantásticas que oscilaban dondequiera. En un ángulo las estalactitas habían llegado á adoptar la forma de un sillón, visto lo cual por Duprez, exclamó:

—*Voilá!* El trono de una reina; venga V. *Mademoiselle* Gulmar y siéntese.

—Pero si no soy reina. Un trono es también para un rey: ¿querrá *Sir* Felipe sentarse aquí?

—¡Bravo! exclamó Lorimer con entusiasmo; que retumben los ecos con el grito de ¡viva el rey!

Bruce se acercó á Telma y tomándole la mano, dijo dulcemente:

—Venga y déjeme ceñirle la corona, reina Telma.

La llama de la antorcha iluminaba el rostro del doncel, donde el amor había escrito algo que la joven leía muy bien, temblorosa, con los ojos llenos de turbación. *Sir* Felipe se acercó más á la muchacha, para repetirle la frase: "¡Venga reina Telma!" é inconscientemente ella se dejó conducir al asiento de estalactitas. Una vez allí, hizo un esfuerzo para retener el acelerado latir de su corazón y dedicar una sonrisa al grupo que la rodeaba, entre manifestaciones de alegría.

—Está V. arrogante, dijo Sandy, y podría servir de modelo para un cuadro ¿verdad, Bruce?

Sir Felipe la miró sin decir nada, pues la encontró tan adorable, que no halló palabras con que manifestar su admiración. Duprez comprendió por vez primera lo que era el respeto que se debe á una mujer buena y bella y se abstuvo de dirigir á Telma floreo alguno, que en aquellas circunstancias estimó resultaría extemporáneo, y Lorimer, por su parte, luchaba por alejar perversas ideas, que en su opinión representaban infidelidad en contra de su amigo.

La voz de Olaf Gulmar los hizo volver á la realidad.

—Hija mía, exclamó; si eres reina, dicta órdenes para que nos marchemos: éste es un lugar demasiado húmedo y tu trono necesita sitio más á propósito.

—¡Cabal! dijo Lorimer; vamos, Sandy; *allons, marchons*, Duprez; y tú, Felipe, cuida de atender á la reina.

Y obligando á marchar por delante á sus dos amigos, siguió al hacendado, dejando detrás á Bruce con Telma, la que, al ver alejarse á los demás, saltó del asiento de estalactitas, con presteza. *Sir* Felipe había puesto á un lado la antorcha, á fin de ayudarla á bajar, con ambas manos; pero su turbación al verse casi sola con él fué tanta, que con la prisa sentó mal el pie, estando á punto de dar con su cuerpo en tierra. Al momento se encontró en los brazos de *Sir* Felipe, estrechándola fuertemente contra su corazón.

—Telma, Telma, le dijo al oído; te quiero, vida mía, te quiero.

Telma temblaba, tratando de deshacerse; pero él la estrechó más fuerte aún, tal vez sin saber lo que hacía, sintiendo que aquel abrazo encerraba la vida, la felicidad, el mundo entero; se había eclipsado en su mente toda idea y no existía para el amante más que amor, amor y amor latiendo en cada fibra de su ser. Al mirar en frente, vió á sus amigos dirigirse con lentitud á la entrada de la gruta; una vez allí volverían la cabeza y . . .

—Presto, Telma, dijo *Sir* Felipe, dejando sentir

el aliento en sus mejillas; amor mío, bien de mi alma; si no estás enojada conmigo, bésame, é interpretaré de este modo lo que quieres decirme.

Telma vaciló, levantando tímidamente la cabeza, mientras su rostro palidecía y se aceleraban los latidos de su corazón. El joven la miró, mudo de ternura y vió los ojos de la bella acercarse á los suyos, hasta que sintió en sus labios un ligero contacto, dulce y blando como la hoja de una rosa, haciéndole olvidar cuanto lo rodeaba. Como el hijo de Príamo, el Paris descrito por Homero, se imaginaba hallarse envuelto en una nube dorada, sin saber á punto fijo si se encontraba en la tierra ó en el cielo.

—¿Me quieres, Telma? murmuró en un arranque; no puedo creerlo, luz de mi vida: contesta de una vez ¿me amas?

Ella lo miró: una ráfaga de dicha pasó por su faz y sus pupilas brillaron con la muda elocuencia de la pasión que se despierta.

—¿Si te amo? contestó con voz tan baja y dulce que semejaba el suspiro de un hada; ¡ah, sí! ¡más que á mi vida!

CAPÍTULO XIV

—¡Hola! gritó Gulmar volviendo la cabeza hacia el fondo de la gruta, en donde empezaban á distinguirse las figuras de su hija y del joven barón; ¿por qué han tardado Vds. tanto? creíamos que venían detrás de nosotros. Y ¿dónde está la antorcha?

—Se apagó, dijo *Sir* Felipe prontamente, ayudando á Telma con aire grave y ceremonioso, á cruzar por entre unas piedras desiguales y puntiagudas; no sabíamos encontrar el camino.

—Podían Vds. haber llamado y hubiéramos corrido para alumbrarlos, repuso Sandy.

—No importa, dijo Telma con una encantadora sonrisa; *Sir* Felipe no se hubiera perdido y además, no estaba tampoco tan obscuro.

Lorimer miró á la joven y leyó claramente lo que la felicidad acababa de escribir en su rostro; pero al notar que el hacendado se fijaba asimismo en ella, con aire receloso, tomó el partido de mudar de conversación.

—Soy del parecer de renunciar por hoy á otras exploraciones en esta isla, dijo; miren el cielo, qué negro está: hace poco se oyeron algunos truenos.

—¿Se oyeron truenos? exclamó *Sir* Felipe, sorprendido.

—Nosotros al menos los oímos, repuso Lorimer, sonriente; lo mejor que podemos hacer es volvernos al yate.

—Conforme, contestó Bruce adelantándose alegre y decidor, á preparar en el bote un asiento cómodo para Telma.

—Algo le pasa hoy á nuestro amigo, dijo Duprez, en voz baja; parece hallarse muy satisfecho.

—Y algo le sucede también á *Míster* Gulmar, añadió Sandy; se ha puesto muy serio, de repente.

En efecto: el rostro del anciano demostraba tristeza ó severidad y una vez en la lancha, se sentó detrás de su hija, con aspecto sombrío, sin desplegar los labios.

Durante la visita de los excursionistas á la gruta, el mar se había encrespado; espesas nubes cubrían el firmamento y por más que algún rayo de sol lograse atravesarlas por distintos puntos, de vez en cuando, la obscuridad iba creciendo, en especial por la parte del norte, donde empezaba la tormenta en forma de dos negras alas adheridas á una masa informe y parduzca.

Al llegar al yate, iluminó el firmamento el plateado resplandor de un relámpago y empezaron á caer gruesas gotas de lluvia. Todos se dirigieron precipitadamente al salón y pronto el "Eulalia" emprendió entre nubes de espuma coronando las olas agitadas, el camino del

abra de Alten. El estampido de los truenos, como salvas de artillería, acompañaba á los excursionistas, y Telma, al oirlos, se estremeció.

—¿Está V. nerviosa, *Mademoiselle?* preguntó Duprez al notarlo.

—¿Nerviosa? ¡no! contestó con viveza; estar nerviosa en este caso, sería tener miedo y á mí no me espanta la tempestad, pero me disgusta; es tétrica y horrible y hubiera preferido que el día de hoy fuese radiante y alegre.

Telma se detuvo, sintiendo humedecérsele los ojos, de ternura.

—Entonces debe ser V. hoy muy feliz, dijo Lorimer en voz baja.

—No creo haberlo sido nunca tanto, contestó, mientras cubría sus mejillas vivo color.

Y añadió de repente, viendo abierto el piano:

—¿Quieren Vds. que cante ó están Vds. tal vez cansados y preferirán descansar?

—Música es descanso, dijo Lorimer casi abstraído, y su voz, *Miss* Gulmar, apaciguaría el ánimo más inquieto y agitado.

Telma lo miró, sorprendida por el tono melancólico con que el joven acababa de pronunciar las anteriores palabras.

—Está V. muy cansado, *Míster* Lorimer: voy á cantar uno de los cantos noruegos con que hacen dormir á los niños, para ver si así se duerme V. también, porque sin entender la letra . . .

—Y eso ¿qué importa? contestó Lorimer, sonriendo: las muchachas de Londres cantan en alemán, en italiano y en francés y nadie sabe lo que dicen; ni ellas mismas lo saben, pero es la moda y á todo el mundo les gusta oirlas.

Mientras Telma entonaba una melancólica y tierna melodía, Bruce, contestando á una seña del viejo Gulmar, salió del salón detrás de él y una vez fuera, le dijo el hacendado con voz trémula:

—Desearía hablar á solas con V. á ser posible, *Sir* Felipe.

—Con mucho gusto: en la cubierta nadie nos estorbará, repuso adelantándose, mientras Gulmar le seguía en silencio.

Llovía copiosamente y las olas rompían con estruendo contra el casco del yate: el trueno repercutía por el espacio y no obstante hacia el sur empezaba á clarear, luciendo á lo lejos la dorada luz del sol oculto, en la inquieta superficie de los mares.

Gulmar miró en derredor, lanzando un hondo suspiro de satisfacción y después de contemplar durante unos segundos el espacio, se descubrió la cabeza, dejándola expuesta á los embates del viento y la lluvia.

—¡Eso es vida! eso es la sangre y el corazón del hombre, exclamó con la mirada centelleante de júbilo: luchar con la tempestad, y con la furia del océano, jugar con los elementos desencadenados, como si fueran niños ó animales inofensivos; ese es el goce que se reserva al hombre de ánimo esforzado y valeroso: goce, añadió

lentamente, que á muy pocos hoy en día les es dable alcanzar.

Bruce sonrió gravemente.

—Tal vez tenga V. razón, dijo; pero quizá al mismo tiempo olvida V. que la vida, desde una centuria á esta parte, se ha hecho casi insoportable. Acaso el mundo vaya envejeciendo; acaso el defecto se halla en nosotros mismos; pero es lo cierto que nadie es feliz á menos que . . .

Sir Felipe se detuvo al oir la voz de Telma entonando una canción francesa, y dando media vuelta para disimular la emoción que aquella voz le producía, abrió la puerta de un saloncito, mitad camarote, mitad fumador, invitando al hacendado á entrar.

—Pase V. adelante, le dijo; la habitación no es muy espaciosa, pero sí á propósito para una conversación de carácter confidencial.

Gulmar, una vez dentro, no se sentó y Bruce, después de cerrar la puerta, permaneció asimismo en pie. Tras breve silencio, durante el que el hacendado parecía luchar con los efectos de una extraña emoción, dijo resueltamente:

—V. es joven y aunque yo tenga muchos años más que V. no es mi intención herir su susceptibilidad en lo más mínimo: lo conozco ya lo bastante y lo respeto, lo cual no puedo decir de muchas otras personas. Siento un peso en el corazón, del que quiero descargarme. V. y mi hija se han encontrado juntos durante muchos días y tendría que ser ciego ó insensato para no ob-

servar la simpatía que V. ha despertado en ella: y por si me hubiese engañado, ciertas frases pronunciadas por el pobre Sigur esta mañana al irme á pedir perdón por su loco capricho de ayer, me hubieran convencido . . .

—¿Cree V. que yo amo á su hija, no es eso? dijo *Sir* Felipe, con tono reposado; pues no se engaña V., *Míster* Gulmar: la amo con toda mi alma, y le pido desde ahora que me permita tomarla por esposa.

La faz del viejo hacendado cambió de súbito. Cubriéronsele las mejillas de intensa palidez y extendió débilmente una mano, como si buscase algún apoyo: Bruce la tomó entre las suyas, estrechándosela con efusión.

—Déjeme coordinar las ideas, dijo el anciano, dejándose caer en un asiento; mi ánimo se halla perturbado y confuso; tanta ha sido mi sorpresa.

Bajando la cabeza quedóse en actitud meditativa, hasta que lentamente alzó los ojos, para decir á *Sir* Felipe, con una débil sonrisa:

—No haya V. caso de este pobre viejo: ha sido un golpe imprevisto, pues nunca me hubiera imaginado que las cosas pudiesen llegar tan lejos. Dispénseme V. por mi franqueza: conozco cuan propenso es á inflamarse un corazón juvenil ante la presencia de un rostro agraciado, pues lo propio pude decir de mí, cuando me encontraba en la edad de V. Pero Telma es diferente de la mayor parte de las mujeres, dado su carácter y su manera de pensar; aunque me consta que tiene gran corazón y buena memoria y una vez que

aprenda lo que es amar, jamás olvidará la lección. Mas, sin que V. deba ofenderse, creí que á semejanza de la mayoría de los jóvenes que se hallan en las mismas condiciones de V., intentaría enamorar á Telma, sólo por mero pasatiempo.

—De modo que me tomó V. por conquistador de oficio, repuso *Sir* Felipe, sin considerarse herido en su amor propio.

—¡Ah, no! dijo el hacendado, riéndose; pero á los jóvenes les gusta divertirse con las muchachas, de vez en cuando.

—Permítame V. que proteste, interrumpió Bruce; debo defender á los míos: no niego que pretendamos divertirnos con las que demuestran deseos de coquetear con los hombres; pero jamás intentamos tal cosa con aquellas que, á semejanza de Telma, saben hacerse acreedoras al respeto de todos.

Gulmar, levantándose, le estrechó la mano con entusiasmo.

—Por todos los dioses, V. es un caballero de veras, y le ruego una vez más, me perdone si le ofendí, siquiera con el pensamiento. Y ahora, vamos á tratar seriamente del asunto. Ante todo, no me sorprende lo súbito de su amor por mi hija, puesto que sé por experiencia propia, que el amor es chispa que prende en un instante.

El anciano se detuvo, esforzándose en dominar su voz, trémula de emoción y luego continuó:

—Creo, sin embargo, que se precipitó V. más de lo

regular. Por ejemplo: ¿ha pensado V. lo que dirán sus parientes y amigos si se casa con una muchacha que, aunque tiene sangre de reyes en las venas, se cuenta hoy por hoy entre una clase social muy inferior á la suya?

Sir Felipe se sonrió con altanería.

—Cierto, dijo; no pensé en cosa tan insignificante como el parecer de los demás; no cuento con parientes á quienes dar explicación de mis actos, ni tengo más amigos, en la verdadera acepción de la palabra, que Lorimer, pues si bien mis compañeros son muchos, nada me preocupa el que aprueben ó desaprueben mi conducta.

—¡Oh! dijo Gulmar con firmeza; ¡cuán desdichado me consideraría, si después de otorgar mi consentimiento para que mi hija se casase, llegara á saber que tarde ó temprano, su marido se arrepintió de haberla tomado por esposa!

—¿Arrepentirme? dijo *Sir* Felipe, visiblemente conmovido; temo que V. no me comprende, señor mío, puesto que por lo visto, viene á suponer que Telma es inferior á mí, cuando soy yo quien me considero bajo un nivel inferior al suyo: al fin y al cabo llevé siempre una vida inútil y egoísta, no pensando más que en divertirme y en mi propio bienestar. Desde ahora, sacrificaría gustoso mi existencia por la felicidad de Telma.

—Lo creo, lo creo, dijo Gulmar ¡que los dioses me impidan el oponerme á la dicha que les aguarda! Me estoy haciendo viejo, y muchas veces me daba pena el pensar qué sería de mi hija, cuando yo hubiese desa-

parecido de este mundo. Es hora ya de que lo sepa V. todo: ¿conoce V. la opinión que de mí tienen formada en Bosekop?

Bruce asintió sonriente, con un signo de cabeza.

—¿De veras? exclamó el viejo, un tanto sorprendido; entonces V. sabrá que dicen que maté á mi mujer . . . ¡á mi mujer! una criatura ante quien mi alma se extasiaba día y noche; cuya frente noble era el albor de mi existencia. Permítame que le hable de ella, *Sir* Felipe. Era la hija de mi más querido amigo, y algunos años más joven que yo: ese amigo, llamado Erik, capitán de un buque noruego que hacía la travesía entre estas costas y las de Francia, se enamoró de una belleza de ojos azules, que vivía en el abra de Sogne y acabó por casarse con ella. Fuéronse á Francia, y allí permaneció en adelante la esposa cuando el marido salía para sus largos viajes, pues se quedó prendada de aquellas tierras, aprendiendo entretanto á hablar francés, cuyo idioma llegó á dominar con tanta perfección como el suyo propio. Cuando estaba á punto de nacer el primer hijo, Erik se llevó á su mujer á Arlés, donde apremiado por los negocios, la dejó con intención de volver al cabo de pocos días; pero á su regreso la encontró tendida en el lecho de muerte, rodeada de cirios y flores . . . Erik al verla, se desplomó insensible sobre su cuerpo y nadie osó de pronto decirle que era padre de un recién nacido, hasta que el cabo de algunas horas le presentaron á una niña de ojos azules, y carnes blancas como las de su madre. Mi amigo, anonadado y confuso

bajo el peso del dolor, apenas se dió cuenta de la presencia de aquel angelito y una vez que se hubo serenado algo, tomándolo en brazos lo condujo al convento de Arlés, y lo entregó á las monjas, junto con cierta suma de dinero, diciéndoles que criasen y educasen á la criaturita, dándole el nombre de Telma. El pobre Erik fué en seguida á verme y me dijo: "Olaf, voy á hacer un largo viaje por mar, que presiento ha de ser el último, si no me engaño; prométome que cuidarás de mi niña y la guardarás de todo peligro." Se lo ofrecí, tratando de tranquilizarlo y de alejar negras ideas de su mente; pero el desgraciado acertó al prever su próximo fin, pues el buque en que iba, se hundió tras horrible tempestad, en el golfo de Vizcaya, pereciendo mi amigo y toda la tripulación, entre las olas. Continuando mis viajes á través de los mares, cada vez que desembarcaba en Francia me dirigía al convento de Arlés para ver á la hija de mi amigo, que se estuvo educando allí hasta la edad de diez y seis años y al cumplir los diez y siete, me casé con ella y la traje á este país.

—¿Y era la madre de Telma? preguntó *Sir* Felipe, grandemente interesado en la relación del viejo Gulmar.

—Sí, la madre de Telma; ¡más hermosa aún que mi hija! Se había educado casi á la francesa; pero como de niña vió que yo hablaba inglés y había en el convento una monja inglesa, aprendió ese idioma, sólo por amor á mí: sí, caballero, repitió con ternura; todo por mi amor, pues mi esposa me amaba tanto como yo á

ella, lo cual es decir mucho. Vivíamos una vida solitaria y feliz, sin contacto con los vecinos, y así pasaron tres años, hasta que nació mi hija. Desde entonces, la salud de mi mujer se resintió notablemente, por lo que se iba siempre á pasear al aire libre, con la niña en brazos, vagando horas enteras por las colinas de los alrededores. Un día, cuando Telma contaba apenas dos años y medio, como quiera que no volviesen á la hora acostumbrada, salí en su busca, temeroso de que se hubieran extraviado; pero, . . . ¡nunca lo olvidaré! añadió Gulmar, estremeciéndose; mi mujer estaba tendida sin conocimiento en el fondo de un precipicio, en el que había caído, mientras Telma, sentada en la punta de una roca, me decía sonriente que su madre había ido á dormir "allá abajo." . . . En resumen, dijo Olaf Gulmar, frotándose los ojos con el dorso de la mano, me llevé á mi adorada mujer como carga preciosa y en casa la tuve imposibilitada durante diez años ¡diez largos años! perdiendo de día en día el vigor del cuerpo, en tanto que aumentaba la hermosura de su rostro. Ya no se la vió más vagando por las colinas y de ese modo desapareció de la vista de todos. La verdad es que oculté su existencia como si fuese un secreto, pues no podía resignarme á que persona alguna notase los estragos que la enfermedad y el tiempo hacían en ella. Tuvo la dicha de vivir hasta ver á su hija ya bastante crecida y como en mi religión no se practica el sepelio del cadáver en tierra, encerré el cuerpo de mi esposa en un antiguo sepulcro, solamente conocido por mí y por otro

que me ayudó en tan triste ceremonia. Allí duerme para siempre; y ahora . . . ¿está V. satisfecho?: porque después de lo que le habrán dicho en Bosekop, no tendría nada de estraño que pusiese V. en duda mi recto modo de proceder.

—Su relato me ha interesado en gran manera, y puedo asegurarle que nunca tuve la menor sospecha de V.; desprecio la murmuración, puesto que generalmente se basa en la calumnia y siempre lleva consigo el escándalo. Por otra parte, para formarme un concepto de V., bastóme leer en su rostro.

—Entonces, repuso Gulmar con una sonrisa, nada me toca añadir, excepto, añadió alargándole ambas manos, que los dioses protejan esos amores. Ofrece V. á Telma mejor suerte que la que yo esperaba; pero no sé aún lo que ella dirá acerca de . . .

Sir Felipe lo interrumpió con viveza.

—Telma me ama, dijo sencillamente.

—¿Te ama? repuso tuteándolo ya; no has perdido el tiempo, buen mozo; y ¿cómo lo sabes?

—Porque ella me lo afirmó, por más que no me atrevo aún á creerlo.

—Si te lo dijo, puedes darlo por cierto; los labios de mi hija no se abrieron nunca más que para decir la verdad.

Bruce parecía hallarse entregado á las veleidades de un sueño feliz; levantándose de súbito, cogió á Gulmar por el brazo.

—Acompáñeme, dijo; vamos á reunirnos con ella;

¿ve V.? la tempestad ha desaparecido; el sol brilla. *Míster* Gulmar, queda entendido que me entregará V. á su hija.

—¿Qué necesidad tengo de eso, cuando ella misma te hizo dueño de su corazón? Sois el uno para el otro y debo considerarme dichoso; dichoso, sí, puesto que el lamentar mi soledad fuera egoísmo; mas ¡ay! el quedarme solo es lo único que me causa pena.

—Nuestra casa será la suya: ¿por qué no dejar este país y venirse con nosotros?

Gulmar meneó la cabeza con aire de protesta.

—¿Abandonar á Noruega? dijo; ¿alejarme para siempre de la tierra de mis padres y volver la espalda á esas montañas, aludes y bahías? Jamás, querido; eres muy bueno y generoso para conmigo y te doy las gracias por ello, en el fondo de mi alma; pero lo que me propones es imposible. Me sentiría en tu país como un águila enjaulada, batiendo mis alas contra los hierros del convencionalismo inglés. Por otra parte, los pájaros jóvenes deben construir el nido lejos de la presencia de los viejos.

Así que *Sir* Felipe abrió la puerta del saloncito donde se hallaban, la faz del viejo hacendado se iluminó de gozo al hallarse frente á frente á las altísimas colinas donde se reflejaban los rayos del sol en todo su esplendor, como desafiando gloriosamente el poder de la tempestad que se alejaba en forma de nubes, rodando unas sobre otras, hacia el norte, como ejércitos vencidos, en precipitada fuga.

—¿Podría yo acostumbrarme á la atmósfera gris de Inglaterra, después de haber presenciado este paisaje? exclamó extendiendo el brazo en dirección al horizonte; ¡no, no! ¡de ninguna manera!; cuando me sorprenda la muerte, que no tardará en llamarme, quiero que me encuentre con el rostro vuelto á las montañas, sin nada entre el cielo y yo más que sus benditas cimas. Y ahora, vamos á ver á Telma: antes de reunirnos aquí otra vez, será mejor esperar que el sol haya secado el agua de la cubierta.

Los dos bajaron al salón, en donde los demás compañeros enseñaban á Telma el juego del ajedrez. Al verlos entrar la muchacha, los miró con una sonrisa, cubriéndosele las mejillas de rosado color.

—Este es un juego admirable, padre, dijo; pero soy tan tonta que no lo sé aprender.

—Nada más fácil, repuso Duprez; fíjese V. en esta jugada, que V. ha comprendido perfectamente, según veo: la reina es dueña de la situación, y puede hacer lo que le da la gana.

—¿Por qué? preguntó algo turbada al ver que el joven barón se iba á sentar á su lado con aire suelto y decidido, como si se creyese con algún derecho para hacerlo.

—Porque . . . *enfin*, la razón es sencilla; como la reina es una mujer, todo debe someterse á su voluntad.

—Pues ¿y el rey?

—*¡Ah, le pauvre roi!* el rey puede muy poco . . . casi nada; sólo puede avanzar un cuadro cada vez y

eso con mucho trabajo: es la verdadera imagen de Luis XVI.

—Entonces, repuso la muchacha con viveza, el objeto del juego es proteger un rey que no lo merece.

—¡Bravo! exclamó Duprez; *Mademoiselle* es contraria á la monarquía.

—No lo sé; jamás pensé en eso, pero creo que los reyes deben ser grandes hombres; mejores y más valerosos que sus súbditos.

—Indudablemente, dijo Lorimer; mas el caso es que rara vez lo son. Ahora, en cuanto á nuestra reina Victoria, ¡que viva mil años!

—La realeza, dijo Sandy, tiene sus deberes.

—Mira esa víctima de la nación, el príncipe de Gales,* repuso Bruce; no tiene un instante de reposo. Entre inaugurar museos, colocar primeras piedras, inspeccionar esto y visitar aquello, en vez de hacer cuanto se le antoje, está sometido al capricho del pueblo soberano: si sonríe á una mujer, en seguida dicen que está enamorado de ella y si llega á declarar con franqueza que la encuentra bonita, es sabido que habrá escándalo seguro. Lo compadezco de veras. El borrachín que solicita aumento de salario y disminución de trabajo, es más feliz que Alberto Eduardo, quien apenas puede darse cuenta de que existe; de tal manera está á merced de los demás.

Gulmar parecía pensativo.

* El príncipe de Gales, á la muerte de la reina Victoria de Inglaterra, subió al trono con el nombre de Eduardo VII.

—Muy poco sé acerca de reyes y príncipes, dijo, pero me parece que han perdido mucho de su poder: antiguamente ostentaban verdadera supremacía, pero ahora. . .

—Te diré, interrumpió Duprez con calor ¿quién es el que rige á los pueblos en nuestros días?; es la pluma . . . *Madame la Plume*, reina y emperatriz de las naciones. No hay manto real como la tinta ni corona como el papel y mientras *Madame la Plume* llene cuartillas y más cuartillas con su punta acerada, peligrarán cuantos tronos existan: *¡mon Dieu!* si poseyese el don de escribir, sería capaz de conquistar la tierra.

—Son muchos los escritores, amigo, observó Lorimer y sin embargo no hacen grandes progresos en el campo de las conquistas.

—Porque temen; porque carecen del valor de las propias opiniones; porque no se atreven á sostener la verdad.

—Á fe mía, creo que tienes razón, dijo Bruce; si hubiera un hombre con la suficiente energía para declarar la verdad y delatar la mentira, ése sí que tal vez se haría dueño del mundo ó por lo menos lograra imponerse.

—Pero ¿tan lleno está el mundo de engaños? preguntó Telma.

Lorimer la miró gravemente.

—Sí, *Miss* Gulmar; es una plaga que va en aumento.

Y luego, dirigiéndose al joven barón, añadió:

—Mira como brilla el sol; vamos ya á cubierta, para ver la entrada del yate en el abra de Alten.

Todos se levantaron, saliendo del salón excepto *Sir* Felipe, quien se entretuvo esperando una oportunidad para hablar un momento con Telma, sin que nadie lo notase y así que vió á los demás desaparecer por la puerta del salón, la llamó dulcemente:

—¡Telma!

Ella vaciló, volviendo la cabeza y al notarlo su padre, hizo un movimiento de aprobación, á tiempo de salir detrás de los jóvenes extranjeros. Con el corazón palpitante, la joven corrió al lado de *Sir* Felipe, murmurando á su oído, mientras él la estrechaba en sus brazos:

—¿Se lo dijiste ya?

—Sí, bien mío, repuso besándola; lo sabe todo. Sé feliz y dime otra vez que me amas, pues que no me lo has dicho todavía con calma.

—No puedo, luz de mi vida, no existe lenguaje apropiado para expresar los sentimientos de mi corazón: si pudiese decirte lo que siente mi pecho, lo creerías locura, puesto que hay dentro de mi ser algo tan extraño é incomprensible . . . ¡oh! murmuró con un ligero temblor; es terrible.

—¿Qué es terrible, dulce bien mío?

—El haberme quedado sin vida, contestó con voz trémula y apagada, puesto que todo mi aliento voló hacia ti; ¡cómo late mi corazón! y ¡qué bien oigo el tuyo al reclinar mi cabeza en tu pecho!

Él no contestó, pues la emoción le embargaba la voz al observar la sencillez con que su adorada respondía á sus demostraciones amorosas. Sin duda Telma era diferente por completo de cuantas mujeres había conocido hasta entonces, así como un ave del paraíso lo es del más vulgar gorrión: ¿era posible que fuese él el llamado á ser poseedor único de aquel blanco lirio de los jardines de Dios?

—¡Telma! dijo por fin ¡cuán adorable eres!

Y añadió, sacando del bolsillo un anillo de brillantes:

—Esta joya es un recuerdo de mi madre y desde su muerte la llevé siempre conmigo, habiendo prometido conservarla siempre á menos que . . .

Y al decir esto, tomando la mano de la joven, le colocó el anillo en uno de los dedos.

—Pero ahora . . . dijo Telma mirándolo sorprendida; no comprendo como . . .

—Me explicaré y así no te reirás de mí, como la primera vez que nos vimos: resolví no dar esta joya sino á la que eligiera por esposa; ¿me comprendes ahora?

Telma se sonrojó é inclinó la cabeza al cruzar su mirada con la de él, diciendo con timidez:

—Te agradezco en el alma este obsequio; una prueba de amor tan grande como esta me confunde y . . .

En aquel momento apareció Lorimer en la puerta del salón. Miró á Bruce y á Telma alternativamente y se sonrió, como se sonríe el bravo soldado á la vista del proyectil que le ha de atravesar el pecho. Avanzó

con paso lánguido y aire disciplicente y quitándose la gorra se inclinó con ceremoniosa gravedad.

—Permítame V. que sea el primero en presentar mis respetos á la futura *Lady* Bruce. ¡Querido Felipe, mi cordial enhorabuena!

CAPÍTULO XV

Cuando Olaf Gulmar y su hija se marcharon del yate aquella tarde, Bruce los acompañó, para tener la satisfacción de despedirse de su adorada en la misma puerta de la casa. Los tres marchaban silenciosos: el hacendado estaba pensativo; Telma, confusa y *Sir* Felipe se sentía demasiado feliz para que se le ocurriese entrar en conversación.

Á la entrada de la hacienda estaba Sigur, quien así que los vió echó á correr lanzando un grito: Gulmar se dió un golpe en la frente.

—Cada día está peor este pobre muchacho, dijo apesadumbrado, y no obstante, en medio de sus extravagancias, demuestra cierta penetración: ¿querrás creer, Telma, que mientras yo ni siquiera sospechaba tus amores, él, según parece, ya estaba al corriente de todo?

Era la primera vez que el padre hacía alusión al compromiso del futuro enlace que acababa de contraer su hija, y por eso ella inclinó la cabeza, llena de rubor.

—¿Por qué ocultas el rostro? dijo el anciano, alegremente.

Y luego, dirigiéndose á *Sir* Felipe, añadió:

—En nuestra religión se cuenta la historia de dos amantes que se juraron amor en una noche tempestuosa

de invierno. Se encontraban solos en una cabaña abandonada, rodeados de nieve por todas partes, y aconteció que después que se hubieron declarado su amor, se fundió la nieve en un instante y ¿qué diríais que apareció á la vista de los enamorados? el más hermoso paisaje que concebirse pueda. Las colinas estaban cubiertas de verdura; el cielo era azul y brillante, los pájaros cantaban y se oía en todas partes el rumor del agua, escurriéndose de las rocas coronadas de hielo. Esa fué la obra de la diosa Friga, que al primer beso de los dos amantes hizo que el invierno se extinguiese de súbito, para abrir paso á la primavera; ¡ah! es preciso que el corazón esté revestido de hielo, para no encenderse al contacto del amor . . . y el mío, aunque ya viejo, se siente rejuvenecer con la felicidad de mi hija.

El anciano, al decir esto, poniendo la mano en la espalda de Telma, la empujó suavemente hacia su prometido, mientras exclamaba:

—Anda con él, niña, anda acompañada de las bendiciones de tu anciano padre y que lleves impresas siempre en la mente las tres principales virtudes de toda esposa digna del nombre de su marido: sinceridad, humildad y obediencia. Buenas noches, hijo, repuso dirigiéndose á Bruce; como necesitarás más tiempo para despedirte de Telma, me voy y aquí os dejo en paz.

Y con un festivo saludo entró de la casa silbando un aire del país.

Los dos amantes permanecieron en el jardín, entregados á dulces confidencias de atractivo sin igual

para ambos, por ser las primeras que el amor les ofrecía y cuando después de haber trazado proyectos para el futuro él se retiró con el corazón henchido de gozo, cual otro Romeo, iba prometiéndose no preocuparse ya más en busca de la solución del problema que tantas veces había atormentado su mente, pues acababa de hallarla. Sí; *valía la pena de vivir* y de ansiar el goce de la vida; valía la pena de querer conservarla y ennoblecerla. La razón y la causa de todas las cosas aparecía entonces bien clara para él; el amor y sólo el amor sostenía, armonizaba, sublimaba el universo entero.

Tan pronto como el joven barón puso el pie en el yate, sus amigos corrieron á estrecharle las manos, con muestras de regocijo, felicitándolo cordialmente, á cuyas manifestaciones contestó él con la mayor sencillez, sin hacer gala de necia afectación ó vanidad ridícula, á semejanza de otros muchos que se encuentran en un caso análogo.

—El hecho es, dijo con llaneza, que yo soy el primero en darme el parabién. Soy más feliz de lo que merezco, lo sé.

—¡Qué impresión va á causar tu boda en Londres! repuso Lorimer.

—Sin duda alguna. Pero vamos en el acto á celebrar el acontecimiento con unas copas de Champagne: brindaremos todos y no faltará motivo para rematar alegremente la velada.

Bajaron al salón, en donde se divertieron hasta pasada la media noche, hora en que se retiraron á los

camarotes, sin dirigir una mirada siquiera al firmamento, más hermoso aquel día que nunca, desde que viajaban por aquellas costas.

Telma, sí, contemplaba al sol brillando en un cielo color de rosa, con el fulgor de un enorme rubí encendido; lo contemplaba desde el pórtico de su casa en compañía de su padre y de Sigur, sentado á los pies de la muchacha. Los tres se hallaban silenciosos, como admirando reverentemente el esplendor de los cielos, hasta que Gulmar se dirigió á ella con voz tierna.

—¿Eres feliz, pajarillo mío?

Telma se sonrió, tomando su rostro una expresión angélica.

—Completamente feliz, padre.

Al oirla, Sigur levantó la cabeza; se le llenaron los ojos de lágrimas y estrechó la mano de la bella entre las suyas, huesosas y pálidas.

—Señora mía, le dijo ¿creéis que voy á morir pronto?

Telma lo miró compasivamente, conmovida por el tono melancólico y vibrante de su voz.

—¿Si vas á morir? repuso Gulmar con cariño; cuando plazca á los dioses, amigo mío. ¿Estás ansioso por ver á Valhala?

Sigur dijo que sí con la cabeza, como soñando.

—Allí al menos me comprenderán, murmuró, y creceré erguido, robusto y valeroso: si llegamos á encontrarnos en Valhala ¿me amaréis acaso, señora?

—Te quiero ya, Sigur, le contestó la joven, tiernamente; pero tal vez en el cielo nos querremos más.

—Sí, sí, exclamó él, acariciándole con la suya el dorso de la mano; cuando todos hayamos muerto; cuando nuestros cuerpos se conviertan en flores, en pájaros, en mariposas, y nuestras almas floten como llamas blancas y rojas . . . ¡entonces únicamente nos amaremos unos á otros, para decirnos palabras dulces y expresivas!

Luego hizo una pausa y ahuecando la voz, añadió con tono melancólico:

—Señora, estáis matando al pobre Sigur.

Telma lo miró ansiosamente:

—¿Por qué lo dices? ¿Estás incomodado conmigo? ¿qué es lo que te pasa?

El enano, clavando en ella sus ojos con muda desesperación, meneó enérgicamente la cabeza.

—No puedo decirlo, murmuró; todos mis pensamientos se han precipitado uno por uno en el fondo del mar: ayer enterraron mi corazón y lo ví encerrado en el féretro. Á mi espíritu le falta algo; un algo que oscila ante mí como una lengua de fuego; pero que no me obedece ni descansa un instante; lo llamo, mas no acude y me canso ya, señora, me canso ya.

Un sordo gemido se escapó de la garganta de Sigur y ocultó su rostro entre los pliegues de la falda de Telma. Gulmar lo miró compasivamente.

—¡Pobre espíritu, como brillante arco iris hendido por la tempestad, que amenaza desvanecerse muy pron-

to! Ten paciencia con él, hija mía, que no será por largo tiempo.

—No; no por largo tiempo, gritó Sigur, irguiéndose cuanto pudo; señora ¿queréis ir mañana conmigo á coger flores? Antes salíamos juntos por el campo; pero ahora parece que os habéis olvidado ya de eso y sin vos no puedo encontrarlas, pues no abrirán sus pétalos, á menos que os vean: ¿iréis conmigo, hermosa señora?

Ella se sonrió complacida, al verlo algo más tranquilo.

—Está bien, Sigur, le dijo, iré contigo mañana temprano á coger todas las flores que puedas hallar; ¿serás feliz así?

—Lo seré, dijo besándole respetuosamente el extremo de la falda; pero por la última vez.

Luego se levantó en actitud atenta, como si hubiese oído que alguien lo llamase y con aire grave y preocupado se marchó de puntillas, cual lo hubiera hecho para no interrumpir la melodía de una invisible orquesta. Gulmar, suspirando, lo miró á medida que se alejaba.

—Demos gracias á los dioses, dijo, por conservarnos el entendimiento.

Y volviéndose á Telma le dió las buenas noches, colocando ambas manos en su dorada cabeza, como para bendecirla.

—Hija, repuso con voz trémula, en medio de la dicha que te espera, nunca olvides cuánto te ama tu padre.

. . . .

Eran las seis y media de la mañana siguiente, cuando Sigur fué á sentarse al pie de la ventana, que á los pocos minutos se abrió de par en par y asomó por el marco de rosas que la adornaban, la faz de Telma, fresca y sonriente.

—Bajo en seguida, Sigur, gritó gozosa; aguárdame un instante.

Telma desapareció, dejando la ventana abierta. Sigur la oyó canturriar una canción y á los pocos instantes de estarla oyendo, embebido en la dulzura de las notas que se escapaban de la garganta de la joven, reinó el silencio en la estancia. Sigur adivinó el motivo de este silencio: Telma estaba orando.

Instintivamente, el pobre lunático juntó las manos, y en actitud fervorosa levantó los ojos al cielo. La idea que tenía de Dios era indefinible; su concepto de la eternidad, una mezcolanza caótica de la tierra prometida, con Valhala: pero presentía que los ángeles debían hallarse precisamente en el lugar á donde las aspiraciones místicas de Telma se dirigieran.

En aquel instante, la joven salió de la casa, fresca y hermosa como la misma mañana, con la abundante cabellera suelta en rizos sobre las espaldas, sujeta sencillamente por un lazo, llevando una cesta de mimbres, de forma típica y caprichosa.

—Estoy pronta, Sigur, dijo con aire jovial, ¿á dónde vamos?

Él, de un salto, se puso á su lado, con aspecto sonriente y feliz.

—Hacia allá, dijo señalando en dirección á Bosekop, hay un torrente que corre entre los árboles; en el camino se encuentra un campo lleno de amapolas y en las márgenes fragantes violetas; pero no podemos coger muchas, no: ¿queréis ir, señora mía?

—Á donde quieras, muchacho, respondió Telma con dulzura, mirando compasivamente al infeliz, quien, como si fuese un niño indefenso, estaba pegado á su falda, con aire tímido; el campo está hoy espléndido.

Telma y Sigur se encaminaron silenciosos por entre un sendero exuberante de vegetación; el único tal vez bordeado de verdura en aquellas tierras infecundas. Multitud de flores crecían cerca de él, pero no se detuvieron á cogerlas, pues Sigur se hallaba ansioso por llegar al torrente, rodeado de violetas y purpúreos pensamientos: una vez allí vieron una cinta plateada de agua, serpenteando en brillantes ondulaciones bajo verdes túneles de yerba y helechos, chocando de vez en cuando contra un montón de guijarros ó puntiagudas rocas, mas deslizándose casi siempre blandamente con suave murmullo, como espíritu adormecido, entregado á blandos ensueños.

Allí crecían pensamientos de hojas purpúreas; tradicionales flores consoladoras del ánimo abatido, con los pétalos mirando al firmamento, como para reflejar la luz del sol en toda su brillantez.

Sigur se encontraba entre las flores, como rodeado de amigas, de compañeras y apenas llegó se puso á cogerlas con presteza, murmurando:

—Sí, debéis morir todas; pero la muerte no daña, no; lo que daña es la vida y no la muerte. Mirad. Tan luego como os arranco, os crecen nuevas alas y voláis . . . voláis á otras praderas, para brotar de nuevo.

Haciendo una pausa, se pintó en sus ojos la preocupación y la duda. Luego, volviéndose á Telma, que se había sentado en el suelo, le preguntó:

—Decidme, señora, ¿van las flores al cielo?

Sonrióse Telma y dijo:

—Así lo creo, Sigur, casi estoy segura de ello.

Sigur dejó escapar un ¡ah! prolongado, moviendo la cabeza con aire de satisfacción.

—Es verdad: ¿á qué vendría tenerlas que abandonar aquí en la tierra, si después nos harían falta y tendríamos que volver, para recogerlas?

En aquel momento, un rumor de ramas que se movían sorprendió al enano; miró despavorido á su alrededor y lanzó una exclamación acompañada de un grito:

—¡Son espías! ¡son espías, señora! gente que no se atreve á presentarse: idos al instante; hacedlos marchar, señora.

Telma, alarmada por las gesticulaciones del jorobado, se acercó á él y quedó sorprendida al encontrarse frente á frente de la vieja Lovisa y de Ulrica, la criada del reverendo Estévenson. En el rostro de ambas mujeres se pintaba una expresión indefinible, mezcla de temor, triunfo y maldad.

Lovisa fué la primera en romper el silencio.

—¡Por fin! prorrumpió con tono lento y profundo; por fin, Telma Gulmar, el Señor te ha puesto al alcance de mis manos.

Telma atrajo á Sigur y le rodeó el cuello con el brazo.

—¡Infeliz! repuso mirando el demacrado rostro de la vieja; debéis hallaros cansada de tanto andar por esos montes. Si sois su amiga, añadió dirigiéndose á Ulrica ¿por qué no la obligáis á estarse en casa, tranquila y reposada?

Ulrica fijó la sombría mirada en la muchacha, haciendo esfuerzos para dominar su furor.

—Es preciso que os marchéis de una vez, dijo por fin, con aire sereno; marchaos vos y vuestro padre con este pobre demente ¿lo comprendéis? Todo el mundo está cansado de vos; cansado de las malas cosechas, de las enfermedades y de la continuada pobreza. Vos sola sois la causa de nuestras miserias y por consiguiente hemos resuelto no contaros más entre nosotros: marchaos para que con vos desaparezcan todas las calamidades ó si no . . .

—Destruiremos, aniquilaremos, interrumpió Lovisa, la morada de Olaf Gulmar, que será pasto de las llamas, sin respetar ni una sola viga del techo; sin que quede en pie una sola columna de su vivienda.

—Basta, repuso Telma con viveza; ¿qué significa eso? ¿estáis locas las dos ó qué clase de sentimientos abriga vuestro pecho? ¿á qué vienen tales amenazas y qué hice yo para verme tratada de ese modo?

—Eres hija de la que tanto aborrecí, repuso Lovisa lentamente, clavando al mismo tiempo en Telma su mirada diabólica y penetrante; eres bruja y todo el pueblo lo sabe, como lo sabe *Míster* Estévenson, quien dice que ha de justificarnos á los ojos de Dios de todo el daño que podamos hacerte.

—Entonces todos los infortunios caerán sobre él, repuso la joven, altiva y serena; demostró su torpeza de sentimientos y la demuestra aún, alentándoos á la maldad; ¿cómo podéis creer en tal hombre?

—¡Es un santo! ¡es un santo! exclamó Lovisa fuera de sí; ¿puede concebirse que una hija de Satán pretenda rebajarlo de tal modo?

Telma la miró sonriente.

—¡Un santo! . . . repuso con amargura; ¡cuán poco lo conocéis! ¿á qué viene aborrecerme, cuando no os hice daño alguno y por el contrario, me complacería el practicar todo el bien que estuviera en mi mano? Decidme; ¿puedo hacer algo por vuestra felicidad en este momento?

—Tu muerte es lo único que anhelo, repuso Lovisa; ¿por qué me has robado á mi nieta Brita?

—Brita está en mi casa, porque se siente feliz conmigo, y no la retengo, según os consta de sobra: y en cuanto á incendiar la casa de mi padre, espero que no intentaréis tan loca acción; mas podéis hacerlo si es de vuestro agrado, ya que no es posible que abandonemos el abra de Alten, sólo por complaceros.

Ulrica, irguiéndose en actitud amenzadora, dió un

paso hacia adelante y luego dijo con fiereza, sacudiendo á Telma por el brazo:

—¿Que no os marcharéis?

Al ver aquella acción contra la persona de su querida dueña, Sigur no pudo contenerse y con súbito impulso se arrojó sobre la mujer, como si fuese un lobo herido luchando por conservar su presa; por más que Lovisa acudió en auxilio de su amiga y Telma lo llamó con insistencia, el enano no cesó de golpearla con los puños, hasta que la víctima pudo rechazarlo tras grandes esfuerzos.

—¡Es un demonio! ¡un demonio! gritó sollozando Ulrica, á tiempo que Sigur volvía al lado de Telma, riendo triunfalmente por el éxito de su hazaña; ¿lo ves, Lovisa? este es el resultado de tus consejos; ¡Señor, tened piedad! . . .

De repente, se detuvo: se dilataron sus pupilas: su rostro se cubrió de intensísima palidez y levantó el brazo con lentitud para señalar al enano, quien con el traje descompuesto y la chaqueta rota, mostraba en el pecho desnudo una larga cicatriz en forma de cruz.

—¿Esa señal? . . . murmuró como si fuese víctima de una alucinación.

Lovisa se puso á contemplarla irrisoriamente: Telma se hallaba tan sorprendida, que no acertó siquiera á contestar en el acto y Sigur se apresuró á responder con la mayor naturalidad:

—Es el sello de Odín; ¿qué tiene de extraño que os asustéis al verlo?: todos saben lo que significa esta

cicatriz; los pájaros, las flores, los árboles y las estrellas; pero vos . . . á vos os llena de miedo.

Y se rió otra vez, golpeándose el rostro con las palmas de las manos. La mujer se estremeció: paso á paso se fué acercando á Telma y le dijo con voz temblorosa, sin la menor señal de rencor:

—Creen todos que el diablo tiene ya comprada vuestra alma, para cuando llegue la hora de vuestra muerte; pero no sólo no os tengo miedo, sino que de hoy en adelante, rogaré siempre por vos si me decís . . .

Y después de una corta pausa continuó, como si hiciese un gran esfuerzo:

—Eso es . . . si me decís quien es Sigur.

—Sigur es un expósito, contestó la muchacha con sencillez; mi padre lo halló flotando en el abra en un cesto y lo salvó; era muy niño y tenía ya esa cicatriz en el pecho: desde entonces, siempre ha vivido con nosotros.

Ulrica dirigió al enano una mirada inquisitiva, y luego inclinó la cabeza en actitud de humildad ó de desesperación, prorrumpiendo al instante en un mar de llanto. Telma, impresionada, se dispuso á prestarle consuelo; pero la vieja Lovisa adelantándose, la rechazó con acritud.

—¡Fuera de aquí!; habéis empleado contra mi amiga vuestros maleficios: soy testigo de ello y no escaparéis á la venganza divina mientras yo viva para cumplir los mandatos de Dios. Fuera de aquí á sembrar

la desgracia en otras tierras; vivid en la duda y morid por fin en la miseria; marchaos y que os persiga todo mal.

Al decir esto, levantó el palo en que se apoyaba y lo agitó lentamente, describiendo un círculo en el aire, mientras Telma dejaba vagar por sus labios una sonrisa de desdén.

—Vamos, Sigur, repuso, volvámonos á casa, antes que mi padre extrañe nuestra tardanza.

—Sí, contestó el enano, recogiendo el cesto lleno de flores silvestres; el sol parece que va á ocultarse y no podemos vivir entre sombras: las mujeres que aquí veis no son mujeres en cuerpo y alma, no; son sueños y sueños espantosos: yo mismo he luchado muchas veces con sueños y sé la manera de ahuyentarlos. Ved como llora una de ellas, porque me conoce, mientras que la otra se encuentra ya en la tumba: sí; desde aquí estoy oyendo las paletadas de tierra con que cubren su cuerpo. Vamos, señora; sigamos la luz del sol.

Y cogiendo la mano que ella le tendía, se volvió una vez más para decir á las mujeres:

—¡Á Dios, sueños pavorosos!

Al verlos desaparecer detrás de los árboles, Lovisa se encaró furiosamente con su amiga, que sollozaba aún.

—¿Qué es esto? exclamó golpeando el suelo con el palo; ¿estáis loca ó acabáis de ser víctima de un hechizo?

Ulrica la miró, lleno el rostro de lágrimas.

—¡Señor, ten piedad de mí! ¡Que me perdones te pido! ¿Cómo podía yo saber? . . .

Al oirla, impacientóse Lovisa de tal modo, que cogiendo á su compañera por el brazo, la sacudió con fuerza.

—¿Querrás explicarme de una vez? . . . le dijo.

—Sigur es hijo mío, repuso con cierta solemne resignación.

Y de súbito, levantando las manos al cielo, exclamó:

—¡Mi hijo, mi hijo á quien creía haber dado muerte! ¡Alabado sea el Señor por no haberlo permitido!

Lovisa, estupefacta, parecía no dar crédito á tales palabras, hasta que le dijo:

—Pero ¿es eso verdad?

—Sí, gritó Ulrica, agitada y descompuesta; la verdad se descubre siempre en todo; es mi hijo á quien traté de asesinar; pero cuando vi la sangre en su pecho, no tuve valor para más: entonces lo arrojé al mar como sabéis y si hasta ahora guardasteis el secreto del crimen que intenté llevar á cabo, en adelante . . .

La vieja sólo contestó con una maligna sonrisa.

—Sé lo que queréis decir, continuó Ulrica; pero todo ha concluído ya entre las dos; no puedo ayudaros á cometer una mala acción contra Gulmar ó su hija, puesto que, cualesquiera que sean sus faltas, salvaron á mi hijo de una muerte inevitable.

—¿Tanto es de agradecer una acción como ésa? repuso Lovisa irónicamente; sea como fuere, os con-

sidero tan criminal como antes; ¿era acaso vuestra intención que el niño viviese? ¿no os hallabais por ventura satisfecha creyendo que moriría á consecuencia de la herida? Desde hoy veréis en vuestro hijo una prueba constante de vuestra culpabilidad, pues os ha de delatar la cicatriz que cruza su pecho: el hacendado referirá á los cuatro vientos cómo recogió á Sigur y todo Bosekop os tendrá por digna de la horca. ¡La virtuosa Ulrica! ¡la sierva humilde del Señor! ¿queréis libraros de mí? ¡jamás! Os juro á fe de mi nombre, que mientras tenga un átomo de vida, no he de cesar de perseguiros por todas partes.

CAPÍTULO XVI

Pronto corrió por toda la población la noticia de la próxima boda de Telma. La primera en propagarla fué Brita, que se hallaba radiante de júbilo al ver la felicidad de su joven ama. Al llegar la nueva á oídos del reverendo Estévenson, su cólera fué tal, que perdió el apetito por veinticuatro horas. Pero la creencia general entre los vecinos de Bosekop, tan dados á la superstición, era la de que el joven inglés había de maldecir toda su vida el día en que se comprometió á casarse con la blanca bruja del abra de Alten.

No hay para qué decir que el parecer de la gente no preocupaba poco ni mucho á los juzgados con tanta injusticia y fuera difícil encontrar un grupo más alegre que el que se juntaba una espléndida mañana al frente de la casa de Olaf Gulmar; grupo al parecer dispuesto para una excursión á las montañas: cada uno de los que lo componían, llevaba un largo y grueso bastón, una botella en estuche de mimbre colgada al cuello, una mochila y una manta sujetas á la espalda, presentando el aspecto más pintoresco, en especial Sigur, quien en pie á corta distancia de los demás, se apoyaba en su palo mirando á Telma con aire raro y abstraído.

Ella se hallaba en aquel momento ajustando más

cómodamente la mochila á su prometido, brillándole en la mirada el amor y la solicitud más tierna.

—Me dan tentaciones de quedarme, murmuró el joven barón en sus oídos; soy capaz de volver, para estarme contigo todo el día.

—¡Qué ocurrencia! no verías la catarata y ¿para qué? para estarte sentado viéndome hilar, hasta que el sueño te venciese.

—Pero ¿no vas á encontrarte muy sola?

—¿Sola yo? contestó riéndose: Brita se queda conmigo y aparte de esto, lo que es ahora nunca me siento sola porque ¡tengo tanto en que pensar! añadió mirándolo con dulce expresión; lo que quieres es que te eche de menos y te diga que estaré muy triste mientras no vuelvas; pero aunque sea así, no lo sabrás porque no te lo diré.

—Niña mía, exclamó Gulmar en aquel momento, cierra las puertas con cadenas y cerrojos mientras nos hallemos fuera; ten presente que pasarás sola la noche con Brita, pues no podemos volver hasta mañana por la tarde y ni siquiera estará aquí Sigur para protejerte.

—¡Ni siquiera Sigur! repitió el enano con aire abstraído.

—Uno de nosotros debería quedarse aquí, repuso Lorimer, mirando de reojo á Felipe.

—¡No, no! exclamó Telma ¿qué necesidad hay de ello? Brita y yo nos hemos quedado muchas veces solas y no tenemos por qué temer ¿verdad padre?

—En efecto, no conozco á nadie más que á Lovisa,

con valor suficiente para darte un buen susto; mas, siendo como eres una bruja muy linda, no estará de más que corras los cerrojos tan luego como salgamos y hecho esto, ya nada temeré por ti. Y ahora, tiempo es ya de partir. ¡Sigur, rompan filas!

—Aguardad, gritó el jorobado poniéndose de un salto al lado de Telma y tomándole la mano para besársela; tengo que despedirme.

Luego cogió una rosa y se la dió, diciendo:

—Esto os hará pensar en Sigur, señora; pensad en él sólo una vez en todo el día y una vez más cuando brille el sol de media noche. Á Dios, señora; esto es lo que dicen los muertos: á Dios.

Y con un gesto violento de despedida, corrió á colocarse á la cabeza del pequeño grupo que lo aguardaba, exclamando:

—Ahora seguidme; Sigur conoce el camino; Sigur es el amante de las cataratas. ¡Á la montaña! ¡Á las rompientes ensordecedoras!

Y empezó á canturriar como para sí una canción popular de la localidad.

Sandy miró al maníaco, con aire desconfiado.

—¿Está V. seguro, dijo á Gulmar, que este infeliz no va á guiarnos al fondo de una gruta inexplorable y á dejarnos luego allí, tomando la gruta por la catarata?

El hacendado soltó la carcajada, diciendo:

—No hay que temer; á pesar de sus extravagancias, Sigur es el mejor guía para andar por esos vericuetos;

conoce los caminos más seguros y por cierto que la catarata del Jedegorze no es muy fácil de hallar.

—*Pardon* ¿cómo se llama? preguntó Duprez.

—Jedegorze.

El extranjero se encogió de hombros, diciendo:

—Me rindo. *Mademoiselle* Gulmar, si algo me sucede en esa cascada de nombre tan enrevesado, ¿querrá V. volver á ser mi médico?

—Nada pasará, dijo ella, á menos que cojan Vds. un resfriado, durmiendo por la noche en una cabaña.

El grupo se puso en marcha con Sigur á la cabeza, quien empezó á andar con tal brío, que los demás no podían séguirlo sin algún esfuerzo, pues con frecuencia se internaba por veredas y senderos de camino fácil tan sólo para el que estuviese ya muy acostumbrado á cruzarlos.

Tan pronto como los excursionistas hubieron desaparecido, Telma entró en su cuarto y se sentó junto á la rueda de hilar. Brita fué á reunirse con ella y las dos jóvenes siguieron trabajando juntas, largo rato, en el más profundo silencio, interrumpido tan sólo por el acompasado movimiento de las ruedas y el blando arrullo de las tórtolas que revoloteaban por la ventana.

—Froken Telma, dijo Brita al fin tímidamente ¿por qué hila V. ahora? Pronto va á ser V. una gran dama y las señoras ricas no trabajan.

—¿Lo sabes bien, Brita? Creo que te equivocas: es imposible que pueda haber alguien que esté sin hacer nada. No sé todavía lo que harán las señoronas.

—Yo sí. Una muchacha fué á Cristianía para entrar de servicio en alguna casa; manejaba muy bien la aguja é hilaba primorosamente y una señora la tomó á sus órdenes, llevándosela á Londres. La señora le había comprado la rueda de hilar como una curiosidad, según dijo, y la puso á un extremo de un gran salón para enseñarla á sus amigas, que no cesaban de admirar un objeto para ellas tan raro; y Jansena, que así se llamaba la muchacha, no volvió á hilar más y como la ropa blanca que llevaba la compraba en las tiendas, Jansena tenía que estar siempre remendando y zurciendo.

—Entonces, después de todo, será mejor hilar.

—No lo sé; pero estoy segura de que las señoras ricas no hilan; porque como digo, el ama de Jansena era una gran señora y no hacía más que ponerse muy ricos vestidos, estar sentada en cómodas butacas ó pasear en carruaje: y eso es lo que hará V. también, Froken Telma.

—¡Ah, no, Brita, de ninguna manera! No nací yo para holgar y aunque me encuentre en la opulencia jamás querré estar ociosa.

—¿Querrá V. que la ayude? exclamó la joven con cariñoso y simpático impulso.

—¿Tú? repuso Telma, sorprendida.

La sirvienta se ruborizó y bajando la cabeza, llena de confusión, se puso á retorcer entre sus dedos las cintas del delantal.

—Sí, Froken, dijo con voz tímida; pedí á *Sir* Fe-

lipe que me dejase ir con Vds. cuando se marchasen de Noruega.

—¿De veras, Brita? ¡qué felicidad! y él ¿qué te contestó?

—Me contestó . . . que era una buena muchacha y que estaba muy contento al verme decidida á marchar con Vds., porque me prefería á mí antes que á otra; pero ha de saber V. que no me marcho para ganar salario, sino para vivir siquiera en un rinconcito de la misma casa de V. y coser para V. y oir su voz alguna vez, porque yo aquí sin Froken Telma, me moriría; ya se lo dije al hacendado.

Al llegar á este punto, la joven sintió humedecérsele los ojos y se cubrió la cara con el delantal. Las lágrimas corrieron en seguida asimismo por las mejillas de Telma, quien levantándose de su asiento fué á abrazar con ternura á la muchacha, diciéndole:

—¡Qué alegría acabas de darme! Nada podía haberme satisfecho más que esa buena noticia y en cuanto vea á Felipe, he de darle las gracias por haber querido satisfacer tus deseos; me parecerá que llevo conmigo un pedazo de mi hogar. Pero ¿cómo van á quedarse mi padre y Sigur?

—Este es asunto arreglado, dijo Brita, reponiéndose de su pasada emoción; *Míster* Gulmar emprenderá un largo viaje, acompañándolo Sigur; de este modo, si todos nos marchamos, los vecinos de Bosekop quedarán á sus anchas para murmurar de nosotros como se les antoje.

—Así te librarás también de toda clase de disgustos con tu abuela, repuso Telma jovialmente, sentándose de nuevo junto á la rueda de hilar.

Las dos empezaron entonces á hacer los más animados comentarios acerca del nuevo género de vida que les esperaba, ignorantes como se hallaban de las costumbres de la sociedad londonense. Brita no había salido nunca de su país y Telma, aparte de los detalles concernientes á la vida doméstica, á que estaba entregada, no conocía del mundo más que las severas prácticas de un convento, donde le inculcaron la idea de que deben despreciarse las pompas y vanidades terrenas, pues nada satisface tanto á Dios como la sencillez, acompañada de la pureza y rectitud de obrar. Así se fué formando su carácter, sobre una base de la moral más sólida y al ver la extraordinaria belleza de la joven, las hermanas del convento trataron á porfía de precaverla contra los peligros y tentaciones que pudieran rodearla en lo futuro, demostrándole que no debía enorgullecerse por su hermosura, pues lo bello es don abundante, que reparte el Creador por la Naturaleza entera; pero deleznable y perecedero al fin.

—Si una rosa pudiese tener la vanidad de enorgullecerse por sus bellos colores, le habían dicho en una ocasión; ¿de qué le serviría, cuando sus hojas se ponen mustias en poco tiempo, y se desprenden?; es sólo la fragancia ó sea el alma de la rosa lo que dura.

Esos principios, que en otro espíritu ligero y superficial no hubieran encontrado terreno á propósito para

desarrollarse, se fijaron indeleblemente en la imaginación de Telma, quien los aceptó con tanto convencimiento, que en verdad llegó á considerar su propia belleza un don, si bien preciado, tan accidental y transitorio como el de la salud. Le enseñaron asimismo en el convento, que las tres principales virtudes de la mujer son la castidad, la humildad y la obediencia; leyes de Dios, fijas é inmutables, que nadie puede contravenir sin grave pena de pecado.

Así pensaba Telma, y de acuerdo con esas ideas había vivido hasta entonces; ¡qué extraño mundo debía ser el que contemplaba delante de sí y en medio del cual estaba destinada á pasar el resto de su existencia! ¡un mundo de intrigas y locuras, de doblez y de engaños! ¿cómo podría ella afrontarlo? Según es de suponer, nada de esto se le ocurría á la joven, ocupada como se hallaba su mente en formar planes con Brita, para el futuro, bien distintos por cierto de la realidad de la vida, como era natural en una joven de su edad y condiciones.

Entretanto, mientras las dos muchachas departían tranquilamente junto á la rueda de hilar, los excursionistas, capitaneados por Sigur, se dirigían sin novedad alguna á la catarata del Jedegorze. Habían emprendido una penosa ascensión por la orilla del río de Alten; treparon por rocas puntiagudas y resbaladizas, deteniéndose á contemplar de vez en cuando la grandiosidad del paisaje, distrayendo las fatigas de la marcha con canciones y carcajadas en celebración de las ocu-

rrencias de Sigur, que aquel día le dió por contar chascarrillos y extrañas leyendas con tanta gracia, que no parecía sino haberse propuesto simpatizar con todos y en especial con *Sir* Felipe, contra quien es sabido manifestaba injustificado resentimiento; á cuya actitud respondía el joven barón, conversando alegremente con él.

El camino era largo y difícil de recorrer, á trechos peligroso; pero Sigur demostró que no en vano se confiaron á su experiencia, guiando á sus seguidores por los senderos más fáciles y seguros, hasta que al fin, á las siete de la tarde, llegó á sus oídos el mugir de las aguas precipitándose por las vertientes, á lo lejos.

El ruido fué en aumento á medida que avanzaban, hasta que ni siquiera podían oir el sonido de sus voces. No obstante, Sigur, que conocía palmo á palmo todas las sinuosidades del terreno, los guió al pie de una enorme roca situada junto á unos riscos y una vez allí, llevándose ambas manos á la boca, en forma de bocina, lanzó un grito agudo y prolongado, que resonó por las cavidades de las peñas cercanas. Sigur prorrumpió en carcajadas de triunfo.

—¿Lo veis? exclamó volviéndose á sus acompañantes; todos me conocen: cuando llamo están obligados á contestarme y no se atreverían á desobedecer.

—Claro que no, repuso el joven barón; ya veis como nosotros también os seguimos y hacemos exactamente lo que nos mandáis.

—Somos el rebaño, Sigur, añadió Lorimer y vos el pastor.

El maníaco los miró alternativamente, mitad dudando, mitad con astucia y se sonrió.

—Sí, dijo, lo creo; ¿me vais á seguir ahora hasta la misma cúspide de la catarata?

—¿Por qué no? contestó Bruce con tono jovial; á donde queráis, amigo mío.

Sigur, aparentando hallarse satisfecho con la respuesta, emprendió de nuevo la marcha, esta vez en silencio, pues la conversación se iba haciendo imposible, á causa del ruido ensordecedor de la catarata, invisible aún, pero estruendosa, como campo de batalla en lo más recio de la pelea. La ascensión era cada vez más difícil, pues las altas barreras de rocas parecían infranqueables y los excursionistas se veían obligados con frecuencia á trepar por confusas masas de piedras y troncos por entre las cuales se escurría el agua procedente de algún manantial; pero Sigur, siempre firme, saltaba risco tras risco con seguridad y presteza admirables, animando á los demás á seguirlo. Por último, al volver bruscamente de una roca altísima, percibieron una inmensa nube de blanca espuma elevándose de la tierra como hirviente vapor, que se retorcía trazando fantásticas espirales, lo mismo que si algún espíritu de gigantesca figura la sacudiese en el aire á la manera de largo velo flotante.

Sigur se detuvo, para gritar, señalando con el dedo:

—¡Jedegorze!

La sorpresa los clavó á todos en el suelo, que vibraba bajo sus plantas, al embate del torrente, mientras que

el choque de las aguas precipitándose con ímpetu resonaba en sus oídos como las graves y profundas voces de un órgano bajo las bóvedas de antigua catedral. Cegados casi por la fina lluvia que escapándose de las masas de agua les azotaba el rostro; aletargados por la majestuosa, profunda é inacabable elocuencia de aquel rincón de la Naturaleza; rendidos y sin aliento por el esfuerzo de la subida, luchaban los excursionistas con las múltiples sensaciones que abrumaban sus almas, rompiendo en un grito unánime de triunfo y deleite al alcanzar la glorieta construída para descanso de viajeros, frente á frente de la soberbia cascada, una de las más grandiosas de Noruega.

¡Qué sublime espectáculo! La tempestad de agua cubriendo las rocas enhiestas con una inmensa sábana de espuma; millares de arco iris surgiendo de pronto para desaparecer al instante y aparecer otra vez con nuevo brillo, mientras el sol glorioso de la tarde se reflejaba en un extremo de la catarata, haciéndola semejar lluvia de oro fundido . . .

—¡Jedegorze! volvió á gritar Sigur, imprimiendo á la palabra un peculiar acento musical; venid. Un poco más lejos ¡Á la cumbre de la catarata!

Olaf Gulmar no hizo caso de la invitación, ocupado en preparar ya sitio cómodo y á propósito donde dormir aquella noche: con ser robusto y sufrido la penosa y larga caminata fué suficiente para que se sintiera, como sus demás compañeros de excursión, rendido de fatiga y con vivos deseos de dar descanso al cuerpo.

Sandy, en especial, se hallaba casi sin aliento: sus frecuentes libaciones durante el viaje, de poco ó nada le sirvieron, pues tan pronto como llegó al término de la jornada, se tendió cuan largo era, sobre el césped, delante de la glorieta.

—¿No te sientes con ánimo para más? le preguntó Lorimer, tan alicaído como él.

—No, á fe mía; al fin y al cabo no soy un noruego de esos que están ya avezados á la fatiga; sabes que en otros países he salvado las mayores alturas; pero escalar estas cimas con la ligereza del gamo, sin cansarse, es más bien propio de pastores que de un escocés como yo, nacido en la ciudad.

Y añadió de repente:

—Mira tú, mira á Felipe allá arriba; si continúa siguiendo detrás del jorobado, se rompe la cabeza, sin remedio.

Lorimer miró en la dirección indicada y vió á su amigo detrás de Sigur, avanzando con tiento por un angosto sendero entre peñas y riscos que prolongándose terminaban en forma de pico sobre el mismo rompiente de la catarata. Contemplaron á las dos figuras un instante, sin la menor ansiedad, pero en el acto cruzó por sus cerebros la idea de que Felipe prometió ir con Sigur "hasta la cúspide de la catarata." Movido por un impulso inexplicable, Lorimer emprendió veloz carrera en aquella dirección, pero la pendiente era muy rápida ¡y estaban tan lejos! Gesticuló; gritó con toda la fuerza de sus pulmones, mas el ruido ensordecedor

de la cascada le ahogaba la voz en la garganta. Siguiendo sin embargo, lentamente, sin dejar de celarlos, le dió un salto el corazón al verlos desaparecer, y ya sin aliento á consecuencia del esfuerzo de seguirlos, se detuvo. Al poco rato, viendo á Sigur gatear con suma cautela á lo largo de la roca suspendida sobre la catarata, Lorimer clavó con ansia mortal la mirada en aquel sitio.

—¡Gran Dios! se dijo ¡pero Felipe no va á seguirlo hasta allí!

La figura del joven barón apareció entonces como por encanto casi al mismo tiempo que la de Sigur, en el pico de la roca y entonces, Lorimer, como poseído de extraña energía que estimulase sus miembros, infundiéndole valor y fuerzas, emprendió veloz carrera hasta llegar á la roca puntiaguda, procurando no ser visto ni oído por sus audaces compañeros, por temor á que el más pequeño movimiento de sorpresa los precipitase en el abismo.

Bruce contemplaba absorto el imponente y grandioso panorama que se extendía á sus pies y quitándose la gorra, dejó que el viento orease su frente. Firme y tranquilo, se deleitaba en el sin par espectáculo; propio de los que, como él, poseen temperamento poético y soñador, sin acordarse siquiera del peligro que corría en aquella base frágil de roca quebradiza.

Volviendo la cabeza, *Sir* Felipe miró bondadosamente al enano, quien á su vez lo contemplaba con extraña fijeza.

—¿Qué decís á eso, buen hombre? ¡hermosa vista! ¿verdad?; soy de parecer que nos volvamos.

Sigur se le acercó. Lorimer, oculto entre unas matas, avanzó también, procurando no llamarles la atención en lo más mínimo.

—¿Volvernos? repuso ¿y para qué?

—¡Toma! replicó Bruce de buen humor ¡á menos que creáis éste un sitio agradable donde pasar la noche! Es demasiado peligroso y el ruido es atronador.

—¡Bravo, valiente! gritó el enano con súbita excitación ¿tenéis miedo?

—¿De qué? preguntó el extranjero, demostrando extraordinaria presencia de ánimo, mientras clavaba su serena mirada en Sigur, quien dió un paso más hacia él á tiempo que Lorimer se acercaba sin ser visto al joven barón, al observar la acción del jorobado.

—Mirad allá abajo, continuó Sigur, señalando el humeante abismo; ved las náyades de largo pelo verdoso y alas lucientes, levantando los esculturales brazos en actitud de súplica; ved como separan los dorados velos que las cubren para sonreirnos; os llaman á vos, á vos solo, que sois apuesto y arrogante, para quereros; no las hagáis esperar, pues son hermosas como Telma.

—Lo dudo; pero os doy crédito sin intentar tener el gusto de conocer á esas náyades de que habláis. Vamos ya; este sitio es poco á propósito para vos; otro día contemplaremos la cascada más despacio.

Y con la sonrisa en los labios se disponía á volverse, cuando lo sorprendieron ciertos extraños síntomas que

notó en Sigur; sus ojos azules despedían chispas de furia y le ardía de tal modo la sangre en las venas, que su piel parecía adquirir encendido color rojo.

—¿Otro día? gritó colérico; ¡no, no! ¡ahora mismo! ¡Muere, ladrón del amor de Telma! ¡Muere! ¡Muere!

Y repitiendo estas palabras, rodeó con sus brazos raquíticos el robusto cuerpo de Bruce y lo empujó con todas sus fuerzas hacia la punta de la roca. Durante unos segundos el joven barón luchó con él y luego . . . cerrando los ojos vió la faz de Telma contemplándolo como para darle el á Dios eterno: "¡Dios mío!" murmuró y sin saber cómo se encontró en la cima de la peña sujeto fuertemente por Lorimer, quien con rostro pálido lo miraba, tratando de devolverle la calma. Por un momento, la emoción y la sorpresa impidieron hablar á *Sir* Felipe, hasta que le dijo su amigo, esforzándose en aparecer jovial:

—¡Pardiez Felipe! ¡Gracias á que me encontraba á tu lado para defenderte!

Bruce lo miró de pies á cabeza, con aire confuso y casi fuera de sí, murmurando:

—¿Dónde está Sigur?

—Se marchó corriendo como ciervo herido, según lo describe Sandy pintorescamente: primero creí que iba á lanzarse á la catarata, en cuyo caso le hubiera dejado hacer su voluntad, puesto que tenía las manos ocupadas sosteniéndote; pero lo que ha hecho es escabullirse.

—¿No quería arrojarme á la catarata?

—Exactamente; pero pensé que Telma se hubiera quejado con razón de la ocurrencia del enano.

—De modo que me has salvado la vida, dijo Bruce abrazando á su amigo con efusión; ¡gracias, gracias!

—No vale la pena, según acostumbramos decir por cortesía. Te he de notificar algo acerca de Sigur que tal vez lo ignores; ese hombre ama á Telma.

En aquel momento, en que iban bajando los dos cautelosamente por la pedregosa cuesta, Bruce detuvo el paso al oir la afirmación de su amigo.

—¡Que ama á Telma! querrás decir como un hermano . . .

—¡Ah! no lo sé; la amará si acaso como los hermanos aman á las hermanas de los otros.

—¡Ya! ¡pobre muchacho! Ahora comprendo el odio que me tenía y cuanto debe sufrir por mi causa: lo perdono con toda mi alma.

Conversando de este modo, llegaron hasta una choza donde Gulmar, Duprez y Sandy los estaban aguardando con impaciencia y después de cenar con apetito, comentando lo acontecido entre el joven barón y Sigur, se retiraron á descansar en el interior de la cabaña. Eran las once y el maníaco no había vuelto aún. Después de darse mutuamente las buenas noches, los cansados excursionistas se tumbaron en el suelo arrebujándose en sus mantas y pronto los venció á todos el sueño, menos á Bruce, que al oir el lejano rumor de la catarata, no podía pegar los ojos por el cúmulo de ideas que acudían á su imaginación.

Entretanto, un vivo color rosado se extendía por la bóveda azul, creciendo en intensidad á medida que se acercaba la media noche. El viento empezó á murmurar misteriosamente por entre los pinos del bosque cercano á la cabaña, y poco á poco se fué convirtiendo en soplido salvaje, como si quisiese desafiar el mugido de la catarata. Filtrándose por las rendijas de la cueva donde dormían los viajeros, silbó con furia y de repente, como sintiendo el contacto de una mano invisible, *Sir* Felipe se despertó. Un resplandor rojizo deslumbró sus entornados ojos . . . ¿estaba el bosque ardiendo?: alarmado se incorporó y al comprender que era el vivo reflejo del sol lo que producía tan sorprendente efecto de luz, se envolvió en una manta y salió al aire libre para gozar del esplendor de aquella noche.

¡Qué sublime, casi divino espectáculo hirió sus pupilas! Su primer impulso fué gritar, delirante, estático, con todas sus fuerzas. Luego, el de permanecer silencioso con la vista fija en el horizonte, admirando reverentemente las bellezas del astro solar. La gran cascada ya no era un hervidero de espuma; se había transformado en lluvia centelleante de rubíes, como si algún genio poderoso, cansado de sus riquezas, fuese esparciendo sus joyas á puñados. Del fondo de la cascada se levantaba un vapor rojizo, como el humo de una llama, mientras el cielo, de oeste á este, desplegaba rosado manto de raso, de una tersura y suavidad de color, increíbles.

Un grupo de náyades danzando graciosamente, con

el verde césped por alfombra; una hilera de ninfas correteando de peña en peña; una orquesta de ondinas que cantasen en el fondo de las aguas . . . nada, por fantástico é ideal que fuese, habría sorprendido más á Bruce en aquel momento, que las maravillas celestes que estaba contemplando.

—Voy á despertar á Lorimer, se dijo; no quiero que pierda la ocasión de admirar espectáculo tan asombroso como éste.

Avanzó un paso más en dirección á la catarata, como para ver mejor; ¿qué era aquel pequeño objeto, deslizándose ligeramente pero con firmeza á lo largo de las rocas más escarpadas? El joven barón se frotó los ojos, para cerciorarse; ¿podría ser aquél, Sigur? Lo estuvo acechando un instante y luego lanzó un grito de horror al verlo detenerse en la misma cima de la roca, donde poco antes él estuvo á punto de perecer despeñado.

Los contornos de la raquítica figura aparecían por fin bien claros, destacándose del fondo encendido del horizonte. No había duda, no; aquel era Sigur.

Sin dudar un segundo más, Bruce retrocedió hacia la cabaña para despertar alarmado á sus compañeros, quienes al oir las explicaciones del joven barón, se apresuraron á salir con él en busca del infeliz demente. Sigur estaba todavía en el mismo sitio peligroso, agitando los brazos sin cesar. El hacendado, al verlo, palideció y murmurando: "¡Que los dioses lo protejan!" emprendió resuelto y con brío la ascensión por las ro-

cas, seguido de los jóvenes extranjeros: se hallaban á poco más de la mitad del camino, cuando rasgó los aires un grito tan agudo y penetrante, que los hizo detenerse.

Sigur, que los vió avanzar, empezó á dirigirles amenazas, con los puños cerrados, como un monarca del país de los enanos defendiendo con el prestigio de su autoridad los límites de las posesiones reales. Sin hacer caso de protestas, los extranjeros continuaron el ascenso á toda prisa y á punto de escalar la cima de la peña, oyeron resonar otro grito agudo y prolongado por las profundidades del abismo.

Una vez más se detuvieron y Sigur entonces extendiendo los brazos, dobló las rodillas, como si pretendiese tomar impulso para volar.

—¡Sigur, Sigur! gritó el viejo hacendado lleno de congoja; ven en seguida; vamos á ver á Telma.

Al oir este nombre, para él tan querido, el infeliz pareció dudar y aprovechando aquel instante de irresolución, Bruce y Lorimer se lanzaron á la carrera; ¡ya era tarde! El maníaco se dirigió con suma precaución al borde mismo del torrente, donde era difícil mantenerse en equilibrio y una vez allí, se volvió para mirar á los extranjeros con aire misterioso y astuto, soltando una estrepitosa carcajada.

Luego, con los brazos extendidos todavía y la faz sonriente, sin escuchar el grito de horror que se escapó de los labios de los que corrían para salvarlo, dió un salto y desapareció en el fondo de las peñas, para rodar

desde allí al abismo; su figura contrahecha se destacó por un momento del fondo del espacio, como una mancha negra, hasta confundirse con las mugientes aguas de la catarata.

Allí se perdió para siempre, con sus fantásticos ensueños y sus visiones de poeta, con su amor oculto y sus pesares por nadie descifrados. Ó como él mismo hubiera dicho á la mujer que fué la causa de sus desdichas:

—Me voy, señora; me voy á donde creceré erguido, robusto y valeroso; si me encontráis en *Valhala* ¿me amaréis acaso?

CAPÍTULO XVII

Los horrorizados espectadores de aquella catástrofe permanecieron mudos de asombro. Cuando la emoción les permitió coordinar las ideas, resolvieron dirigirse á la orilla del torrente, por si podían recoger el cadáver y darle sepultura; pero ni aun les cupo este consuelo, pues el cuerpo del desdichado Sigur no pareció.

Mientras contemplaban ansiosos el curso de las aguas, el resplandor de los cielos iba cambiando lentamente: el encendido color rojo se transformaba en delicado amatista, tan suave como el del lustre pálido de la clemátide; mientras que la rosada espuma de la catarata adquiría matices verdes y purpúreos hasta convertirse en lluvia de ámbar.

Gulmar fué el primero que dijo, embargada la voz por la más profunda emoción, llenos los ojos de lágrimas:

—Todo concluyó para el pobre muchacho, por cierto bien tristemente: el tener que volver á casa es ahora motivo para mí de inmensa pena, pues no sé cómo contarle á mi hija la desgracia ocurrida.

Y al decir esto, meneó la cabeza apesadumbrado, devolviendo á *Sir* Felipe un amistoso apretón de manos; luego, permaneció en silencio durante algunos se-

gundos, sin que se atreviera á interrumpir la quietud de la escena, pues se hallaban todos dominados por la emoción más profunda. Lentamente, fueron regresando á la cabaña para pasar en ella el resto de la noche, por más que, como era natural, el espectáculo que acababan de presenciar les hubiese quitado el sueño.

En efecto; allí permanecieron sin pegar los ojos, comentando en voz baja el hecho fatal, mientras en el bosque silbaba el viento, que en los sonidos de *Sir* Felipe sonaba como un canto fúnebre; acudió á su memoria la primera vez que vió al desventurado maníaco en la misteriosa gruta de las conchas; las frases de reto que pronunció; su visita al yate para rogarle que abandonase el abra de Alten y entonces comprendió el joven barón cuáles eran los deseos y las aspiraciones del infortunado ser que tomándolo por rival, lo odió sin duda alguna, por más que quizá comprendiera cuán insensato era pretender el verse correspondido por Telma.

Al amanecer, estaban ya todos dispuestos para volverse, aunque con ánimo nada placentero, como á la partida. La mañana estaba radiante y hermosa, y la catarata del Jedegorze deshaciéndose en brillantes ondulaciones irisadas, cantaba el salmo incesante de adoración al Creador. Todos se detuvieron para contemplarla una vez más, con profundo respeto, pues veían en ella la tumba del desdichado Sigur: Olaf Gulmar se descubrió y los demás siguieron su ejemplo.

—¡Que los dioses le concedan el reposo merecido!

repuso el anciano; dicen que en las aguas más bulliciosas hay siempre una corriente tranquila: quizá el desventurado ha podido hallarla y duerme allí feliz.

El camino de regreso de los excursionistas al abra de Alten, sólo se interrumpió aquel día dos ó tres veces para descansar, habiéndose decidido que así que estuvieran cerca de la casa, el hacendado se adelantaría á los demás con el fin de ver á su hija, antes que los extranjeros, para prepararla á recibir la trágica noticia de la muerte de Sigur; de modo que, cuando tras una larga caminata alcanzaron á ver la finca, todos hicieron alto.

Los jóvenes se sentaron á la sombra de los pinos, mientras el hacendado seguía en dirección á la casa; pero á los pocos pasos, se volvió para decir á Bruce que lo acompañara, invitación que aceptó *Sir* Felipe, de buen grado.

Al llegar, encontraron la puerta de entrada abierta, sin que se notase la presencia de ser viviente, lo que llamó extraordinariamente la atención de ambos, á juzgar por la mirada de sorpresa y ansiedad que se dirigieron.

—¡Telma, Telma! gritó el anciano.

Pero la joven no contestó. Olaf Gulmar, sorprendido, entró en la casa y abrió la puerta de la cocina, sin ver señal alguna de preparativos para la cena.

—¡Brita! ¡Brita! ¿Nadie responde? ¡Válganme los dioses! . . . ¡cosa más rara! ¿en dónde estarán esas muchachas? decía á voces el hacendado, cada vez más

alarmado, mientras crecía también el ansia del extranjero.

—Permítame V. que las busque, dijo con el más vivo interés; deben hallarse vagando por los bosques.

Gulmar, meneando la cabeza, frunció el ceño en actitud meditativa y luego repuso, dando con el tacón en el suelo:

—Ya sé á que atribuirlo; esa vieja Lovisa tendrá la culpa de todo.

—¿Y qué vamos á hacer ahora?

En aquel momento llegaron Lorimer, Duprez y Sandy, quienes al enterarse de la extraña desaparición de las dos jóvenes, convinieron en la probable intervención de Lovisa en el asunto.

—Nada tendría de extraño que hubiese venido á buscar á su nieta Brita, obligándola á seguirla y que Telma hubiese seguido detrás de ellas, repuso Duprez; ¿dónde está Lavig, el pueblo en que vive esa mujer?; porque no estando cansado como no lo estoy, en dos minutos me planto allí para averiguar . . .

—Te acompaño, interrumpió Bruce; no perdamos tiempo.

Olaf Gulmar hizo un gesto de duda.

—Señores, la distancia es larga y Vds. desconocen el camino; lo mejor será remar hasta Bosekop y desde allí dos de nosotros al menos podremos dirigirnos fácilmente á Lavig.

—Eso mismo, repuso Sandy y tal vez de paso, en Bosekop nos darán las noticias que deseamos.

Y cuando se disponían á seguir al hacendado, notaron que Duprez no estaba con ellos.

—¿Dónde está el amigo? preguntó Lorimer, lleno de sorpresa.

—No lo sé, contestó Sandy; se marchó sin decir nada; tal vez lo encontraremos en la playa.

Pero Duprez no apareció por ningún lado, porque se le había metido en la cabeza marcharse á Lavig á pie, sin aguardar á los demás. Era amante de aventuras y precisamente se le presentaba una de carácter tentador: la de libertar á una damisela de las garras de supuestos perseguidores. Á pesar de hallarse cansado, emprendió la marcha, infundiéndose bríos con una canción bélica, y no había andado aún una milla, cuando distinguió á lo lejos un carricoche que se acercaba, pareciéndole que la persona que iba dentro se hallaba muy impaciente, á juzgar por la sobreexcitación con que guiaba al animal. Aquella persona, con el cabello suelto y la faz colorada, era Brita; la misma Brita, con todo el despejo y el aplomo de una campesina noruega, acostumbrada á los bruscos saltos de los carruajes de aquel país, al recorrer los agrestes caminos.

Á medida que la moza se acercaba, Duprez la iba saludando con muestras de regocijo y al notarlo ella, arreó al caballo, hasta que al llegar junto al extranjero se puso á gritar, deteniendo al animal, antes de que Duprez tuviese tiempo de dirigirle una sola palabra:

—¡Suba, suba! ¡es preciso llegar á Bosekop sin

perder tiempo! ¡pobre Froken Telma! ¡hipócrita villano!

—Pero, muchacha, repuso Duprez, subiendo de un salto al carricoche, ¿qué sucede?

Brita aguardó á que el extranjero se sentase y luego dió un latigazo al caballo, haciéndolo partir á galope tendido, de manera que el pobre francés tuvo buen cuidado de agarrarse; pues ya se veía en el suelo.

—¡Qué intriga, Dios mío, qué intriga! exclamó la joven, llena de excitación; esta tarde se presentó en casa la sirvienta de *Míster* Estévenson, con una tarjeta de *Sir* Felipe, diciendo que al joven señor barón le había ocurrido una desgracia y lo habían llevado á Bosekop, por lo que deseaba ver á su prometida. Naturalmente, Froken Telma lo creyó y se puso pálida . . . tan pálida . . . y se fué en seguida á preparar el bote para acudir al llamamiento de su futuro esposo. Cuando hacía bastante rato que se había marchado y mientras yo me encontraba en el jardín, para verla llegar, pasó una mujer, amiga de mi abuela y me dijo: "¿Sabes, Brita, que en Lavig han cogido á tu ama y van á quemarla viva como á una bruja?" "Estos son cuentos, contesté, porque sé que se marchó á Bosekop." "No son cuentos, no, repuso la vieja; Lovisa la tiene bien amarrada y de esta no escapa." Y riéndose como una loca, se despidió de mí. No me detuve siquiera á reflexionar, sino que me fuí á Lavig sin perder tiempo y una vez allí, encontré á mi abuela sola en su casa: le pregunté si había visto á Telma y me respondió,

batiendo palmas, "que Froken estaba con *Míster* Esté-venson, quien daría buena cuenta de ella."

—*¡Sapristi!* eso es grave.

—Luego trató de pegarme, pero me escapé y al estar en la calle encontré á un conocido al que pedí su carricoche para llegar á Bosekop lo más rápidamente posible . . . pero ¡ay! estoy tan aturdida que no sé lo que me sucede.

—Tenga V. calma, Brita; mis amigos han tomado el bote y deben hallarse ya en Bosekop. Entre todos vamos á poner al reverendo como chupa de dómine.

Y con frases tranquilizadoras por ese estilo, amenizó el extranjero el resto del viaje, que á los dos les pareció muy largo, por más que apenas eran las nueve cuando llegaron á la aldea de Bosekop. Los vecinos estaban entregados en su gran mayoría al descanso y la calle principal se hallaba desierta. Duprez se apeó cerca de la casa del ministro luterano, recomendando á Brita el mayor sigilo, mientras él examinaba los alrededores del jardín, antes de llamar á la puerta.

Lleno de excitación y curiosidad, avanzó de puntillas y atraído por rumor de fuertes voces, se dirigió á una de las ventanas de la casa. Una vez allí, acurrucado junto á la pared, pudo oir claramente lo que decía el reverendo, con tono profundo y persuasivo, como si hablase á los fieles de su iglesia:

—¡Qué extraño! ¡Cuán extraordinario me parece el que V. no comprenda, cómo la voluntad del Señor la ha puesto en mis manos! No hay escapatoria posi-

ble, pues V. y sólo V., Froken Telma, por su espontánea voluntad penetró en la morada de este humilde ministro de la religión, sin duda para hechizarme una vez más, con la gracia de sus encantos sobrenaturales.

—¡Cobarde, cobarde! repuso Telma; ¿quién sino V. me hizo venir, valiéndose de un miserable engaño, al enviarme la tarjeta de mi prometido? Toda la población va á enterarse de su vil manera de proceder.

—¡Qué hermosa está V. mostrándose enojada! ¿Cómo hablar de su prometido, cuando en adelante *Sir* Felipe ya no va á pensar más en V., en cuanto sepa que vino á visitarme? Porque la tarjeta no se la mandé yo, linda muchacha; fué V. espontáneamente quien tuvo á bien honrarme con su presencia y si ese caballero del yate me pide explicaciones, estoy dispuesto á dárselas muy convincentes y satisfactorias en este sentido. Ahora, lo mejor será que con un beso sellemos la paz: aguardé ya bastante y creo que lo merezco.

—¡Si llega á tocarme, exclamó Telma poseída de intensa indignación, soy capaz de despedazarlo! Dios me ayudará á defenderme.

Míster Estévenson acudió al recurso del sarcasmo.

—¿Que Dios la ayudará? ¡Como si Dios ayudase á un católico! Froken Telma, sea razonable: después de su visita, nada va á ganar la reputación de V. y tenga entendido que si acaso es preciso decir algo en contra de la blanca hechicera, como la llaman en Bosekop, en mi mano está el haeerlo: es más, yo me encargaré de que se diga.

Un estrépito de cristales que se rompían siguió á esas palabras, y antes de que el reverendo pudiese darse cuenta de lo que pasaba, se vió sujeto fuertemente contra la pared, por los férreos puños de Duprez, que con los ojos echando chispas, le dirigía las más acerbas frases de reproche.

—¿De veras? exclamaba estrujándolo, como si fuese un muñeco; ¿de modo que va V. á contar embustes en nombre del *bon Dieu?* Eso no, señor mío; al menos por ahora.

Y cogiéndolo por el cuello lo sacudió con fuerza, tumbándolo boca arriba, á pesar de los inauditos esfuerzos del otro por desasirse de su contrario.

—*¡Voilà! Je sais faire la boxe, moi,* añadió el joven francés. Y dirigiéndose á Telma, repuso:

—Corra V., *Mademoiselle*; Brita la espera en la calle, para llevársela á su casa en un carricoche: vaya V. mientras aguardo á Felipe, que completará la obra que estoy llevando á cabo, con el mayor placer, en la persona de este piadoso varón.

Telma, sin más ceremonia, corrió á la puerta y desapareció como un pájaro en el aire. La alegría de Brita fué tanta, que sin acertar á dirigirle una sola frase de bienvenida, en cuanto la vió dentro del carricoche, sólo se cuidó de hacer marchar el caballo á todo escape.

Entretanto, Olaf Gulmar y los extranjeros acababan de llegar á Bosekop y al enterarse por medio de algún vecino curioso, del punto donde se hallaba la

joven, fuéronse inmediatamente á casa del reverendo. La puerta de la calle estaba abierta, tal y como la había dejado Telma en su huída y sin cuidarse de llamar, llegaron hasta el salón, donde dos personas, gruesa y rolliza la una, delgada y nerviosa la otra, rodaban por el suelo, fuertemente abrazadas. Lorimer se detuvo en el dintel de la puerta, para contemplar á su sabor aquel cuadro, y luego lanzó una carcajada.

—¡Es Duprez! exclamó; ¿cómo viniste hasta aquí?

Al oir su nombre, el joven levantó la cabeza, sonriendo:

—¡Ah! *cher* Lorimer, ¿quieres hacerme el obsequio de poner la rodilla aquí mismo, para que yo pueda descansar? Gracias.

Y levantándose con presteza se puso á atusarse el pelo, después que su amigo hubo colocado en posición artística, una rodilla sobre el cuerpo rechoncho del ministro luterano.

—¡Conque también por aquí Felipe, Sandy y *Monsieur* Gulmar! Creo que no hay necesidad de que se molesten Vds.: tiene el cuerpo lleno de cardenales y no va á poder predicar durante muchas semanas.

—Pero ¿qué ha pasado? preguntó Bruce; ¿dónde está Telma?

—Estaba aquí; ese señor la hizo venir con un falso pretexto y la tuvo encerrada toda la tarde sin dejarla marchar. Cuando lo encontré le hacía el amor; pero afortunadamente llegué á tiempo para darle la recompensa.

Sir Felipe se adelantó hasta el reverendo, con la faz colérica y los puños crispados.

—¡Déjalo, Lorimer! repuso gravemente.

Y como el ministro luterano pudiese apenas levantarse, por tener molidos los huesos, añadió el joven barón:

—¿Qué excusa tiene V. que alegar, caballero? Dé V. las gracias por caberle la suerte de librarse de mis manos.

—¡Dejad que lo haga trizas! gritaba Gulmar luchando por desprenderse de los brazos de Sandy, que lo asía con todas sus fuerzas.

Pero Lorimer se puso al lado de su amigo y entre los dos impidieron al hacendado que hiciese al reverendo víctima de su cólera, limitándose á jurar en vano por todos sus dioses.

Míster Estévenson entretanto, levantó los ojos al techo y cruzó las manos con piadosa resignación, adoptando la actitud de una persona ofendida en su dignidad.

—¿Querrán Vds. decirme, repuso, por qué descargan á la vez su cólera contra mí? Los perdono á todos, pues si bien han atropellado mi cuerpo, no hay poder humano que sea capaz de inferir la más ligera ofensa á mi alma.

—Oiga V., señor luterano, repuso el joven barón; le doy á V. palabra de que en cuanto llegue á saber que ha pronunciado el nombre de Telma sin el debido respeto, dondequiera que me encuentre, vendré á pedirle cuenta exacta de su conducta.

—Considere V., señor barón, que ninguna ofensa intento inferir á esa joven; me comprendieron mal, como acostumbra suceder cuando se trata de un ministro del Señor: pero no se hable más de lo pasado: como he dicho, perdono á todos. Eso es; perdonemos; haré con gusto extensivo mi perdón, hasta á ese viejo pagano que los acompaña.

Pero el aludido, al oirlo, se desprendió de las manos de los extranjeros y fué á encararse con *Míster* Estévenson, quien retrocedió un paso, ante la mirada provocativa y amenazadora de Olaf Gulmar.

—¿Pagano me llamáis? repuso; me envanezco por ese dictado y doy gracias á los dioses, de serlo; vergüenza me daría titularme ministro de una religión cualquiera, abrigando los innobles sentimientos que demostráis poseer.

El reverendo no contestó, limitándose á sonreir benignamente y Bruce, deseando poner fin á la escena, dijo:

—Creo que basta con lo que ha pasado: volvámonos de una vez á casa.

—Eso iba á decir yo, repuso Lorimer; estamos perdiendo el tiempo inútilmente.

—Y *Monsieur* Estévenson, añadió Duprez con tono jovial, se alegrará infinito de poderse ir á acostar.

Así abandonaron la casa del ministro luterano y tan pronto como se vieron en el bote para regresar al abra de Alten, la frescura de la brisa y lo hermoso de la noche, calmaron la sobreexcitación que los poseía á

causa del resultado de la visita al reverendo. Telma los aguardaba en el pórtico de la casa, algo más pálida que de costumbre después de las angustias pasadas; pero las caricias de su padre, le devolvieron la alegría.

Nada le dijeron, acerca del desdichado fin de Sigur, hasta que, después de haberse ido *Sir* Felipe al yate con sus amigos, el anciano Olaf Gulmar empezó á prepararla con prudencia, para recibir la noticia. Al saber por fin la nueva de la muerte de su fiel compañero, Telma lloró, con llanto tan hondo, que de haberlo podido presenciar Sigur, la gratitud y el contento le hubieran llenado el corazón. ¡Sigur, su amigo de la infancia! ¡su más rendido siervo; su adorador constante, en camino de la eternidad! ¡Con qué ternura recordaba sus palabras: "Señora, estáis matando al pobre Sigur" y con qué intenso sentimiento meditaba acerca de la funesta idea que impulsara al infeliz á buscar sepultura en el fondo de la catarata!

Á la mañana siguiente, *Sir* Felipe llegó muy temprano á la casa del hacendado y después de largo rato de conversación, llamaron á Telma para comunicarle algo, sin que nada delatase por el momento cuáles pudiesen ser los puntos tratados en la misteriosa entrevista; pero á los pocos días, empezaron á notarse en la hacienda de Gulmar buen número de preparativos, mientras flotaba en las aguas un barco de vela bautizado con el nombre de "Valquiria," que desde hacía mucho tiempo no se veía en el abra de Alten, y en tanto el piloto Valdemar hacía las reparaciones nece-

sarias para ponerlo en condiciones navegables, se iba extendiendo en Bosekop la noticia de que los Gulmar estaban á punto de embarcarse.

Noticia que al principio era acogida con incredulidad, pero que fué ganando terreno tan pronto como observaron los vecinos que de la casa del hacendado se sacaban gran número de bultos para llevarlos ya al "Eulalia" ya al "Valquiria." El reverendo Estévenson no lo vió, pues tuvo que guardar cama unos días á consecuencia de un fuerte resfriado, según dijo, por más que puede suponerse cual sería la causa de su indisposición.

Una espléndida mañana, sorprendió á los habitantes de Bosekop el silbato del yate y al acudir, llenos de curiosidad á las islas más próximas para presenciar su partida, fué grande la sorpresa de todos al ver á la soberbia embarcación alejarse majestuosamente con el bergantín de Gulmar á remolque, y en el palo mayor la bandera inglesa flotando al viento, como si enviase un saludo á las altivas montañas que guarnecían la costa.

Míster Estévenson, á pesar de sus achaques, también se encontraba entre los curiosos y con el auxilio de un anteojo hubiera podido distinguir sobre cubierta, á una joven alta y hermosa, mirando fijamente en dirección á la playa.

—¿Estás triste, amor mío? le preguntó *Sir* Felipe, rodeándole la cintura con el brazo.

—No, bien de mi alma; sólo siento abandonar el

hogar querido de mis padres . . . y la tumba de Sigur.

—Sigur es feliz, repuso el joven barón; si no hubiese muerto, hubiera sufrido mucho.

Telma permaneció callada durante unos segundos y luego dijo:

—¿Te acuerdas, Felipe, de la primera vez que te vi?

—Perfectamente; fué á la puerta de una caverna, que después exploré.

—¡Cómo! exclamó la joven, sorprendida; ¿entraste en la cueva y viste? . . .

—Lo vi todo; allí encontré á Sigur por vez primera; allí vi un crucifijo y un sarcófago.

—¡Es la tumba de mi pobre madre! Ayer fuí á llevarle un ramo de flores por última vez: mi padre me acompañó y le pedimos que bendijera mi enlace, lo que ha de hacer seguramente, pues conoce de fijo la bondad de tu corazón.

El "Eulalia" iba á doblar la punta del abra de Alten y el pueblo de Bosekop desaparecía por momentos. Olaf Gulmar y los extranjeros se hallaban sobre cubierta para gozar del último golpe de vista.

—Visitaré aún estos sitios mucho antes que tú, niña, dijo el anciano, contemplando los vastos horizontes; cuando, una vez casada, te deje en Cristianía, Valdemar y yo nos sentiremos rejuvenecer en la cubierta del "Valquiria," emprendiendo como en mis mejores años, una vida errante de una á otra costa: ¡esto es lo que apetezco! ¡no hay nada que pueda igualar á la

inmensidad del océano, con las olas encrespadas ó besadas por el sol!

Y se quitó la gorra, irguiéndose con el orgullo y la dignidad de un guerrero antes de entrar en batalla, mientras los jóvenes lo escuchaban, demostrando interés por su entusiasmo. Se dirigían á Cristianía, donde Telma tenía que casarse con *Sir* Felipe y una vez consumada la ceremonia, el novio iba á poner el yate á la disposición de sus amigos, para que regresasen á Inglaterra.

Los recién casados tenían que ir á pasar la luna de miel en Alemania, acompañados de Brita, como camarera de Telma; y Olaf Gulmar, tan pronto como hubiese asistido á la boda, partiría en su "Valquiria" á través de los mares, para recordar los tiempos en que los viajes de esa naturaleza constituían su mayor placer.

Poco á poco fueron cesando en Bosekop las murmuraciones acerca de la desaparición de la blanca bruja y de su padre; la ausencia de tales vecinos era como un consuelo para todos, considerándose que el desdichado fin de Sigur se debía á un nuevo crimen cometido por el hacendado, quien de uno ú otro modo había querido librarse de una carga inútil y pesada, como era el mantener al maníaco.

La antigua hacienda estaba cerrada y silenciosa y sólo las palomas se posaban en el tejado de la casa, revoloteando por los desiertos senderos y pavoneándose con dulce melancolía como si ansiasen las sonrisas del ángel de aquel hogar, más alegres que un rayo de sol.

Los campesinos evitaban el mirarla, como si fuese un lugar maldito: las rosas empezaron á marchitarse y poco á poco la vetusta mansión adquirió el tinte de un monumento de remotas edades, con el pórtico desierto, y las ramas de los rosales remolinados á un lado de la fachada.

Por aquel entonces, entre la culta sociedad de Londres, pasaba una ráfaga como de indignación y de horror, que se extendió como corriente eléctrica, por los salones más aristocráticos. La causa era bien sencilla: consistía en un anuncio que apareció en las columnas de todos los periódicos de la metrópoli, dando cuenta del futuro enlace de una joven noruega, llamada Telma Gulmar, con el barón *Sir* Felipe Bruce.

FIN

Á LOS LECTORES DE LAS NOVELAS PUBLICADAS POR D. APPLETON Y COMPAÑÍA

El Departamento Editorial Español de D. Appleton y Compañía, aunque dedicado casi exclusivamente á la publicación de obras de texto para la enseñanza, ha querido publicar de vez en cuando alguna de aquellas novelas más famosas y sobre todo, traducidas del inglés, á fin de que la juventud española é hispanoamericana, así como las familias, puedan leer algo bueno, moral y recreativo. Por eso ha puesto el más vivo empeño en escoger aquellas que mejor se adaptan á nuestras costumbres hispanas y que ofrezcan á la vez deleite y pasatiempo al lector. Que ha salido victorioso en esa empresa, lo prueba la opinión unánime de la prensa española é hispanoamericana; el favor que el público aficionado á las sanas lecturas le dispensa; el interés con que se buscan y se leen; el sin número de ediciones en fin, que de dichas novelas salen á luz, para satisfacer la creciente demanda.

Dichas novelas se eligen de entre las más famosas en la literatura inglesa y angloamericana, procurando que ni en la letra ni en el espíritu, contengan nada

absolutamente que pugne con los principios de la moral más sana; porque fiel al criterio seguido siempre hasta ahora, la Casa D. Appleton y Compañía, quiere que las novelas que publica puedan ponerse en manos de la juventud; que los padres de familia les den entrada en el hogar; que sirvan de deleite, de enseñanza y pasatiempo á todo el que busca en la literatura, manantial de goces intelectuales.

No ha entrado jamás en el propósito de este Departamento Editorial Español, dar á la estampa novelas de esas llamadas de sensación, cuya trama enrevesada y escenas violentas, sobrecogen el ánimo en vez de expansionarlo; que lejos de dar reposo á la mente, la deprimen y cansan; que en lugar de servir de recreo á la imaginación, producen un dejo de languidez y de opresión en el lector.

Por eso llama la atención de los lectores, sobre la conducta de ciertos *piratas de la inteligencia*, que años ha, cuando no había tratados, no vacilaron en apropiarse íntegras algunas de las primeras novelas publicadas por la Casa D. Appleton y Compañía y que recientemente han apelado al recurso de cambiar unas veces el título de la obra, suprimiendo otras el nombre del traductor; ó bien han conservado el mismo título, poniendo el supuesto nombre de otro supuesto traductor.

El Tratado internacional de propiedad literaria celebrado entre varios países, pone á salvo hoy día los derechos del editor y precisamente los Sres. D. Apple-

TON Y COMPAÑÍA que desde hace muchos años vienen dando el ejemplo de pagar derechos de autor á escritores de todas las naciones del mundo, aun de aquellas en las que no había ni hay tratados de propiedad literaria, han sufrido grandes perjuicios y se proponen desde ahora, emplear todos los medios para perseguir las ediciones fraudulentas á fin de proteger, no sólo sus propios intereses, sino los del público y los del autor, que como es justo debe recoger el fruto de su trabajo.

Muchos traductores españoles é hispanoamericanos, que han trabajado con empeño para hacer una traducción concienzuda, se han visto privados de trabajo, á causa de esos robos literarios, ó bien han tenido el disgusto de ver sus propias traducciones, reproducidas con el nombre de otro y si bien hasta ahora la Casa de los Sres. Appleton no ha perseguido á los que cometen esas picardías, no por eso dejará en adelante, al amparo del Tratado de propiedad intelectual en la Convención de Berna, de los tratados especiales de los Estados Unidos con varios países de Europa y América y de la marca de la Casa ó de la obra, registrada en otros, no dejará de perseguir á los llamados *piratas de la inteligencia* que intenten cometer un nuevo fraude de sus obras: y sirva esto de aviso.

Bueno será advertir también al lector, que se han venido publicando novelas de los mismos autores que forman la presente serie, mal traducidas unas; tergiversado el sentido ó cambiado el concepto en otras, hasta el punto de hacerlas aparecer inmorales.

NOVELAS DE APPLETON

La Casa D. Appleton y Compañía ha puesto especial cuidado en elegir á los encargados de verter al castellano las novelas de esta serie; puesto que de nada serviría el que la novela reuniese inmejorables condiciones literarias, si al vestirla con el ropaje de nuestro hermoso idioma, se echaran de menos las bellezas de la lengua en que está escrita. Para que una obra pueda llamarse bien traducida, no basta que diga lo mismo que dice el autor; es necesario que refleje las escenas descritas, con análogo espíritu y lenguaje, adaptándolos, amoldándolos á los gustos y modo de sentir del lector español é hispanoamericano, sin que pierda el sabor característico del original.

Ese cuidado, ese tiento en la elección de autores y traductores, ha producido sus naturales frutos y por eso al publicar D. Appleton y Compañía una novela, toda la prensa proclama unánimemente las inmejorables condiciones literarias, y al par tipográficas y materiales, que reúnen todas las publicadas por esta Casa. Por lo que, aquellos que deseen leer novelas de costumbres inglesas, bien traducidas y que se puedan y deban poner en manos de la juventud, con absoluta confianza, han de tener cuidado de que lleven el nombre de los editores D. Appleton y Compañía.

